

# BARCELONA SENZA FINE

Juan Carlos Mondragón

A Horacio Añón,  
amigo de la Sección Áurea

*él la hubiera matado y se hubiera echado a llorar  
pero tú no eres demasiado extranjero para eso*

*y yo amo a los extranjeros porque no los entiendo.*

Manuel Vázquez Montalbán

**Algo** indefinible para comenzar las hostilidades: como tirando a lila sin espesor y que proviene del silencio especulativo, precediendo a la palabra tal como la entendemos; eso insinuado se sospecha viniendo de tiempo atrás, se supone que contiene en germen la suma del relato que comienza a proliferar. Verosimilitud exigida al fin de cuentas, incluso antes de conocer los fundamentos de la trama y en consecuencia forma la frase inicial del tema, siendo enunciación previa a lo que se recuerda sin forzar la voluntad.

Resulta extraña esa oración de veintiséis palabras premeditadas comenzando la circulación activa, también involuntaria y que raras veces posee un poder sedante e inatacable, como una línea furtiva trazada con cristales opiáceos de promesa sorprendente, emulando la cocaína paralela sobre la superficie esmerilada. La frase esa –donde uno que lee deberá incorporar la escritura del otro- deja de ser autor y comienza a configurar ectoplasmas figurantes de palabras con alma. Conozco lectores obsesivos que hasta la memorizan como la letra de una canción extranjera, estrofa repetida para salvarse de la amnesia programada que nos acosa si trancamos la puerta dando a la intimidad; cuando salimos a la calle, apenas cerramos la rutina y abrimos el libro. La vida suele cambiar de vereda sin avisar de un día

para otro y de esto trata la novela, de la fuerza sin programar del paso de un día para otro. Consecuencias impredecibles cuando se descuida el cruce sin cebrarse de un día para otro y mañana es el mercado a la intemperie de posibles bien maduros; comparable a limones blandos ofertados a pérdida, cuando la feria se disuelve y quedan a la venta restos de vegetales expiando el paso titubeante de un día para otro.

“**Entre** ambos hace de ello una buena hora, fraguamos el obstáculo de darle vueltas al asunto. Es la historia embrionaria buscando un cauce narrativo, secuencia de la cual resulta complicado escapar. Nosotros dos –otros dos personajes que los otros dos ustedes- estamos tranquilos, hemos alcanzado un relativo equilibrio emocional y me permito ofrecerle en silencio un pacto sencillo, acuerdo evitando abaratar la noche que se viene con lugares comunes y protocolos del género. Así está mejor, usted supone en lo sucedido conmigo hace unas horas circunstancias rocambolescas, delirios de fantasía criminal por falta de sueño, exceso de bebidas, la intensidad de lo ocurrido.

“Deduce sin discernimiento hechos deshilachados en generalidades aproximativas y carece de información precisa. necesita la confirmación de mi palabra confesional para cerrar el expediente, satisfacer su curiosidad personal. De ser así quisiera confundir el juego, dejarlo suponer que controla la situación dado mi estado emocional. Comencé a meditar sobre lo ocurrido antes de conocerlo a usted, de que el azar buscado y la necesidad nos pusiera en esta situación.

“La espera será larga mientras se acomodan recuerdos y palabras en el relato queriendo que nos aclaremos, no interminable: dije larga. Afuera es noche y llueve tanto, el agua empantana el fluir del tiempo líquido imitando la arena de los sueños. Me dejaré fumar los cigarrillos que quiera, incluso de su paquete y beber cuando café mi estómago

soporte, mucho café recalentado, café fuerte, café amargo, mucho café. Permitirá que me acerque a los ventanales a mirar llover evaporando el sopor de las horas y la rendición de las defensas una detrás de otra. Al fin de cuentas me falta la tentación del vacío del patio interior al que da la ventana esa mal entornada, ni pretendo estrellarme contra el adoquinado como un fruto podrido. Más tarde me ofrecerá algo de comer por si tengo hambre y así ganarse mi confianza, queriendo que recupere fuerzas, renuncie a delirar sobre lo ocurrido con versiones alucinantes. Esperar con la experiencia del oficio hasta que la voz resignada comience la narración retenida, que los hechos se encadenen por fin con las palabras e irrumpa la fórmula insoportable, la confesión catártica mediando entre crimen y castigo.

“Cuesta entender la negativa absurda de los primeros momentos, aunque forma parte del juego y más teniendo en cuenta la naturaleza de los hechos, la acumulación progresiva de evidencias probatorias. Tampoco recuerdo si vine hasta aquí por iniciativa propia, me trajeron a empujones desde el sótano donde aparcan los patrulleros, si me presenté al guardia de puerta como viniendo a renovar el DNI o pregunté por alguien responsable; uno que comprenda mejor que yo las incoherencias del comportamiento que sucede muy de vez en cuando. Para tranquilizarlo y arruinar el interrogatorio que tiene en perspectiva quiero que borre lo anterior, lo olvide y

entienda: estaba ahí cuando el incidente. ¿Es pronto para confirmarlo, comienza el problema y a sospechar que ignora quién soy?

“La noche en apariencia está tranquila si exceptuamos la lluvia incesante y seguro dio órdenes prohibiendo que le pasen llamadas, molestándole con asuntos de burocracia y familia. Se concentra casi leyendo un libro nuevo recién traducido de su autor favorito de ciencia ficción, que lo traslada a planetas orbitando en el tiempo sin medida del espacio; tampoco creo merecer tantas consideraciones que deben estar motivadas por las circunstancias absurdas del delito del que se me acusa. De haber llegado a esta situación con otro aspecto formal conociéndonos de encuentros anteriores, si al menos tuviera en su escritorio una ficha densa de antecedentes confiable, el trámite del día siguiente sería expeditivo y podría derivarlo a un subordinado de su entera confianza. Falta el legajo nutrido con antecedentes desde que yo era menor y mis padres denunciaron la primera fuga del hogar. Mi nombre completo está asociado a una página en blanco sin apuntes, nada escrito en los últimos años donde leer y sacar conclusiones, alcanzar objetivos que cierran tomando por el atajo.

“Prolongó la guardia y decidió sacrificar su noche de descanso (sería perfecto que sea su noche semanal de reposo) para obtener una confesión original. La versión sin dictar por el miserable barrio de la infancia y pretexto de atenuante social, por pupilas dilatadas de droga adulterada



ni gritos golpeando la cabeza en muros del despacho, simulando locura pasajera y activando la paranoia final. Nada que ver con un arrebató de la racionalidad, sino la explicación oculta en intersticios que lo tienen intrigado. Creí que la estrategia suya pasaría por hacerme sentir homicida y que soy a mi pesar el animal fantástico inconveniente, fenómeno de feria que fabula sobre el crimen reciente, con sangre en las manos mientras a lo lejos suena una fanfarria de circo bajo la carpa evocando un fandango. Si nada hubiera ocurrido hace horas en la ciudad el mundo estaría igual, confundido como otra de las vergüenzas forjando la existencia.

“Emulando otras acciones criminales hay un cuerpo a estas horas depositado en el servicio municipal de cadáveres, desnudo y demacrado, aguardando el primer turno de los forenses que llegan una hora más tarde, burlas de estudiantes debutantes, autopsia expeditiva y el informe que estampa la verdad. Estúpida situación desbordando rutina. Claro que habrá su reseña detallada y minuciosa diciendo lo ocurrido, que puede esperar a pasado mañana y falsearse sin considerar el informe. Si había al principio un juego de caracteres rondando el juego terminó, si tenía pensado disfrutar de contradicciones con pruebas materiales y esparciendo trampas de costumbre voy a decepcionarle. Otra quincena de rutina sin encontrar la anécdota del crimen bizarro para contarlo a colegas en una fanfarronada, tampoco la versión exagerada pretendiendo hacer de

nuestra charla algo creíble que amerite salir fuera de estas cuatro paredes. Mala suerte teniendo, porque ese ha de ser por lo menos el grado para permitirse, a sus años y cerca del retiro escuchar un delirio con muerte entre apáticos sin entender lo que yo no comprendo.

“Esta noche menos se conforma con llenar formularios, marcharse a su piso a descansar y prepararse una merecida copa antes de abrir la nevera buscando comida. Si está aquí rondando y escucha es que desea quedarse; fuma en esta habitación sofocante y mira los autos pasando por la calle. Silencio a la espera de la falla, conoce la superficie y la supone; la sabe y ambiciona apropiarse de la historia que huye al expediente. Aguarda la debilidad intransferible, su turno de guardia terminó y se queda dando vueltas a la espera, es probable que me prometa olvidar detalles escabrosos y seguro que cumplirá; aunque mañana al despertar, mientras se lave la cara creerá que lo escuchado aquí fue un mal sueño, algo leído en un libro prestado antes de dormirse.

“Es un atrevimiento suponerlo cansado por la costumbre y permanece callado, estratagema clásica para hacerme creer que algo de lo que pueda decir le interesa, que vale la pena esperar; cayendo en la tentación de conocer lo ignorado del crimen donde puede haber de todo menos razones sencillas. El cuerpo muerto, usted y yo, un triángulo perfecto para pasar la noche, figura ante la cual la verdad factual es insuficiente. Preparó café retinto, espera que en una noche

cuenta el concentrado de mil noches fantaseadas, explicándole por qué llegamos a la plaza de ahí cerca y lo ocurrido bajo la lluvia. Reitero mis excusas por si en algún momento le hice ilusionar creyendo estar ante un caso excitante por mi necia negativa, tenía miedo de admitirlo y es esa la única verdad, persisten dolores musculares en todo el cuerpo y articulaciones, un gusto a mi sangre en la boca.

“Estoy bien así, mi falta de costumbre en estos asuntos pudo activar el instinto de silencio; menos para evadir responsabilidades que por rechazar que fuimos nosotros y hoy quienes vivimos la noche anterior. En toda muerte inducida hay olor a remordimiento, materia ficticia y excremento de evacuación involuntaria, zapatos izquierdos extraviados en la escena de crimen, lenta contemplación de mentiras detrás de facciones de gente querida, quietud ocultando actividad frenética del cadáver pudriéndose. Mientras miraba el cuerpo inmóvil y sin vida me asaltaron sensaciones indefinidas, ni poder ni odio ni venganza, tampoco suponer cuánto valía esa muerte cuando la muerte poco vale. ¿Tenemos tiempo para avanzar en la charla?

“Voy recuperando el argumento despacio, entiendo en usted más que humo y recorte de silueta contra el ventanal, puedo imaginar su ausencia acechando, contar a un ausente esas horas para escucharme a mí y desde la palabra empezar a entender. La confesión es oído sin cara, murmullo del decir cuando el sonido se espesa. Usted quiere llegar a causas verdaderas y al secreto haciendo que pierda una

noche tormentosa. Antes, ayer mismo creía saber algo del cuerpo de la noche pasada cuando se movía, ahora que está rígido resulta ser despojo irreconocible. Necesita detalles y faltan, busca respuestas absurdas a preguntas inconcebibles, desea saber lo que ocurrió desde el principio. Le suplico que evite hostigarme con fotos mostrando desagradables poses, chocantes y falsas como imágenes de la muerte, pruebas materiales que nunca prueban nada.

“Cuando quedamos a solas supe que no habría gritos ni estratagemas en esta escena surrealista, con la lluvia allí afuera es suficiente para el negocio nuestro y lo sabe; si abre la boca por un descuido de impaciencia es el final, su poder es silencio acumulándose y negación de réplica. No puede interceptar este rosario de palabras ni detener la voz mía encontrando su historia, una frase tras otra y los engaños consecutivos. Estando solos su silencio es la mejor presión para poner las cosas en orden de marcha, un chantaje callado con posibilidades de alcanzar lo que se propuso. El silencio, la ausencia de su perfil y el humo continuo como la lluvia necesitada para entender juntos lo que nunca publicará la prensa. Si abre el ventanal será mejor, más que por el fresco que se hace esperar por el ruido de lluvia reventando las nubes y aceptar aquí adentro gotones de patrañas; dejarlos caer hasta ensuciar, correr calle abajo lavando la vereda, aclarando la noche, haciendo crecer el documento irrefutable. Lo agradezco, nunca

imaginé estar en esta situación y menos la supuse similar a una variante soez de la soledad.

“Llegar a casa y sin encender la radio encontrar un perfil dibujado en la ventana, las señas de alguien fumando en contraluz. En la confesión donde usted intermedia habita la densidad presente, falta un recuerdo confuso y el futuro será eco de la lluvia. Si alguien hubiera urdido un plan molestándose en trenzar circunstancias, si pretendió que mi vida conducía a esta noche no podría haber sido mejor.

“Lluvia y humo, humo y sombra, palabras sonando como si hubiera otro en la habitación contándome una historia maravillosa: si el cuento es convincente puede prescindirse de la confesión que tiene algo de comunión sin fe. Tenía que ser así, debía ser así nocturno y con lluvia como anoche, como la noche anterior con lluvia. Me contentaría contándole una leyenda que pudiera retenerlo hasta que salga el sol, temo quedarme con la palabra seca y por eso se la doy con tal de saber que estará conmigo estas horas hasta el amanecer. Cuando aclare dentro de tres horas se desperezará de fatiga sabiendo más relajante el sueño propio que el ajeno, dejará de ser humo para ser cara, rabiará por haberse quedado sin cigarrillos, sentirá el frío matinal entrando por la ventana y le arderán los ojos; renegará de la borra de café deseando cambiar a otra historia, reprochándose el dejar a veces que alguien le malogre el descanso con imbecilidades sabidas. Esto entre

nosotros no puede durar más que unas horas de la noche, de lo contrario sería una pérdida de tiempo.

“Mientras el día aguarda y haya en el ambiente instalada una relativa tranquilidad en los corredores sin teléfonos sonando, sólo mi voz llevando la voz cantante cualquier argumento será preferible. El cuento creíble, la muerte incidente con palomas y datos que alguien mecanografiará mañana, me será presentado para que firme de una buena vez; sin leer ni tan siquiera la primera línea aunque tenga las mismas veintiséis palabras. Lo escrito nunca vale lo contado, se está bien así, nadie entre nosotros podría transcribir el sonido de lluvia ni descifrar la caligrafía del humo que traza la primera palabra.”

-Creo que podemos comenzar.

-Si.

**En** el había una vez y que resulta figura impuesta al comienzo de una novela que se precie, fue el gesto de mirar llover sobre una ciudad: Barcelona cuando regulamos foco atendiendo a detalles del encuadre.

La Barcelona del cliché de pájaros cantores enjaulados y arquitectos muertos en la vía pública, diseño de fábricas textiles de comienzo de siglo y naves industriales que perdieron sentido de existir, prostitución exótica de asiáticas adolescentes, falsas estudiantes sin recursos venidas de provincia, travestí mulato bien dotado activo pasivo, gordas felinianas con senos desbordantes de pequeños anuncios en El Periódico. Más obvio resulta el aguacero entorpeciendo la topografía e identidad de quien observa la escena formándose.

Es preciso saberlo: el ojo que narra lo hace desde la situación del tercero excluido en toda historia, aguardando una revelación y agazapado en la mente del lector que acredita: el lector escribiendo a ciegas mientras lee. La puerta del enigma al que ingresamos es acogedora y si la invención rechaza extraviarse con detalles abusivos, serán suficientes dos minutos de espera para que irrumpa el personaje que abre hostilidades y comience la partida novelesca avanzando las piezas. Indague en el cielo la extensión de la lluvia por si hiciera falta, marche pegado a la pared buscando esa protección algo infantil y vana ante la lluvia, recorra las tres calles separándolo de la boca del Metro.

Somos pocos ahora mismo los mirones aguardando que comience la función diaria, a diferentes horas según nuestro estado de ánimo y tal vez nunca regresemos a esta escena del fragmento tercero. Le vigilamos con obstinación exigente y olvidando por negligencia su condición de sospechoso del delito hipotético rondando la lectura, que fuera a la vez alguien de cuerpo y alma candidato a ser protagonista de una novela que se viniera escribiendo. Entre los implicados de distinta naturaleza en la trama le damos aliento para que siga adelante mientras una entidad desconocida condesciende a narrarlo. El individuo en cuestión ignora nuestra espera interesada, se verá envuelto dentro de pocas páginas en hechos justificando que lo pongamos en la mira y ni se imagina las peripecias rocambolescas a que le destinamos.

Resulta sorprendente el primer efecto convincente de verosimilitud que logra el mal tiempo, lo vemos desde lejos y parece conocido de antes, alguien que cruzamos alguna vez en otra novela que la memoria archivó en el olvido. En este instante preciso del relato el hombre repite el ritual de una nueva jornada, idéntico comienzo de cada día camino a la obsesión. Está vestido como si estuviera parado en otra parte y prepara el escritorio para la tarea intensa a emprender al regreso, a eso de las cinco de la tarde. Un ensayo titulado "La leyenda Braille de los pianistas ciegos", redactar sus deducciones sobre las relaciones entre ceguera



y fraseo jazzy en el teclado y eso que nunca más volverá a trabajar en ese sitio.

El personaje, tercero en orden de aparición después de la primera línea mira por la ventana la aceleración intensa del tiempo tormentoso, considera la lluvia esa con intenciones de perpetuidad. Es martes apenas y el segmento temporal si tomamos la semana como medida consensual recién comienza, el agua vertical disuelve la distinción neta de los días contiguos, mal presagio si se admiten ficciones de premonición y presentimientos. Puede ocurrir cualquier cosa incidental, menos los ojos intrigados aguardando afuera y alguien inventándole un pasado creíble, incluirlo en un asunto turbio que lo necesita imperativamente.

De saberlo quizá se hubiera preparado a nuestra impertinente irrupción, sólo atina a cambiar mocasines Sebago por zapatos rústicos con lazos y gruesa suela de caucho; descuelga del armario el impermeable azul y ordena en el portafolios los materiales de trabajo.

Es Barcelona afuera decididamente y esa convicción de paisaje tranquiliza, sólo allí hay una plaza como la del suceso novelado y una muerte rondando en las próximas horas. Observando los automóviles circulando con luces encendidas, fachadas de casas señoriales del siglo XIX y puestos de venta de periódicos y revistas con toldos de La Vanguardia, quienes leemos tenemos la ilusión de estar en Barcelona. La reconocemos aún sin haber ido nunca hasta el altar mayor de Santa María del Mar, ni tomado una copa en

El Paragua en el Carrer del Pas de l'Ensenyança, en cuanto a la fecha de esta coincidencia precisa es asunto más complicado.

Como impacto de fuentes desobturadas de una vez y que parece ser la última, se descuelga del cielo un chaparrón de aquellos cuando el hombre sale del portal de la casa; si fuera sospechoso de algo reprehensible, más interesante su pasado consignado en expedientes que el transcurrir de las horas que vienen, otro individuo de los Servicios, pesquisa lerdo, maquinal, fumador con sombrero de espía y periódico doblado haría la seña convencional, como en las novelas policiales, queriendo ser discreta y un automóvil sin matrícula se pondría en marcha decidido a seguirlo.

Por el momento es suficiente verlo caminar con una mirada sin perderlo de vista ni un segundo y que lo inventa paso a paso. En esa operación presumimos que no es oriundo de la ciudad Condal, su cuerpo se acopla a muros y chaflanes como suelen hacerlo los extranjeros. Ni demasiado joven ni maduro evidente, el hombre está apenas cargado de hombros y parece que le pesara una culpa tremenda, con años de lectura distrayendo el remordimiento. Comenzará el largo viaje con la línea 5 del Metro, cambiará de andén en el trayecto combinando con otra línea hasta bajar en una estación conocida y llegar puntual a sus cursos de los martes. Una aproximación a las series de Leibniz y la deducción matemática en la ciencia de fines del siglo pasado.

Lleva en el portafolios, además, una libreta de cuero bordó con notas relativas a músicos que le interesan, el manual de Lógica Simbólica para debutantes y la antología de Eugenio Montale que lo acompaña hace años, donde subrayó con amarillo los siguientes versos:

*La storia non è poi  
la devastante ruspa che si dice.  
Lascia sottopassaggi, cripte, buche  
e nascondiglio. C'è chi sopravvive.  
La storia è anche benevola: distrugge  
quanto più può: se esagerasse, certo  
sarebbe meglio, ma la storia è a corto  
di notizie, non compie tutte le sue vendette.*

Nada sabe ni le interesa de los vecinos del edificio que por su parte lo ignoran todo del hombre del tercero G, la silueta buscando la protección de toldos y arcadas, acelerando el paso llegando a las esquinas. Es preferible ignorar quién es el otro en asuntos de una intriga armándose, conformarse con huellas dactilares si las hay en una superficie explotable y el documento de identidad estropeado por el barro.

Cuanto de cerca lo seguimos más extraño aparece y si hurgáramos en su apartamento tampoco encontraríamos nada revelador. Ninguna pista que explicara lo sucedido, dos ambientes medianos con terraza desde donde se ven azoteas vecinas, cúpulas también civiles distantes en el

horizonte. Orden infrecuente en un solitario por caer en el cliché: mobiliario de buen gusto, contrastando con la precisión del equipo de audio cercado por cintas y discos de una tecnología superada.

La biblioteca adosada al muro es pequeña y selecta, la cafetera automática está programada previendo una tarde de trabajo frente al ordenador; un proyecto comenzado hace meses, hojas de confesión, notas rápidas que se escriben cuando se viene de despertar y es fresco el recuerdo del sueño perturbador, rotuladores de colores fosforescentes sobre el escritorio. Adherido a un lado de la pared un cronograma marcando en rojo este martes, recordando entregas impostergables y fundando desarmonías que tendrán sentido pasada medianoche. Desde las ventanas del dormitorio que da a la calle se le puede observar caminar apurado, cabeza mojada, cuello de la gabardina subido ocultando facciones que alguna vez fueron determinantes. Si fuera sospechoso el nombre verdadero abriría datos aproximativos sobre edad, nacionalidad y profesión; tampoco alcanzaría para conocerlo leer las anotaciones de su libreta ni lo salvado en el ordenador de la sesión de ayer.

Con el tiempo que falta en el comienzo, de poder escuchar cintas y discos acumulados sería posible formarse cierta idea, pero retarda la acción que está lanzada. Puede ayudar saberlo viviendo en una ciudad idéntica a Barcelona hasta suponerla, donde lloverá de forma ininterrumpida hasta el fin de semana, lo que resulta una anomalía en la serie de

pronósticos y puede resultar falso. Decorado a cielo descubierto donde ese hombre que desciende la escalinata del Metro y desaparece de nuestra vista tiene noticias funestas de un rincón del casco antiguo de Barcelona.

**Tendría** que haber conocido de antemano cómo sería el día para así quedarme en casa sin considerar las horas que faltan, disponiendo del procedimiento mágico que me hubiera llevado a la intuición correcta. A la ausencia de sorpresa uno se habitúa fácil como a nada esperar de excepcional. mi vida estaba organizada de tal manera que buscaba distanciarme de sobresaltos, poca cosa buena se obtiene de una agitación social intensa y estoy bien implicado para afirmarlo. En esa calma cualquier fisura es determinante, mi encuentro con él esa mañana me recordó el canto rodado en la bandada de gaviotas sobre la arena del otoño, otro escándalo en el devenir imprevisible de la naturaleza. Me hallaba en una etapa de escucha intensa y feliz, comenzaba a comprender el fraseo autóctono del pianista ciego de la ciudad que compartía la fascinación del intervalo con la música de Federico Mompou.

Se descubre la pertinencia de los presentimientos después, es cierto que al despertarme tarde ese día (había tenido una noche de sueños premonitorios de los que se olvidan) y mirar por la ventana del dormitorio vi afuera cubriendo la ciudad luces publicitarias cambiando de continuo. El sueño ni la noche sofocaron nubarrones vaciándose, nada de ello prometía conflictos ulteriores sino molestias prácticas en los desplazamientos. Bebí café con un chorro de leche y me dispuse a preparar el portafolios escuchando en la radio lo ocurrido sin mi presencia activa. Sucesos terribles y carentes de interés, a tal punto que la meteorología parecía lo más

interesante, sin incidencia para mis planes en carbónico del día. La tormenta que se abatía sobre Barcelona era noticia en los informativos desplazando los restantes hechos de lo real. Presentí que durante la noche alguien removió mis papeles y ese temor me acompañó hasta el sacudimiento del encuentro, verifiqué si el manual del curso estaba adentro del portafolios, guardé el libro de poemas releído infinidad de veces para la hora del almuerzo, que para mi es de naturaleza frugal, café cargado y tabaco.

Dejé todo listo para retomar el trabajo pendiente pues tenía varias páginas atrasadas del informe; esas eran las certitudes para ingresar en un día lluvioso, escasas y tan despojadas que era imposible dudar, suponer que fue hoy, ayer o anteayer cuando comprobé que el manual de Lógica estaba en su sitio.

Si hay algo cierto del mecanismo de la memoria es que suele estropearse sin aviso, detrás de información tomada por cierta se entrometen diacronías de siglos y segundos que alteran lo visualizado; esa aprensión la presiento y prefiero conocer los tramos cuando el circuito se desconecta cambiando de itinerario.

Maniobra impredecible la víspera misma, el encuentro con Ventura provocó la caída brusca de la rutina, una crisis del sistema ordenado y alteración de hechos subsiguientes. Haciendo el esfuerzo de recomponer la mañana, además de la lluvia y el desorden nocturno me interrumpe la duda de creerme observado, ahora mismo incluso, como si alguien

leyera mis pensamientos a distancia, queriendo pasar inadvertido sin perturbarme, dejando que continúe yendo hacia lo que se aproxima fatalmente. Cuando alcancé la calle donde vivo bien pude ser objeto de una vigilancia, seguro error de apreciación en el afán de amontonar desconfianzas queriendo explicar lo extraño de la entrevista, la situación.

La referida conversación con Ventura tuvo el poder de confundir las horas pasadas perforando certezas, también de la afeitada matinal y orientarme a inquietudes por verdades previas. Había otra mirada inmiscuyéndose en la trama como existió Ventura con su relato, existí yo creyendo su versión de lo ocurrido y es verdad el embarcarme en la noche, volviendo imprudente la travesía por recuerdos que se fueron a pique. Horas densas y materiales, los momentos inminentes parecen cumplirse y los hechos forzar historias como los muertos llaman a otros muertos. Sentía ser alguien de paso en la ciudad y que la vida era mi recorrido entre ruinas recientes, me abrumó un dejo de extrañeza en calles reticuladas, atrapado en una malla visible sólo con la lluvia, presentí el rechazo de rincones perfectos y soñadas plazas de las que dependía como colgado de hipodérmicas infectadas.

Hay enfermedades sin contagio y desgracias de destino individual; me quedé sin tiempo suficiente para la modificación, pude oscilar desde la indiferencia a inmiscuirme en asuntos humanos que rara vez afectan la noción de problemas. Molestia confundida con amistad,



tontas ganas de cambiar de vida en horas bien disciplinadas. Bastantes años me llevó en un medio nutrido a notoriedad reformular el alegato de los hombres opacos, tal vez por eso también decidí vivir en el extranjero y ello fue posible con amigos salvados por el fracaso de concretar planes, mediante la praxis de una vida sedentaria. Durante el aprendizaje encontré categorías de la sociedad marginadas de estadísticas, polizones que pasaban sin ser descubiertos y viví entre distracciones de la paranoia moderna, reconocí algunos y me reconocían ellos en funciones matinales de cine, sectores de Ciencias Humanas en librerías inmensas como catedrales desertadas. La voluntad de negarse al chantaje de los supermercados, yendo a despensas más modestas, donde suprimieron cajas en fila y carritos con propaganda de garbanzos enlatados entre atropello de música funcional adaptada para tales efectos.

Es enorme la agresión del azar, prefiero considerar la proposición de Ventura como prueba de la cual mañana sin ir más lejos me acordaré con cariño relativo. Vivo en modalidad de tránsito sobre trenes llegando a la frontera del país de partida, a la tierra donde ingresan a sabiendas vigilando escalas técnicas de transformación. Si alguna vez presumí cambiar de rutina nunca imaginé que ocurriera por el portal de una confianza amistosa.

Durante unas horas estoy obligado a pactar.

Guardaba la esperanza de que el anonimato tuviera su virtud en el olvido, consideré por una temporada el quedar

al margen como el triunfo de la inadaptación. La sociedad, el sistema o como se llame eso que nos recibe apenas tras pasamos el portal de la privacidad, logró disolverse entre poderosos y marginados, manifestarse en bipolaridad. En tiempos cuando la inteligencia sin objetivos prácticos es nostálgica antigüedad, el lenguaje para intentar entendernos imita el de los bajos fondos por el temor de no ser comprendidos, la pasión se erotiza por poderes transitorios y de látex sacudido por descargas eléctricas; ya regresaremos, si los dioses lo deciden a sublimes gestos de accionistas arruinados lanzándose desnudos por ventanas de rascacielos.

Nada resulta relevante y existe en su monotonía porque Ventura espantó lo repetitivo, desesperado como para dejarlo por escrito él me lo contó oralmente y eso lo alteró la configuración del día. Mi salvación pasa por restarle importancia a los hechos, considerar en lo ocurrido un incidente pasajero común como mentira, la estafa de administrador arruinado por una copera de la calle Enrique Granados. Necesito tomar conciencia de lo que sucede en este día y no es del todo descabellado afirmar que mi vida converge aquí. Apacible por obligación me cuento lo acaecido para saber la verdad de los hechos, repito que cometí un error y aceptaré lo hecho como un obrar para el fracaso, nada puede ser alterado del relato sabido y sólo puede mentirse de los cuentos por delante.

Lloverá en Barcelona si es Barcelona esta ciudad como supongo desde hace un bien tiempo. Para la historia en ciernes es suficiente mi desasosiego y un tipo arrogante como Ventura llegando con asuntos complicados, una mujer rondando y la plaza necrópolis que tanto me complica, algo de prensa escandalosa para hacernos creer que los hechos vividos están destinados a terminar en noticia; cada ocurrencia de la vida solicita titular, resumen y un final lo más cerca posible del comienzo. Algunos finales en forma de delta incontrolable escapan a la regla absurda de redacción y tampoco hay mucho que explicar, me ayuda esa conjetura pensándome sujeto de contemplación con finalidades misteriosas, es preferible a la imposición de tomar la iniciativa en las horas venideras.

**Si** estoy en lo cierto, si controlo todavía los bordes del delirio recuerdo que aquella mañana dicté mi clase hasta ese final interrumpido. Normal, nada especial a señalar en las preguntas del alumnado ni una iluminación desviando el curso por caminos insólitos. Otra recaída en ejemplificaciones de ficción indagando la demostración por el absurdo, diferenciar la vida salarial de malabarismos mentales por si había espíritus sensibles; hacerlos desconfiar sobre la probabilidad de otra zona deliciosa de la existencia y obviando las promesas incumplidas que depara cada mañana.

Los adiestraba sin esperanzas en la utilización de facultades racionales y proponía artefactos para minarlas. Apelé al equívoco de percepción y atajo por la sustitución lúdica, la tontería de indagar la verdad en la poesía moderna y buscar versos ocultos en la confusión del caos traducido. Equilibrios deductivos que se vuelven contra mí al rechazar los teoremas cuando en apariencia son necesarios. Cuerpos estáticos, teóricos y concretos, arrastrar cuerpos hasta refregarlos y acostumbrarnos a tocar las manos de la muerte. Nos estamos habituando a desconfiar de la imaginación y permitimos sin resistirnos que la materialidad resulte contagiada con microbios de coherencia.

Di la clase, normal como dije y sólo se me ocurre una pregunta pertinente: ¿por qué en esa hora llegó con su relato y proposiciones delirantes? Conexiones de trama como soñar un sueño tres veces seguidas, creer que estoy

en el salón espejado de "Lady from Shanghai" buscando la razón de mis idas a la plaza Villa de Madrid casi todos los días, como quien visita su amante sifilítica y abre cada hora la botella de Bombay Saphir.

Era la última clase del día esa mañana sobre el método deductivo en la ciencia, hablaba de Descartes y de intuir astucias perversas del profesor Moriarty cuando Ana ingresó al aula.

-Perdone que lo interrumpa, en secretaría hay un caballero esperándolo, dijo la muchacha sin abrir del todo la puerta, entrando al aula la mitad de su cuerpo. Dice que es importante.

Los estudiantes quedaron más interesados por el pelo rizado de la funcionaria, la minifalda escocesa al comienzo casi de las piernas que por mis afanes pedagógicos y cuando ella terminó su tirada las miradas se concentraron en mí.

-¿Quién dijo que era?, contesté intrigado, restándole trascendencia al episodio, buscando asimilar la inquietud provocada por la irrupción en la lucha de acceder a vías de conocimiento, que procuraba pasar con resignación al alumnado indiferente.

-No lo dijo ni lo pregunté, parece preocupado.

-Está bien. Vaya y dígame que me espere diez minutos, ahora es imposible salir del aula.

Un murmullo disidente me informó de inmediato que podía abandonar la sala y desaparecer del lugar por una temporada. Haciendo caso omiso a la manifestación agresiva

para mi ego pedagógico, levanté una mano solicitando silencio y la atención se concentró en Ana como si fuera portadora de la inmanencia.

-Me temo que es realmente importante, respondió la muchacha, marcando las palabras de forma teatral, contrariada por haber evaluado de manera incorrecta la situación.

Procuré en la respuesta alejar sus temores y dejarlo a cuenta de un capricho mío, síntoma de desconsideración a su celo de urgencia.

-Querida señorita, usted obró debidamente. En mi vida nada es tan grave que no pueda esperar un cuarto de hora. Gracias.

La muchacha reintegró su medio cuerpo a la parte de afuera, utilicé esos minutos en pensar quién tendría confianza suficiente, osadía y necesidad brutal de llegar hasta el Instituto privado a interrumpir mi tarea, eran pocos quienes conocían mi actual manera de ganarme la vida. Los refractarios nos comportamos con astucia en la vida práctica y la prudencia del extranjero sometido a trámites interminables; papeleo permanente, prórroga de permisos sin puesto laboral en la sociedad ni documentos legales innecesarios, en libertad condicional según un código caduco y explorando rincones con aspecto de recuerdos premonitorios.

A media mañana de un día que prometía ser fatal y a pocos metros de mi lugar de trabajo, donde como se dice

me gano el garbanzo había alguien aguardando con algo determinante que comunicarme. Se alteraban por fuerzas exteriores a mi voluntad las expectativas modestas de la jornada, en pocas horas pasé del sentirme vigilado a la preocupación de saberme esperado, obligándome a bifurcar perseverancia, atención y palabra.

Ni breves ni eternos esos minutos duraron lo que debían durar. El desánimo generalizado operando, la apatía sexual de los últimos meses, el escaso interés por el proyecto a concluir esos días alcanzaron mi percepción del tiempo; lograron reconciliarme con los relojes aceptando lo acertado de su medición. Hasta la entrada de Ana, hasta ese medio cuerpo de mensajera el tiempo y como si pudiera ser otra cosa se limitaba al sumiso transcurrir de un segundo tras otro, tic tac tic tac tic tac.

Me propuse salir del aula desinteresado por la persona aguardando intuyendo su identidad sin saberlo, lo hice sospechando que un rubí interior del mecanismo estaba resentido, por la curiosidad y ganas de finalizar cuanto antes con el episodio. Dispuesto a sacudirme una molestia de generación espontánea alterando el decurso de mis horas dispuestas para el martes.

Estaba allí sentado en un sillón grande y desvencijado de secretaría, había un montón de periódicos a su lado y él miraba la zona del piso acotada por zapatos mojados contrariando su estilo de vestir. Sentí en simultánea: primero el percatarme de que nunca hubiera imaginado que

fuera él y acepté en su presencia la cristalización de una secuencia ortopédica. Ni me vio ni oyó llegar a su lado, era un ectoplasma confundido y acaso podría devolverle su condición humana.

Ana se equivocó si creyó advertir en su voz la súplica de algún asunto capital, ella debió adivinar por el aspecto que lo único real era lo preocupante.

-Bueno, bueno, le dije estando próximo a él. Debe ser algo enorme para que hayas venido hasta aquí.

El hombre que esperaba, sorprendido como si hubiera descubierto un espejo deformante se levantó apurado, tomándome del brazo con presión, ángulo de oráculo desfavorable, llevándome al rincón evitando la acústica pésima hasta una disposición de perspectivas con visión ventajosa para confidencias.

-Perdóname, comenzó. Deberías saberlo, recurro a ti sólo en situaciones insostenibles y desesperadas. Creo estar en un problema gordo.

-Lo supuse en cuanto te encontré sentado y abatido. Hace mucho que no me buscabas, continué diciendo, amortiguando el reproche en mis palabras. Por otro lado me alegro, era la evidencia de tus buenos tiempos. Supongo que deberé escucharte para hacerme una idea aproximada. ¿Entonces?

Me miró a los ojos entendiendo y afirmando su incapacidad de cambiar las reglas de la amistad. Un conjunto de músculos faciales se aflojó, pareció que



comenzaba a disfrutar la distensión de compartir el motivo explicando la reaparición.

-Creo que anoche maté a una mujer.

Era innecesario repetirlo, lo entendí perfecto: creo que anoche maté a una mujer. Las palabras fueron pronunciadas en tiempo y tono apropiado para descartar dudas relativas a interpretaciones subyacentes, una respuesta tonta pidiendo la repetición.

Caminamos sin la presión del brazo, acaso distendida por la palabra y callados hasta la ventana que daba al jardín del Instituto; una reja limitaba con lo que ocurre en la calle, quedamos cerca de los cristales mojados y de quererlo podríamos empañar el vidrio con el aliento. Pasé la palma de la mano por la superficie despejando la película formada del lado interior y poder mirar la lluvia arreciando, como si Barcelona fuera escollera portuaria del norte cantábrico, castigada desde los orígenes del mundo por la misma tempestad.

Con el deseo de ser uno más de los caminantes a la intemperie, ajeno a la escena, desembarcado del diálogo improvisado yo hubiera preferido el amparo dependiente de la mirada intrusa presentida esa mañana saliendo de casa. Si en los temporales un escape es poco más que acelerar el rumbo al corazón de la tormenta yo debía resignarme y aceptar un día más la lluvia en la ciudad.

Ventura se impacientaba.

-¿Tienes algo que preguntarme?

-¿No hay días en que sales de tu casa y te parece que hay alguien vigilándote?

-Qué dices...

-Nada, nada... tendremos para largo con este clima.

Durante veinte segundos de los interminables mi atención se desentendió de la conversación, pude escuchar la lluvia golpeando el toldo metálico de una zapatería para niños, en el paraguas transparente de la muchacha asiática con tejanos y sobre el charco formado en la base del semáforo en diagonal. Era el único segmento de silencio permitido para un día que apenas iniciado estaba malherido.

**Vigilado** y suponiendo la ficción de las trazas previas al avance, es dificultoso describir con precisión la forma errática de caminar en alguien que cree haber matado a un semejante, sin premeditación, en un arranque de ira irreflexiva, cuando uno puede ser el otro que uno mismo ignora. Cada paso anuncia un temor sin escapatoria, las facciones se distorsionan como luego de tomar una pócima maligna que revela la zona retorcida del corazón. Las pruebas son líneas concéntricas y llegan hasta cierto punto de los dedos, delatándose como la imaginación cotejada a la tinta bordó, las facciones de la cara un dato impreciso y la revelación es el caminar.

Alcanza con observar sus piernas arrastrando los zapatos, indiferentes al agua salpicando los bajos del pantalón y las muchas horas que los calzan –sin desatar los cordones– dejando que se concentre la humedad; agua empapando calcetines romboides en tonos de azul y usados después de dos días, ablandando callosidades tenaces de los pies, abriendo estrías despellejadas ardiendo entre los dedos.

Cuando llegó a la entrada del Instituto fue que se detuvo. Si creyera en alguna inteligencia superior, se hubiera demorado al pasar delante de la Iglesia próxima para encomendarse a los santos y de tener conciencia clara de lo sucedido anoche, estaría subiendo escalones de cualquier comisaría de barrio. ¿Qué hacer cuando lo sabido es niebla de recuerdos intangibles, malentendidos gritados y gusto a vómito en el paladar imposible de escupir ni tragar?

A tientas se aseguró estar a las puertas del Instituto temiendo no encontrarlo a él, asumiendo la incomodidad supuesta en la visita y por motivos conocidos. Ventura apretó contra el cuerpo los periódicos de la mañana, aferrándose a desinformación y papel impreso en desintegración. Alguien, el inventor de esa absurda noche pasada también previó -pensó Ventura, manoteando razones justificando su conducta- que a esa hora entraría en el Instituto a preguntar por el docente. Con una dosis de buena voluntad, puede atribuirse el estado fatal a estragos de la lluvia y desamparo de la marcha prolongada sin altos ni descansos.

En los tiempos actuales las buenas costumbres imponen la obligación de mirar a la cara y de ser posible sonreír. Nadie descubre a primera vista en la barba crecida, manos en los bolsillos del pantalón y pasos indecisos cuándo está ante alguien que asesinó hace pocas horas; aunque sea por error de cálculo, un pasaje a lo irreversible sin haberlo planeado.

-¿Me podría informar si el profesor Paolo está en el Instituto?

La mitad de la muchacha, que asomaba por encima del escritorio cubierto de papeles y teléfonos consultó una plantilla de recuadros y tachaduras de lápices de colores con el planning de la semana.

-En este momento... déjeme ver... está dictando un curso.

-Podría, por favor, informarle que un amigo lo está esperando y necesita hablarle. Es urgente.

-Al profesor le desagradaba ser interrumpido. Bueno, si es urgente le avisaré, dijo para evitarse la segunda argumentación. Espere por aquí, si lo desea puede tomar asiento.

-Gracias y perdone la molestia. Me urge verlo.

Ella ensayó tranquilizarle con sonrisa de circunstancia burocráticas y fracasó en el intento. La situación resultaba anómala habida cuenta del lugar y la tormenta arreciando sobre la ciudad, podría querer decir que lo entendía en la urgencia y se despreocupara pues disiparía la manía antisocial del profesor; que parecía no estar en el mejor de sus días: esta mañana siguió de largo sin saludar.

Ventura se dejó caer igual que un cuerpo sin vida en el sillón grande y castigado de la secretaria, reordenando motivos por los cuales estaba ahí tramando la excusa para cuando el amigo se presentara, el puente endeble de cruzar al inicio de la conversación, algo más creíble y coherente que lo vivido y el recuerdo de lo sucedido anoche. Ignoraba si en los zapatos, axilas y tarjeta de crédito American Express arrastraba un crimen y era hora de considerarse otro prófugo identificado; desconocía si padecía el tránsito al estado sospechoso de lucidez y buscando la tranquilidad de distancia razonable. Cualquiera otra persona en su sano juicio, luego de escuchar la versión de los hechos le devolvería lo rehuido, entendimiento y comprensión con explicaciones calmantes hasta desagitar de dudosos sentidos lo vivido. Los amigos aconsejarían entregarse a las

autoridades competentes acompañado por el abogado de la familia, los socios imaginativos lo impulsarían a fugar, cruzar la frontera y confundirse luego entre desasosiegos de Lisboa con tranvías, donde viaja el doble al otro lado de la ciudad.

Paolo es incapaz de ayudarlo acercándole aclaraciones y el único que podría deducir la causa –si la hubiera- creíble por brutal de lo ocurrido sería él, abrumándolo con hipótesis falsas hasta empalidecer la verdad huidiza. Esta ubicación de Paolo en las antípodas de la esfera de relaciones, podía a la vez el rechazo y atracción de cualidades que Ventura hubiera deseado para sí. Virtudes menores e infrecuentes: el oficio de saber esperar, negativa a hablar de sí mismo, paciencia para oír sin interrumpir, entender el fraseo de los pianistas ciegos de la historia del jazz y algo así estaba necesitando el intruso.

Siempre existe espacio y tiempo para la violencia, el insulto e ingreso a la aceleración calculada de series televisivas; si era inevitable presentir en próximas horas situaciones de careo, interrogatorios y reconstrucción en lugares de los hechos, Ventura necesitaba otro derecho distinto al de permanecer callado, llamar a un abogado y saberse inocente hasta firmar lo contrario con tal que terminaran las averiguaciones. Pretendía el derecho a contar sin confesión ni entregar pertenencias personales, ser escuchado sin cercanía de armas reglamentarias intimidantes, cordones de zapatos confiscados igual que el cinturón, golpes para apurar los trámites.

Emergía en imágenes como el ritmo de cartel luminoso anunciando una marca japonesa de audio el cuerpo de la mujer callada por la muerte. Quería el encuentro con alguien entre atrofia de tiempos y hechos sin orden, una idea absurda del momento cuando sentía el ardor interno de los ojos, las ganas de orinar.

-Seguro es algo enorme para que hayas venido hasta aquí.

**Ventura** temió que Paolo hubiera leído sus pensamientos, supiera por anticipado lo que venía a contar sin orden ni coherencia tal como sucedió la noche anterior. Al verlo se avergonzó en la variante soberbia considerando su aspecto deplorable y sabiéndose comprometiendo al amigo en su película parásita, importándole poco si a Paolo le incumbía en algo lo ocurrido. Esa presencia tenía la repetición del poder impalpable sobre el otro, insolente impunidad por alterar una vida retirada y monótona.

Tuvo claro el encuentro apenas amaneció y se detuvo a reordenar lo sucedido, dijo Paolo improvisando sobre la marcha y para hallar la mitad faltante de la historia. Decidió que si el extranjero amaba las formaciones de trío y le proporcionaba una de las partituras copiadas, él escribiría la improvisación faltante con la intuición de un pianista ciego. Aunque fuera insuficiente sería prudente comenzar disculpándose, le habría gustado llegar al Instituto e invitarlo al concierto de Tete Montoliu en Jamboree y no a implicarse sin aviso en un argumento pésimo de final infeliz. En algún minuto de la mañana le sobrevino un presentimiento y lo olvidó por una ráfaga de viento, de repente como se olvidan los temas originales de siete notas.

El profesor estaba más atento a las derivas de la lluvia y luces del semáforo que al compendio de las historias avanzadas, amaneció con el temor de ser objeto de seguimiento por alguien vigilando sus pasos, aunque bien pudo ser anuncio telepático de la visita de Ventura. Ese



tenue alerta general era la fugaz luz amarilla de cruces pentagonales y zona de prevención amenazante, sin importar el agua ni el ruido de bocinas caótico, el rojo intenso del peligro se alumbró. Paolo estaba parado en una calle transitada y la historia de Ventura era tráfico atropellado de información, datos emulando motos de potente cilindrada, pesados camiones de noticias sucediéndose de tal manera que le impedían alcanzar el otro lado del día, donde estaba el atardecer y la pantalla luminosa del ordenador. Había un impedimento, era peligroso cruzar esas horas de tráfico pesado, en cuanto lo intentara una manada de asuntos despreciables lo atropellaría sin haber intentado un esquivar ni el freno.

Ventura cargaba contrabando emotivo además del relato y Paolo se extravió en el cruce de grandes Avenidas, cuando las luces liberan motores y las piernas resienten lo inútil de intentar llegar al otro lado; mientras una marea de cauchos circulares, ruedas auxiliares, gatos hidráulicos, carrocerías embarradas, parachoques y lubricantes fuerzan funcionamientos en la tercera marcha.

La manera de salvarse es olvidar la existencia del otro lado, aceptar la instalación en la historia del visitante y esperar, saliendo de la ciudad, el descuido de un camino vecinal donde operar el escape desandando la autorruta y rápido. Nada ayudaría a renegar del azar. Así como creyó que alguien manipuló desordenando sus papeles, con el pretexto de marcar su nocturna presencia, así se sintió

sustituto de último momento, improvisado protagonista lateral de la pieza donde el apuntador ni siquiera susurró el título.

-Creo que anoche maté a una mujer.

Paolo se desentendió de las distracciones optando por centrarse en la voz de Ventura, a pesar del mal tiempo y la intensidad del agua haciendo las veces de silenciador enroscado sobre la ciudad. Las vidas paralelas por capricho de simetría biológica coincidieron el día que fue permitido transgredir teoremas elementales: el punto de intersección era el fortuito encuentro entre una historia cerrando en confidencia y el comienzo de otra. La de Paolo sintiéndose agredido al perder la suya propia.

-Para ti el estado del tiempo es lo menos importante, dijo Paolo. Alcanza con observar tus zapatos... puede ser demasiado pedirte algo de tranquilidad, y menos cuando a mí me anda faltando. Déjame terminar un par de asuntos pendientes y en unos minutos estoy contigo.

Ventura asintió sin hablar, era un logro inmenso saber que alguien ordenaría sus futuros movimientos la hora próxima, separándolo aunque fuera cincuenta minutos de la noche anterior. Quedó con la mirada del otro en el paisaje electrificado, el resplandor de una luz verde le aseguró y si se apresuraba el primer cruce hacia las consecuencias. Tenía los pies empapados y llovía fuerte, se acercó a la funcionaria de pelo largo.

- ¿Dónde están los lavabos?

Fue un grato descubrimiento saber que podía orinar levantando la cabeza mirando el cielorraso, ese gesto le restituía su condición humana de personaje. Los fragmentos se recomponían y la presión de la vejiga era cierta, descubría azulejos rectangulares de cafetería de teatro durante el entreacto, las manos ayudaban en la sacudida, era aceptable la coordinación entre neuronas, dedos y esfínteres; recuperaba un porcentaje de su unicidad sabiendo la otra mitad del diálogo interrumpido ordenando escritos, firmando actas de exámenes atrasadas, despidiéndose –disimulando efectos nefastos del encuentro– de las chicas de secretaría y algún colega rezagado en la sala de docentes.

Paolo intentaba rescatar en la rutina de profesor terminando otro día al menos el orden de la mañana. La noche pasada alguien movió más que papeles del escritorio y como el desplazamiento de ruinas cuando llega el lodo su rutina sufrió la traslación imperceptible en tanto soñaba. La ciudad se entregaba a la invasión tormentosa y Ventura participaba en sucesos que prefirió dejar sin entender. Raras motivaciones tampoco atribuibles a una amistad siempre efímera lo ligaba al visitante, en tanto descubría probable el hecho de matar con las manos y recordaba otros ojos, cuerpos que estaban en suspenso.

Lo encontraría frente al mismo ventanal donde lo había abandonado, era de los que se quedan con gusto igual cuando perdieron el dominio de la situación. Mirando la

lluvia, escuchando el bramido lejano de motos, entregado a la comprensión del cuerpo interior en movimiento.

-Vamos, dijo Paolo y ahora fue él quien tomó del brazo al amigo; pensó en tazas de café y cigarrillos, aunque si él fuera por milagro Ventura le hubiera gustado sentir en la boca el gusto de algo fuerte a pesar del aliento a ginebra, a vómito de ginebra.

Salieron en silencio del Instituto, exceptuando la curiosidad de las chicas de recepción nadie se percató de la visita desconcertada. Paolo supo desde el comienzo que si un día Ventura llegaba al delito improbable acudiría a él; le hubiera decepcionado la visita por cuestiones económicas o intrigas sentimentales redundantes de fotonovela. El aspecto del amigo, la evidencia en la mirada de una pésima noche y el regreso a la dependencia antigua como la amistad, pudieron que empezara a rechazar cualquier suciedad en el embrollo inaugurado. En los próximos minutos tendría conocimiento de detalles, puede que escabrosos y desagradables, recibiría justificaciones contradictorias, amontonadas.

Paolo se parapetaba en certitudes de su formación: saber suficiente un juicio para conocer la verdad, comprobar la incapacidad de modificar el pasado, postular todo futuro condicionado por lo sucedido e imposible de vaporizar. Pudieron permanecer, de haberlo querido, en el salón de lecturas del Instituto donde sería inevitable la curiosidad de colegas y evidente el intempestivo testimonio alterado en su

rutina laboral. Ese vínculo con el mundo exterior podía algunos cambios, a manera de corrientes eléctricas desviadas en un nuevo circuito del habitual.

Su condición prioritaria de lógico formal, pendiente de estructuras de razonamiento resentía las sacudidas de una anarquía de movimientos, originadas fuera del sistema y con repercusiones internas; un sitio donde las palabras de Ventura eran espoleta cumpliendo funciones definidas de manera errónea. Buscó si tenía tabaco en los bolsillos de la chaqueta, escuchar lo prometido sin fumar sería fastidioso, dejó que le cayera el agua en tanto llevaba al amigo a la cafetería cercana y tranquila, adecuada a las circunstancias de confianza y escucha.

Caminaron sin hablar postergando el diálogo en tan precarias condiciones; según Paolo se justificaba que alguien lo observara andando con un asesino todavía prófugo bajo la lluvia, teniendo la curiosidad como cómplice, imaginando en alguna parte un cuerpo muerto de mujer, un despacho mal iluminados y el policía fastidiado por ese cuerpo que lo llevaría a conocer al responsable, perseguirlo hasta sacarlo de circulación por una larga temporada.

Cada historia proveniente de otro es ficción hasta que nos afecta. Paolo necesitaba mezclar la voz de Ventura con ruidos menos brutales: voces de camareros ordenando cañas San Miguel y bocadillos de tortilla tibia, apelaciones impacientes de máquinas tragaperras, electrocutando una romanza de zarzuela, un aire de Cole Porter en versión de

big band: "Too Darn Hot" cantada por Ann Miller, las quejas de parroquianos mayores de edad confundiendo fenómenos atmosféricos y el tiempo de la artrosis que los acorrala.

En ese decorado, acompañada por la orquesta de cámara de la ciudad ensayando una mañana de lluvia, la voz solista del recitante apelaría a matices y tonos requeridos haciendo creíble el drama del pecado, ascendiendo a bufonescas modulaciones en alguna risotada inducida por un hecho pueril y el miedo claro: el miedo. Llegarían secretos de igual manera que excavando con sistema la tierra presentida de augurios emergen fragmentos de preguntas, dos razones en perfecto estado de conservación, algunos argumentos de fecha incierta, la base corroída de lo que fue un alegato estupendo y piezas fragmentarias sin clasificar.

Los testimonios de un tiempo remoto estarían pronto en poder de Paolo, induciéndolo al esfuerzo de rearmar parte del pasado del amigo y estremecido hasta los cimientos; al importe de saberse vigilado y cometer una versión tangencial de traición comenzó a disfrutar de la situación. Sospechoso del segundo crimen premeditado en un bar, ajeno a tan deliciosa conspiración y cerca del lugar donde se ganaba la vida.

-Si, gracias, estoy más tranquilo, respondió Ventura.

Se había quitado el abrigo y con las manos trataba de acomodarse el aspecto lo mejor que podía. Observado desde otra mesa por cualquier parroquiano ocasional, ese Ventura en desarreglo tenía la apariencia de alguien después de un

largo viaje insomne en tren sin cucheta, durante la noche, erosionado de sueño sin haber pasado por casa a lavarse la cara. La boca entreabierta en estúpido gesto de quien imagina por inalcanzable el placer de una ducha caliente, la espalda curvada de alguien exonerado de culpa, olvidando que la liberación es circunstancial y la opresión regresa con fuerza.

-Ni idea de por dónde empezar. Es extraño, continuó hablando Ventura con la mirada fija en la mano del tabaco, maniobrando la punta ardiente del cigarrillo sobre la circunferencia del cenicero, manteniendo ese equilibrio de sacudir la ceniza sin llegar a desprender la cabeza de la brasa. Creo venir de asesinar a una mujer y tengo cortedad para plantear el asunto... la falta de costumbre supongo...

-Normal, respondió Paolo, fijando la mirada en esa punta rojiza y final de rayo recto saliendo del interior del otro.

-Claro, claro, que otra cosa podrías decir. No vine para salvarme, renuncié a irme al monte en plan maquis y pedirte la casa para refugiarme por una temporada, dijo con el orgullo afectado, despreciando la comprensión distante ofrecida, esa anunciada piedad.

Luego levantó la mirada hasta presentar en testimonio los ojos enrojecidos de fatiga, del mismo colorado de la brasa aplastada contra el fondo del logotipo de la cerveza Estrella. Ventura aceptó un nuevo cigarrillo, ambos sabían que la conversación necesitaba silencios estratégicos, como cuando en las improvisaciones en concierto se pasa de un

instrumento a otro, reacomodando pensamientos como semicorcheas y sin hacer del diálogo un error.

-Si tal fuera la intención decidida habrías recurrido a tus verdaderos amigos. A los otros digo, tú sabes... los capaces de festejarte y secundarte en cualquier ocurrencia. Si llegaste aquí esta mañana es porque antes de huir se necesita hablar. Tú lo necesitas, suponer que hablar es otra forma de escape con las explicaciones que te da rabia dar.

Ventura asimiló el reproche sabido, tampoco era ese el momento ideal para considerar los términos enfriados de amistad, había verdad en las afirmaciones avanzadas y podía hacer poca cosa más que aceptarlas.

-Irreprochable, como siempre. Tampoco estoy de ánimo para las autocríticas... si consideras que te estoy robando un tiempo precioso de tu vida lo dejamos aquí y amigos como siempre.

-Esa zona tonta de ofendido reactivo, tan tuya, fue el impedimento para mejorar nuestra relación.

Paolo había aplastado dos Winston contra el cenicero de latón como voluntad en defensa de su monotonía. Con ellos se quemaron los deseos de ejercitar esas venganzas mínimas trasladadas en la cínica ordenación de las oraciones, se retraía evitando demostrarle al visitante algo más que un interés prudente, medurado y lateral.

La anécdota del amigo le preocupaba relativamente, nunca se hubiera permitido el bochorno de mostrarle el egoísmo de



sentirse excitado por secuelas de lo sucedido en su vida, más que por lo acaecido.

-Sería conveniente empezar, por donde tu quieras si estás dispuesto, pero empezar, continuó Paolo.

-Siento más verdad la cercanía de la hora del almuerzo sin tener apetito que de lo ocurrido anoche. Dato falso de la memoria, otro mal sueño.

Paolo creyó pertinente restituirlo a la realidad circundante, los ruidos propios de la cafetería, el mal tiempo, la molestia de la situación y la enormidad de lo dicho.

-Por mi, chico, lo que quieras. Si te apetece vamos a por gambas al ajillo y una botella de tempranillo. ¿Vale? Es tu pellejo el que peligras. Ahora mismo hay un poli fastidiado que te anda oliendo el culo y ni te enteras, tú piensas que el maquillaje de la nena que te cargaste era para el escenario, joder tío...

Escuchándose apostrofar de esa manera creyó en un tercero convidado de piedra hablando con lenguaje prestado. Paolo se cotejó de lado en el espejo y la mirada era de otro, como si hubieran sido suyos los otros ojos de la mañana. Quería impedir esa bifurcación, era suficiente para alimentar la charla el desdoblamiento ostensible del matador sin decidirse a largar el rollo.

-Perdona -continuó-, es infrecuente recibir la visita de amigos diciéndote que se cargaron a una tía. Créeme, escucharé lo que quieras contarme. Del resto se verá... tal como están las cosas... en fin, las posibilidades...

-Poquísimas y nada alentadoras. Entregarme en la próximo hora, huir hacia ninguna parte, consolarme pensando haber cometido el crimen perfecto que prescinde de premeditación e ignora la identidad de la víctima.

-Por tu aspecto parece que hubieras cometido el crimen imperfecto y chapuza. De esos que dejan por el camino cientos de indicios que confiesan por sí mismos.

Ventura sonrió, por los movimientos de la boca parecía querer desprenderse del gusto de la noche devuelta.

-Algo así es lo preocupante. Olvidar detalles, ignorar lo vivido si realmente lo concreté, cómo lo hice y lo más increíble: saber a quién.

-Esto te lo preguntarán otros.

Ventura se movía en la silla sin encontrar acomodo según lo que estaba ocurriendo. De un cigarrillo a otro o con otro peaje inadvertido pasó de la ensoñación a la conciencia de lo hecho; hasta ser alguien desesperado por el estruendo de las palas mecánicas de la Generalitat trabajando en el barro del chaflán, buscando tuberías subterráneas para conducir la electricidad. Renunció a tentar una salida, de las únicas que disponía eran jardines de ingreso a trampas y él buscaba quedar encerrado en un rincón olvidado, protegido hasta el fin del jornal de los operarios y ganar algo de tregua en la próxima noche.

-Un día, dijo, ablandándose como si hubiera podido desactivar una mina enterrada a sus pies desde los días de la guerra.

-¿Qué dices?

-Es poco tiempo. Ahora sé por qué vine a verte y desestimé a los conocidos influyentes, ni llamé a los abogados de la firma. Un día para buscar respuestas y eso sólo puedes dármelo tú.

Seguía sin entender lo expuesto sin orden. Paolo sospechaba propuestas paranoicas orbitando la charla, salidas desesperadas de alguien perdiendo el dominio sobre sus actos y palabras. Lo contemplaba con interés, trataba de pensar de manera coherente, entender la circunstancia y sólo acudían ideas en desorden. Dejó pasar un tiempo suficiente medido en café, cigarrillo y la observación de algún suceso ocurrido en la calle; esperando a que Ventura armara la fórmula esclarecedora, estructurada lo pensado y pudiera acaso trasmitirlo con serenidad, sin la hesitación de cuando se descifran partituras sobre un atril por la primera vez.

**Llovió** durante toda la noche sin parar y de no ser por una falsa claridad sucia de aurora, podría pensarse en una continuidad compacta de grises, suspensión donde los relojes de agua estaban anegados y los de sol fuera de servicio. Alguna ventana de dormitorio madrugador se encendía tenue y amarilla en la zona; quienes caminaban por allí de quererlo hubieran disfrutado en silencio la escena, con cabida limitada a motores en primera marcha. Faltaba poco menos de una hora para que abrieran al público el mercado inmenso de por ahí cerca, las peluquerías de señoras que tiñen de pelirrojo cobrizo y proponen permanentes de cine. Era el tiempo inamovible en velatorios familiares y agonía espesa goteando en hospicios geriátricos de la periferia. El grupo de funcionarios asignados por la rotación de turnos llegó hace dos minutos apenas al lugar de los hechos, con la agitación propia de la urgencia puesta en movimiento. La ambulancia estaba abierta sin necesidad de sirena y tres hombres bajo paraguas negros cambiaban las primeras impresiones, echando en falta el desayuno con bollería.

No era de esos crímenes macabros con saña carnicera y puesta en escena que quitan el apetito por el resto del día, un cuerpo sin vida estaba ahí tirado en posición descuidada y artificial como las marionetas cuando se las arroja en un sofá desvencijado. Por la manera de vestirse con prendas reconocibles y comunes habría pocos problemas de identificación, tranquilizó al graduado intuir un caso fácil

“aunque nunca se sabe” pensó recordando otros homicidios, la relación ardua entre apariencia y solución, el absurdo que resulta al final. Sintió eso raro de lo ya visto, que podía ser fatiga rebotando como si supiera todo lo relativo al caso.

El asesino no pretendió ocultar el cadáver, lo dejó allí al descuido como pudo hacerlo en cualquier otro punto de la ciudad; el cuerpo sin trasladar estaba disimulado apenas entre arbustos quebrados, probando las ganas de quitarse de encima y rápido esa pesada molestia; se observaban en medio del lodazal huellas licuadas en la tierra arcillosa del lugar descartando suicidio y envenenamiento.

El olfato primero del oficio deduce golpes, fracturas múltiples, hundimientos craneanos mortales, violencia inesperada fuera de control. Fue una sorpresa grata encontrar un cuerpo en la ciudad antigua sin secuelas de arma blanca, ni jeringuilla clavada en el antebrazo tatuado; según el responsable, en un primer golpe de vista la causa estaba lejos del barrio y “quién sabe si está en la ciudad”.

El hombre que lo encontró fue señalado al teniente; era evidente su temor a la autoridad policial y el perro acompañante se solidarizaba en la aprehensión con un aullido constante. Ellos temían salir de su marginalidad, sentirse protagonistas de sucesos portando la desgracia de separarles aunque sólo fuera por unas horas. Permanecían juntos pegados uno a otro y el hombre le acariciaba las orejas, le hablaba alguna cosa para tranquilizarlo; refugiados junto al depósito de trastos de los limpiadores deseaban no

haber despertado esa mañana y están preocupados por la llegada tarde a su trabajo de mendicidad en el portal lateral de una iglesia cercana.

-Nada, le dijo el guardia urbano al responsable. Gente tranquila, vino, pitillos, algún descuido sin importancia en bolsos de turistas y de violencia nada. Cuenta que anoche le sorprendió la lluvia y se quedó dormido ahí debajo, el vino hizo el resto, seguro que ni vio ni escuchó nada, de lo contrario lo hubiera dicho.

El superior escuchaba al oficial mirando el cadáver expuesto por tierra, haciendo de esa muerte algo pasando en un tiempo sin determinar. "En algún lugar de la ciudad alguien vive un amanecer intranquilo" pensó el responsable del caso, jugando con una caja de cigarrillos en el bolsillo del impermeable sin decidirse a sacarlos; por aquello de bajar la dosis diaria de nicotina, retardando el diagnóstico de tumor ambivalente entre pulmones y laringe.

Los del servicio forense tenían el síndrome del descontento de crímenes al aire libre, manipular con un cuerpo es cosa complicada solían decir en situaciones similares. Trabajar hoy bajo temporal les agriaba el humor, traducido en contorsiones groseras de miembros sin retorno a la animación y en un cuadro paradigmático por sencillo, sin excesiva tarea ni posibilidad de lucimiento deductivo.

-Lo mío ya está, dijo el fotógrafo convocado para las tomas, quien inmutable y sin modificaciones técnicas, registraba por igual vísceras esparcidas de un motorista

atropellado en la autopista por un remolque holandés y cumpleaños de hijas casaderas de los mandos.

-Llévenselo, dijo el responsable y pensó "lástima por ti, mala manera de terminar la noche" sin atreverse a decirlo en voz alta; las nuevas promociones se burlaban de fórmulas que antes daban humanidad al oficio.

-Lo descubrió el perro, sin tinto en el cerebro el animal se despertó antes, continuó el guardia. El hombre dice que es perro inteligente, lo zarandó hasta despertarlo y luego lo llevó hasta el cuerpo.

-Es medio de raza cazador, agregó el hombre traído ante el responsable, argumentando las virtudes del perro dado su estado achacoso; fabricando de prisa la coartada, secreta e improbable ilusión de que el animal oliera otra vez entre los arbustos y se lanzara tras el rastro penetrante del asesino prófugo hasta exonerarlos de sospecha.

"Es joven todavía, por poco tiempo, pudo haber sido él pero no" pensó el responsable. Lo observó por costumbre de oficio y luego se dirigió a su asistente.

-Tómele declaración y déjelos ir. Que no se pierdan de vista, ni él ni Rin Tin Tin ¿Entendido? Vamos.

Cuando se alejaron los vehículos oficiales vaciando de muerte el recinto los vecinos madrugadores comenzaban a salir a la calle. Después de quitado el cuerpo de entre los arbustos, en tanto persistía la lluvia barriendo hasta la huella de la lluvia anterior el paisaje abierto quedó como campo aséptico pronto para recomenzar. Nadie pensaría allí

en un crimen reciente, en menos de una hora se sucedió la carrera de hombre y perro hasta el primer policía para sacarse el asunto de encima, la llegada de autoridades y retirada del cuerpo. Sin cuerpo a la vista no hay traza del crimen, sin traza de delito lo ocurrido pudo ser un sueño; sin sueño colectivo eso nunca había sucedido. La plaza recuperó su aureola de inocencia y sepulcral condición venida de antes.

Una vez en el coche y camino a Jefatura el segundo interpeló al responsable.

-¿Qué piensa teniente?

-Es pronto, contestó hablando pausadamente como si fumara en pipa, con aplomo de viejo zorro de crímenes pasionales, disfrutando la indagación en su capacidad profesional. Hasta puedo suponer que topamos con el cuerpo antes de que el criminal se percatara de lo hecho. Hay algo más...

-Dígame.

-Se trata de esperar. Es de los que se entregan y confiesa. La mejor pista es esperar y con suerte apenas hasta el final del día.



**Ventura** insistía con la peregrina voluntad de avanzar a tientas en el día de la ignorancia y continuaba aferrado a una idea fija, sus pies estaban metidos hasta los tobillos en la materia viscosa de las primeras horas, mientras sobrenadaban pensamientos coléricos y la cara desgraciada con los rasgos de aquella mujer de la noche pasada. El tartamudeo incipiente era respuesta mecánica de emergencia; ni explicación dubitativa ni juego de palabras traducían en sonidos la recepción defectuosa de imágenes intermitentes: fotogramas cruzados, vandálico atropello de figuras por el suelo mojado de archivo saqueado.

-Recordar en este instante es entrever fragmentos de películas en el griterío de discoteca donde se huele humo de ese abriendo sentidos, escenas desajustadas en un montaje alucinante, tomas de descarte, errores de encuadre, residuos de celuloide partido en dos. Me recuerdo mirándole los labios moverse sin entender lo dicho... película muda de aficionado. ¿Me entiendes? Tendría que contarte en continuidad inteligible y sólo se me ocurren fogonazos, imágenes inconexas insinuando que el crimen lo cometió otro. ¿Qué dices?

-Por ahora escucho.

Lo entendía a su manera.

Ventura comenzaba queriendo sacudir de la mente la piel anecdótica del suceso, apremiado por olvidar, trasladando responsabilidades a fondo; coartadas de la razón acorralada

más que del cuerpo tenso, necesidad de inventarse un orden alternativo al de los montajes fílmicos.

-Te recuerdo, sin interferir en tus especulaciones que nadie te preguntará tu opinión sincera sobre el episodio que cuentas, menos festejará tus ocurrencias graciosas. Ellos querrán saber dónde estabas y con quién a tal hora precisa de anoche, de mala manera si insistes en tu versión de filmoteca.

-Lo sé, replicó Ventura levantando una mano, dando a entender que conocía el fundamento de lo escuchado, pidiendo tiempo para pronunciar incoherencias saliendo de la anestesia. Comprendo que asisto al ensayo de la confesión a la que marchó. Prefiero descargar la versión tonta en un viejo amigo y luego, sin dejar mal a nadie ni comprometer a los seres queridos seré coherente con quien corresponda. Sin contradicciones ni omitiendo detalle ante la autoridad competente.

-Hombre, tampoco es para tanto, trató de contenerlo Paolo, haciéndole entender que comenzaba a escuchar más allá del interés, esforzándose por reconstruir lo ocurrido como debe hacerlo un viejo amigo. El asunto es grave, en algún lugar de la ciudad y según supones hay un cuerpo muerto de tu entera responsabilidad. Testimonio inerte que comienza a pudrirse y ante el que nada pueden tus especulaciones imaginativas.

Sin agredirlo por desconocer detalles reveladores quería cotejarlo cara a cara con la muerte irreversible. Evitar la

pérdida de tiempo que tampoco retrocede y dar –de haberla- con la solución que intuía ilocalizable. “Es extraño –pensó-, la figura del cómplice nunca fue atendida como es debido, se desestima su papel secundario disponiéndole una vigilancia descuidada y apenas, como lo sentido esta mañana al salir de casa. Desatender el autor del pasaje al acto, hay que orientar la suspicacia al cómplice y encubridor en que me estoy transformando.”

-Tengo la visión de lo sucedido conmigo y la secuencia para arruinarte el día se me vuelve confusa.

-Bloqueo comprensible...

-No, no, no, insistía con convicción. Algo más que eso... nada de bloqueo de memoria, puedo seguir los pasos de la noche uno a uno hasta reconstruir el esperpento; lo preocupante es para variar sin importancia como lo es la causa por la cual nos encontramos. Ya sé, es lo menos relevante y a nadie le interesa, me importa a mí, a mí me importa. En estos asuntos como supondrás me falta experiencia de terreno, creo que ambos salimos anoche a la calle con propósitos distintos, antagónicos. Ella y yo quiero decir. Yo sin plan, intuyendo que daría sin esfuerzo con la mujer fascinante tal como ocurrió, tanto que apostaría mi alma a que ella salió dispuesta al sacrificio, buscando alguien que la matara con violencia.

-Es un despropósito. ¿Desde cuándo le pegas a las mujeres?

Paolo fue firme en sus palabras, era un interrogatorio actuado manejado con hostilidad, marcando acto de protesta, desacreditando lo latente. Alud con agua de la noche y suciedad de evocación arrepentida.

-Si, la variante rara por improbable del suicidio inducido, continuó Ventura, habiendo descubierto la fórmula salvadora sin responder a la pregunta y Paolo lo dejó desvariar a su aire cuando aún podía.

Ventura necesitaba esa sombra de testigo proporcionada por Paolo, sentirlo para pensarse en otro lado menos agitado de la conciencia con lagos y jardines, apelar al vaho del alcohol circulando por el cerebro, divagar con el error de persona siguiendo el tirón de fuerzas descontroladas, entretener el recurso del doble que posibilita agudas excusas. La estrategia considerada por Ventura en las primeras horas de la mañana quedó desestimada; halló el alegato del suicidio provocado digno de una revelación desesperada y nada podría contradecirlo en los próximos minutos.

Tal como ingresó con regocijo en esa posibilidad así mismo saldría destrozado derivando en otra explicación imaginativa, defendiéndose mediante invenciones insostenibles mientras aguarda que alguien llame a su puerta con autoridad y le presente como a viejos conocidos una fotografía de mujer irreconocible, ícono de cuerpo pudriéndose y satisfecho por tan original suicidio. "Se defiende de la locura con el delirio en punto muerto -

pensaba Paolo escuchándolo, satisfecho al adivinar en la improvisación la pieza ajustando a lo previo- y está agotado del procedimiento. Habla con prisa para escucharse y justificar lo inexplicable, falta poco para el llanto.”

Desautorizado el andamiaje intentado no levantaba obstáculo alguno en ese avance de palabras, cualquier contradicción lo empeñaría a perfeccionar coartadas, enredarse en hilos tramados y seguir tejiendo la escena improvisada, incordiando incluso a compañeros de calabozo después de la sentencia sin apelación.

Evitó un llamado a la racionalidad, descendió de condición hasta ser un espongiario de invención y luego de vaciarlo hasta dejarlo seco de razones. Su silencio eran agujas huecas clavadas en las venas desangrándolo de excusas inservibles.

-Reconozco que pueda parecer inconcebible, siguió departiendo, tranquilo por la ausencia de barreras de detención a las elucubraciones. Te juro que me lo pareció aunque todo termina en cuerpos. ¿Es así?

-Así parece. Es lo escuchado, al menos en películas.

-Gracias por atenderme. Era una buena idea, dijo mientras parecían encenderse lentas las luces de la sala, desfilaban en la pantalla créditos por orden alfabético y la gente abandonaba las butacas tornando la cabeza, echando una última mirada a la pantalla por si había una revelación inesperada de último momento.

-Es verdad, las buenas ideas son las ineficaces.

-Creo que tomaré algo fuerte.

-Yo también lo necesito.

-¿Matar a alguien desconocido será más sencillo que hablar?

-Es otra manera de decir las cosas. ¿Brandy está bien?

-Perfecto, detesto la Ginebra.

Paolo se recostó en la silla, el tiempo de defensas e ideas alocadas fue breve. Ventura comenzó a jugar con la copa y no le hubiera importado ser detenido en ese instante por dos agentes de particular, esposado sin resistencia delante de peatones intrigados. Estaba comprometido con sucesos del amigo de reapariciones cíclicas y cometa incandescente, acercándose demasiado en órbitas críticas. Ingresaba en la historia reciente de difícil aceptación y con el otro sospechoso a un metro de distancia en pormenores escabrosos. Mirándolo exhausto del ejercicio de pocas horas, desamparado, derrotado por respuestas de consuelo necesitadas como droga dura de dependencia, Paolo dedujo que era una pena lo efímero y falso de la tesis del suicidio provocado.

**Ellos** se conocieron de tal forma que explica la charla íntima en la cafetería años atrás, en los seminarios de verano de una universidad británica de prestigio, privada y onerosa en su matrícula; que proponía a las buenas familias la conveniencia de la tradición colonial a los contra cursos improvisados en barricadas callejeras del continente. Paolo llegó para escuchar los pocos cursos que podía financiar de su propio bolsillo, el humo de polémicas en tertulias calientes y elucubraciones de sus maestros teóricos preferidos conocidos por lecturas de formación, el murmullo al comienzo de las conferencias y la virtud amnésica tan necesitada que aporta la reflexión. Ventura siguiendo la cadencia sajona de poetas admirados desde la adolescencia; vengándose por adelantado de la fatalidad, dilapidando el capital asignado por el destino familiar y su moderada cobardía para negarlo.

En poco tiempo, en plena educación erótica sentimental Ventura prescindió de razones atendibles relativas a un proyecto atípico y personal. La intensidad de vida le agotaba los tiempos disponibles entre días y semanas, además de dinero tenía la conciencia de vivir su efímera hora dorada, la intersección fulgurante de juventud y satisfacción a tope de caprichos sensuales encastrados. Lo que para Paolo suponía la utopía de felicidad e infranqueable cancel de la timidez Ventura lo traspuso veloz hasta el hartazgo con hastío; cuando condescendía a fijarse en una muchacha determinada, Ventura la había seducido semanas atrás y a

sus amigas de dormitorio, por aquellos años del divino tesoro juvenil no tenía la mano pesada sobre las mujeres, nada en su carácter parecía anunciarlo.

Vivían la atracción mutua entre austeridad y éxito, ausencia de niveles competitivos, convivencia ocasional en un tiempo de dos proyectos de vida más o menos trazado e incomprensible para el otro. Las horas de restaurante universitario, al que uno llegaba por hambre de peniques contados y el otro a ligar muchachas ye ye, llevarlas a posadas de la campiña inglesa para pasar la tarde fornicando los acercaron por la fuerza gravitacional que tienen los contrarios.

Adiestrado para la competencia desde la infancia, el retrato de Ventura joven estaba intrigado por ese muchacho de capacidades improductivas y que cruzó por primera en las inscripciones llenando formularios.

-Incomprensible, te juro por lo que sea que sigo sin entenderte. Si tuviera tu inteligencia me dedicaría a hacer dinero y luego a vivir que son tres días.

Eso se lo recordaba día por medio. Al tiempo fue un código repetitivo y la respuesta de Paolo aparecía como un reflejo condicionado.

-¿Para qué si tu vives por los dos y hasta por tres?

El romano, como lo llamaba sin importarle el apellido, sin entender que genealogía y geografía se imbrican de manera extraña desconocía el sentido de la envidia de los gozos inmediatos. Sabía que para Ventura era inconcebible la



felicidad demostrando un teorema y su tendencia a desconectar con modas fugaces del mundo contemporáneo. Paolo decidió invertir su inteligencia a vivir sin conflicto, evitando confrontaciones con fórmulas tales como hacerse a uno mismo, la vida es una cruel y extenuante batalla, todo para el ganador, saberse hombre de éxito llamado por un objetivo superior. Algunos recuerdos pesarían hasta el final y se refugiaba en sueños modestos, cumplidos en la medida de sus escasas posibilidades durante el verano predestinado de formación británica.

-Somos igual a esas leyendas de las mitades de las personas. ¿Cómo es?

-La tradición es larga, abrumadora. Te aseguro que tu mitad se divierte más que la mía.

-Si llega a ser verdad y sabe Dios mi absoluto escepticismo, algún día deberé ir a tu encuentro.

Después supieron el uno del otro en términos de recelo y distancia, aceptada por el predecible curso bifurcado de la vida. Se volvieron a ver ocasionalmente cuando Paolo llegó a Barcelona en una persecución a tientas; en esa ocasión decidieron omitir tiempos viejos ni evocaron otra configuración amistosa, contentándose con un vínculo distinto y temerosos de que la leyenda de las dos mitades tuviera algo de verdad.

Fueron coherentes al desarrollar cada uno el papel convenido en conversaciones del comedor universitario,

cuando Paolo le reprochó la escasa autoestima revestida de desdén, el derroche de cualidades postergadas con cinismo.

-Hermano, amigo mío, loco y pobre, entiéndelo de una buena vez: estos son mis años sabáticos. El tiempo miserable cronometrado por la familia y concedido para jugar al deportista, poeta sin obra, musicólogos sin teoría, viajero aventurero de la sabana social, amante insaciable. Ellos saben y yo lo sé que seré un Ventura de la rama original con pedigrí asegurado hasta el final. Me faltan fuerza y deseo, la voluntad esa para escapar del círculo. Que en pocos meses, al menos de acaecer algo terrible como mi muerte accidental estaré comprando y vendiendo pisos, terrazas, masías, cerrando contratos de alquileres, exigiendo depósitos a recién casados, firmando órdenes de desalojo. Lo has logrado, conoces el peso de mis secretos de tragedia familiar y esa responsabilidad como maldición de payés te perseguiré el resto de tus días.

-Búscate otro autóctono para tus confidencias. Los protestantes son mejores confesores que agnósticos bautizados y pecadores como yo.

-Siempre serás insoportable. Aprovecha a cultivar el privilegio de haberme conocido, en pocos meses y antes del próximo verano esto se termina. Seré un grato recuerdo para alguna de estas ninfas, el cretino que tiene su merecido para los enemigos declarados y envidiosos. ¿Y para ti? No sé lo que seré para ti, pero estoy seguro de serlo hasta que la muerte nos separe.

-O nos una, como afirma alguno de tus poetas de sepulcro tan queridos.

Fue una tarde del mes de julio aquella tarde de la charla recordada, tarde de sol olvidada por los hombres sentados en un bar barcelonés sin misterio ni encanto, Lejos de ser jóvenes camaradas aplicados a jugar a los dados cargados del recuerdo, eran hombres aceptando, en breve escaramuza, el inicio de la derrota una mañana de lluvia. La capitulación que se manifiesta por algunos cambios imperceptibles de conducta, con un cadáver exquisito de palabras encima de la mesa y otro más pesado en algún lugar de la ciudad; tan visible para ellos como si estuviera sentado en la tercera silla vacía que rodeaba la mesa.

Como en los tiempos de Paolo sin dios y otros dioses terrenales, repetía el gesto de escuchar historias de conquistas, licores, cuerpos desnudos, esta vez con variaciones, pasiones desplazadas de cuerpo en cuerpo y cimientos estremecidos del deseo por el paso de los años.

-¿Alguna vez terminará esa lluvia?

-Podemos suponer que nunca y es sin importancia. Seguirá lloviendo, el mundo será poco más que la lluvia perturbadora iniciando otra etapa terrestre hasta volver al barro. Podemos pensar si te tranquiliza que no mataste a nadie, considerar en el aguacero una bendición disolviendo cuerpos reales y arrastrando grumos culposos.

-Parece lluvia de tantísimo tiempo... Un agua de siglos y decidida hoy a dejarse caer hasta ponerse al día, saturando los milímetros que sean necesarios.

Paolo bebió brandy para marcar una pausa, resistió en la boca el ardor de la falta de costumbre al alcohol y el calor aflojó la resistencia a conjeturas que llegaban a ebullición. Supuso esta mañana a alguien removiendo papeles en su intimidad; al salir del piso lo mojó la humedad de una mirada inquisitiva. Si ello era posible se justificaba el esfuerzo por creerle a ese infeliz de autoestima, el mismo que hace unas horas transfiguró su vida sin quererlo.

Ventura necesita lluvia para imaginar un refugio, tener la tranquilidad de que por unos días nadie le molestará con preguntas inoportunas para las cuales desconocía la respuesta apropiada. Dejándose mirar por ventanales de las cafeterías, estropear zapatos en caminatas nocturnas sin rumbo, transformar a voluntad periódicos de la mañana en una masa resbalando por el brazo y cayendo por las piernas ayudando a esperar el magma molesto clavándolo a la noche anterior.

Como hace años en Inglaterra la presencia de Paolo lograba aquietarlo sin entender del todo la razón, quizá por hacerle saber que lo escuchaba interesándose en sus pequeñas historias, lograba traspasarle de la acelerada transcripción de planes locos y aventuras osadas a enunciar secretos sólo a él dedicados. Reconoció alguno de los gestos juveniles, cambios ostensibles en Ventura cuando iniciaba su

conexión con tierra. El romano como le decía Ventura, supo  
-por el gesto repetido, en un momento preciso e inasible-  
que retornaba, dejando de pensar un orden implacable  
donde la lluvia sería eterna.

**Es** tradición de la empresa familiar, fórmula cabalística casi para agradecer la buena suerte en los negocios. Cuando se vende un piso, digamos en Pedralbes o San Cugat, también si es un estudio pequeño para becarios austriacos por la zona de Sagrada Familia, vamos los de la oficina a tomar una copa. Después del almuerzo resulta que firmamos una venta por noventa metros cuadrados quinto piso en el corazón del Ensanche, transacción que liberó una bonita comisión. Era un negocio trabajado desde hacía semanas, a nadie se le ocurre comprar y vender con un día como el de ayer pero hubo la firma.

Olvidé cuando empezó a llover, la hora precisa que doblaron los truenos; sobre las seis de la tarde aquello era un diluvio, parecía el fin del mundo, entre eso y los planes diferentes del personal decidimos postergar la salida de la celebración para esta noche. Ahora que lo recuerdo, debo llamar a la oficina e inventar la excusa; viaje imprevisto, enfermedad pasajera, algo convincente para explicar mi ausencia.

Es bueno creer todavía en ardidés como el horóscopo del zodiaco, ceremonias de la buena suerte y si prefieres ir más profundo en el Destino hasta con rueda giratoria. Ese que condesciende a transacciones inmobiliarias sin morderte un porcentaje abusivo; estar aquí contigo hablándote, diciéndote estas cosas podría ser parte de un plan externo a mi. El mentado Destino debería odiarme demasiado si requirió una muerte para encontrarte; siempre nos fueron

suficientes cosas menos estridentes para vernos, aunque nunca supe por qué viniste a Barcelona y malicio que te marcharás sin despedirte. Nunca nos recelamos casualmente en librerías de la zona universitaria ni en cruces de función del cine Astoria de la calle París, donde se decía que la ciudad sin inventiva era el Titanic después de topar con el témpano.

Por ese lado el Destino marchaba rengo, se ocultaba en un tiempo entre nuestro encuentro juvenil y anoche mismo cuando tantas horas se perdieron por las grietas. Jamás lo hablamos y seguro podemos recordar detalles de años lejanos, desbordantes del Ventura esfumado, serenos del Paolo parecido a sí mismo escuchándome sin desden, piedad ni lástima y lo agradezco. Supera lo merecido esta mañana. Un pasado sustentado en sobreentendido es más real que la noche última difícil de reconstruir. Te callarás la opinión sobre aquellos años para evitar ofenderme, recordarás mis errores mejor que yo, lo dicho tampoco pretende ser caída en el narcisismo sino comentario de un temor. Tendrás cien explicaciones para probar lo previsible de lo ocurrido y su pertinencia en mi conducta de aquellos años. Puede ser agradable la consolación por la filosofía, aunque en los tiempos actuales hay poco cupo para esas chorradas.

El tránsito entre vida y muerte pasó a depender de chorizos, camellos tatuados en el cuello blandiendo sevillanas y gritos destemplados, la ciudad deja de pertenecernos, somos nosotros los marginados; ahora es

pasta, tarjetas de crédito, chocolate oriental y papelinas de coca. Alguien metódico como el francés Landrú sería indecente por imbécil.

Estoy temblando de frío y miedo, por favor no me dejes solo y con la palabra en la boca. Desde pequeño le temo a los golpes y los gritos... no sé qué hacer, voy y vengo en el tiempo. De un lado trato de recordar sin lograrlo la noche olvidada, del otro pienso en policías llamando a casa, pateando la puerta de la inmobiliaria. Escucho mi nombre deletreado en informativos de las radios, presiento miles de ojos buscándome bajo pórticos en penumbra y el coro de parientes, amigos, empleados, amantes, camareros, clientes... Me siento en una cacería del zorro a la que alguna vez nos invitaron y tu rehusaste ir, donde soy presa y sabueso en alternancia vertiginosa.

Estoy desesperado por escapar, obtener información, datos y respuestas. Pensé en ti porque saltó un gastado resorte de supervivencia, la fuerza originada en el miedo me llevó a buscarte sabiendo que te encontraría, intuyendo algo truculento y esperándome. Perdóname si me equivoco, encontrarte tampoco era el Destino evocado, el Destino fue desdeñar la tormenta, renegar de los compañeros de oficina y apurar la copa de tradición inmobiliaria. Falta superficie para destinos minimalistas en solitario, el auténtico y que acciona consecuencias fue el encuentro que parecía escrito de antes.



Uno va a tomar la copa con la esperanza de forzar el karma en favor del azar, queriendo –parecerá tonto recordando el pasado estando aquello muerto- encontrar a la mujer justa para una aventura sin explicaciones. Sin nada programado, la pureza absoluta de la ignorancia, el encuentro y silencio, pasión y despedida. Para quienes no conducimos en sentido contrario de madrugada ni esnifamos mierda de traficantes, tampoco conocemos saunas del encuentro por dentro y follamos con las socias conocidas del club de tenis, la fascinante aventura urbana se termina en la barra del bar. Hay algo seductor por irresistible en esa luz tenue, gente transitando pasando inadvertida, música de piano y orden casuístico en las botellas de colores, transparencias, niveles de alcohol y apoyadas en un fondo de espejo con leyes propias para reflejar el catálogo de etiquetas.

Es triste reconocer que para mí el momento sublime del día es cuando el barman me pregunta si quiero lo de siempre. Allí siento estar protegido en una caja fuerte y deposito en su sonrisa alguno de mis secretos, cambiar de trago aunque una tarde me apetezca sería traicionar a un amigo. Suelo ir al bar de un Hotel céntrico lejos de la oficina cuando necesito estar solo, me agrada ser uno más de los solitarios sin explicaciones ni nadie indagando cómo te ganas la vida, qué hiciste la noche anterior para resistir morirte de aburrimiento.

Parecía ser yo el único capaz de verla, el único al que ella decidió aparecerse y eso que estaba bien cerca. Éramos pocos los parroquianos esa noche y su presencia debería ser evidente para todos; se bebe también para difuminar las siluetas, lo deslumbrante era imaginarla llegando de ninguna parte más o menos concreta, como un fantasma. Quién más quién menos los demás guardábamos traza del temporal, en algo del aspecto se notaba la carrera desde el coche estacionado a la puerta giratoria, las gafas mojados, el calzado, el paraguas todavía en la mano, el peinado, algo tangible y diferente que diera indicios. La mujer parecía estar ahí desde antes del primer aguacero en que estamos y siempre con la copa de champagne llena, porque bebía champagne. Era como si ella viviera en un lugar al que se accede por un pasaje secreto, disimulado por cortinas y sólo conocido por los empleados, oculto en el corredor que conduce a la salida de emergencia en caso de incendio. Ella venía del otro lado del telón.

Con los años que llevo encima estoy falto de reflejos para el asedio a mujeres desconocidas, le fui perdiendo el gusto a la aventura a fuerza de redactar contratos de compra venta y exigir garantías complementarias por alquileres. Puede ser que forme parte de mí y olvidé diferenciar un gesto natural de otro intencionado. Poco interesa saber ahora si le pregunté lo que bebía siendo evidente, le indiqué al camarero de servirle otro trago para promover el gesto del saludo, la sonrisa que anuncia la palabra.

En esas circunstancias y cuando todo es pasajero las posibilidades de creación resultan reducidas. Las maniobras de abordaje debieron ser breves y brutales; a los pocos minutos de la coreografía gestual ella estaba sentada a mi lado, tranquila y sonriente como si me conociera de antes y hubiéramos intimado de primera. Facilitándome el acceso directo al deseo, llenándome de presente para despreocuparme de indagar más allá de lo obsequiado. En las barras de los bares de hotel se desea ser algo más que el demasiado conocido por uno mismo y arrastrado hasta la entrada. Halaga ser presencia vagamente reconocible, el saludo y sobrenombre asociado a una copa, bautizo de iniciados lanzándote a una clandestinidad consentida, con ceremonial pactado y secuencia aleatoria de sobreentendidos, zona fluctuante entre realidad del mundo y la fantasía bajo llave de las habitaciones del hotel.

Podemos intentar cualquier nombre y todos servirían para el violento final de la película de estreno. Estela, Concepción, María del Mar, Bárbara, tal vez Consuelo, puedes elegir a tu antojo. Probablemente ella lo dijo, evité el esfuerzo de retenerlo sabiendo lo falso del trámite, verás cuando aparezca la noticia en la prensa y encontremos un nombre común de homenaje a tías solteras, combinado con el santoral.

En esos limbos de las barras de bar al viejo estilo a cierta complicidad demodé suceden pactos de respeto de confidencialidad y mentira, sinceridad fulgurante y

ensoñación de sueños sin obligación de realizarlos el viernes próximo. Estaba junto a mí y hasta me parece verla, todavía dudaba si quería amanecer con esa mujer desnuda y dormida entre las sábanas, pero sentía que la necesitaba a ella y no a otra.

Ella llegó a mi lado adivinando mi curiosidad y desinterés. Lo dicho: sentido de la aventura a la inversa, asegurarse una noche pensada para ser olvidada y sin llamadas melosas al día siguiente, facciones de alguien que sólo existen en la dimensión onírica. Ignoro quién podía ser el resto del día, imposible imaginar para esa mujer una existencia antes de intercambiar palabras de deshielo. En el primer diálogo supe que no era la profesional embaucando un cliente al azar; provocaba la tensión de lo fortuito y aunque no me lo creas, también buscaba alguien que la matara sin pensarlo dos veces. Es curioso, me cuesta organizar la secuencia precisa de mis últimas horas. En pocos días cualquier lector de revistas escandalosas sabrá mucho más del asunto que yo, y yo por ignorancia deseo desestimar la importancia del hecho irreversible.

Reviví el entusiasmo del ligue inminente abierto y libre de complicaciones, a medida que conversábamos de banalidades adivinando el fin de la película ella transmitía una sensación de paz despejando urgencias. Los temores a una salida abrupta, el pensamiento desconfiado de la enfermedad y preservativos, como si entre dos frases me dijera calma, calma, todo está bien y estará mucho mejor

porque yo lo tengo decidido. Todo sucedió rápido, bebimos un par de copas hasta entender telepáticamente casi cuándo pasó por ahí el segundo indicando la huida; aceleración de pasión con fusión espontánea, necesidad del cambio de marcha y alejarse del lugar para ir a besarnos por última vez. Al menos fue lo que creí.

Saliendo del local y ya en la vereda me comentó que tenía el coche cerca, que si me daba igual el resto de la noche conduciría ella: "déjame hacer a mí" me dijo. En días de tanta lluvia es arriesgado estar en las manos de un hombre, argumentó para decidirme a seguirla. Se rió de su ocurrencia y sin esperar mi respuesta enfiló hacia un coche cercano, hay algo que recuerdo: me preguntó si me gustaba la comida hindú.

**-Bebió** lo de siempre: un Manhattan. Los primeros días que viene aquí la gente cambia de copa cada vez como si fuera una cábala, lo hacen buscando el trago más apropiado a la etapa que están viviendo. Si repiten tres veces lo mismo ahí se quedan, entablado una relación duradera con esa mezcla; como si después de mucho probar hubieran hallado el punto ideal del sabor justo. El paladar que se acomoda feliz a su estado de ánimo supersticioso, pura psicología de bebedor reincidente... En este lugar y después de venir algunas semanas con periodicidad a la barra, el cliente cuenta historias que supone insólitas y después olvida que las contó, hombres y mujeres sin diferencia de edad, estatura ni signo zodiacal. Cierta tardecita hay un acercamiento en la confianza con el barman, hasta que una vuelta y de manera espontánea eligen el asiento más cercano a mi zona de trabajo. Entonces largan el entripado y la hazaña si es el caso de una sola vez. Es la secuencia inevitable del trago confidencial, a veces creo que esa es la copa que más necesitan, un cóctel a base de extracto del fruto de contar para aflojar el nudo en la garganta. Disculpe si le doy la lata, la noche está calma y nadie nunca nos pregunta más allá de una fórmula de cortesía. Siempre cuentan su versión impagable que debe quedar entre nosotros, convencidos de concitar una escucha acaso sedante que es pura ficción y contadas veces hay retorno. Como le decía: largan todo de una vez y quedan aligerados de responsabilidad luego de tirar el cargamento confesional

por la borda. Condensan lo esencial de la fórmula y gotas de angostura del sabor particular; después se olvidan y simulan amnesia, como si aquello hubiera sido un sueño y es suficiente. Hay que saber permanecer de este lado de la barra del mundo, sin perder la sonrisa del que sabe que el mundo es un bar con clientes fijos y otros de paso. El hombre que usted dice se llama Ventura y vende propiedades anoche estuvo por aquí, lo recuerdo muy bien. Nada especial, la semana está siendo terrible para el negocio, habremos comentado algo de esta lluvia que tarda en parar y los cambios edilicios en la ciudad. ¿Está en problemas? Bueno, eso me tranquiliza. No recuerdo ninguna mujer interesante que le hubiera hecho compañía. ¿Está a gusto de ustedes el trago? Gracias, son muchos años en el oficio y sin embargo se comienza de cero cada día. Con su permiso...

**E**l ruido de la lluvia pegando sobre superficies metálicas impide escuchar la conversación de la pareja del automóvil. El agua sumerge la ciudad sumergible y el viento se ensaña con cables sueltos, azotando el pavimento con estruendo de chispas electrocutando la oscuridad, algunos focos de la plaza permanecen encendidos, solidarizándose en ausencia con futuras noches serenas; el resto de las lámparas se apagan y encienden alternativamente denunciando una conexión estropeada bajo tierra. Las ventanas circundantes, casi todas, permanecen cerradas, los portales profetizan clausuras y el Hotel de la rinconada mantiene una discreta bombilla en recepción, como se hace cuando los huéspedes descansan en las habitaciones de pisos superiores.

A esa hora de la noche en ese lugar del mundo una pareja dentro de un automóvil estacionado resultaba extraño; tanto como la situación y el trazado irregular de la plaza, guardando en la noche la serenidad de padecer temporales pronosticados por meteorología. Ambos se mueven dentro del coche con torpezas debidas al tapizado y las luces de tablero verdosas que aportan a la confusión. Sin notarlo ni habiendo manera de saberlo allí la noche consumió sus cirios redentores y es indescifrable la presencia de amantes disputándose, olvidando la gravedad de truenos y relámpagos. Ellos trazan el punto inflexivo insomne de los desesperados huyendo al lecho como enfermos terminales e impotentes crónicos.



Es difícil entender palabras de amor en su versión brutal, insultos soeces de pareja encerrada en un coche con motor en marcha, ensordecedores sonidos del temporal interrumpiendo las voces, anunciando el paso del deseo descontrolado al súbito desprecio con tintes homicidas. Esa cortina de lluvia teatral se balancea anunciando violencia dentro de tres minutos; la molestia causada por el agua y gotas infinitas golpeando párpados, impiden discernir con claridad lo sucedido aunque se intente modificar el punto de observación, son bultos desplazándose y alarido estridente de rechazo furioso.

El hombre desciende del coche como si hubiera recordado un objeto perdido en el enjambre de agenda desquiciada, ella le sigue y cuando él entiende que ella también baja del vehículo corre de un lado para otro; buscando como mosca zumbando el rechazo del vidrio, regresando decidido a enfrentarla para decirle las famosas cuatro verdades de la vida. Avanza con los brazos abiertos para cerrar la pinza cuando llegue el momento. Ella levanta una mano en puño y en el índice erecto convergen reproches concentrados en forma de uña. Ofenden la naturaleza empapándolos y se recelan en medio de una catarata verbal, la lluvia es el accidente que impide acercarse a gritarse a boca de jarro el rencor retenido. Se aproximan a la distancia crítica como aviones caza en maniobras aéreas de simulación real, la mujer dispuesta a embestir y avanza, el hombre sabiendo del odio retrocede. Ellos mueven los labios sin escucharse,

uno resignado a susurrar explicaciones jamás confesadas y ella a lanzar palabras en punta insistiendo en blandir un alarido agónico. Final imposible de sofocar ni detener son el hurlar comprimido bajo la tempestad castigando esa plaza. Dos bocas y cuatro conductos auditivos invadidos por barro de la reciente tragedia del entendimiento irrecuperable. Anegada la comprensión los socavones de reproches caen por un alud de odios hasta el estallido. Ella dispone las manos cerradas en puños a los lados de la cabeza suprimiendo la voz del hombre, lleva aferrado algo repugnante en una mano moviéndose: alimaña descabellada, continúa fuera de sí avanzando hacia el hombre que retrocede en danza evocadora de la muerte.

Un asedio final de desenlace inminente se opera en poquísimos segundos, el hombre en su retroceso pega las vértebras dorsales contra el borde de la barandilla metálica de rejas bajas, se detiene para impedir la colisión dispuesto a disuadirla con palabras, aunque reconoce que es tarde y deberá reaccionar de alguna manera que violente su voluntad negociadora. El crash de aparatos tocados en vuelo es inminente, estamos asistiendo al momento crucial del crimen en la verdadera escena y con los auténticos protagonistas, para que nadie de aquí en más se llame a engaño

**-Por** algo estúpido discutimos que se volvió insultante. Habíamos tomado unas copas de más, me sobrevino la rabia de una noche perdida y le odié por obligarme a ser lo que yo era durante todo el día. Algo me gritó cara a cara que acertó en mi amor propio; entonces le propiné un puñetazo que supuse liviano. Suficiente para que cayera y se golpeará contra un escalón, quedó como muerta, le grité buscando que reaccionara y ella nada. Sin esperar una eventual vuelta a la vida huí del lugar despavorido, corrí sin parar hasta sentir el dolor al costado y seguí bajo la lluvia hasta llegar una hora más tarde a mi coche. Allí me sentí seguro, menos fatigado. Ya ves, es sencillo de contar y estoy dispuesto a repetirlo delante de la policía, mañana mismo si fuera necesario. Un detalle vuelve una y otra vez a mi cabeza: es la duda de saber a quién maté anoche, quién diablos era esa mujer de la barra conduciendo el coche. Porque ella quería tener todo bajo control y me hizo saltar la última barrera; provocando la situación sin salida y luego insultándome con eficacia, conociendo los secretos dolorosos para mi, hasta desfallecer sin resistirse a mi reacción como un pelele entre mis manos.

-Es muy complejo.

Ese primer final de historia sacudió la sensibilidad adormecida de Paolo, haciéndole aceptar el retorno de la muerte violenta alejada de sus costumbres sedentarias. Melancolía que pensaba haber dejado atrás con su vida pasada, vitalizando la idea emponzoñada de asesinato.

Habría preferido desconocer detalles de bares alcahuetes y olores de axilas, el confidente temía por la irrupción de referencias sexuales y económicas en previsible combinación a pesar de las negativas de Ventura, el empeñamiento en elucubrar misterios epilogado en crimen. Nunca aceptaría que el galán de fama social reconocida condescendía a los servicios de chicas de alterne, que el seductor inagotable de los años mozos era el mismo que podía golpear a puñetazos de cabrón los afanes de su deseo relámpago.

Ventura estaba en lo cierto, el relato tenía el vaho de una historia de súbitas pasiones ardientes de portada de semanario, faltando fotos escandalosas del reportaje gráfico, la falda subida hasta la obscenidad por encima de las rodillas insinuando ropa interior desgarrada y las piernas torcidas de mala manera. Cuestionarios insistentes a porteras comedidas y camareros del Hotel que aceptaban sobornos de la tele para soltar la lengua. Hubo en esa perentoria declaración confusa algo que sin embargo pudo conmoverlo, intuición de verdad profunda: contemplar en vivo al lejano y singular amigo entrando en la celada de circunstancias inaudibles, ganado por una metástasis recién contagiada en el organismo de Paolo.

Tampoco llegaba la versión al borde de la comedia musical, eso era claro y podía superar el cinismo de la interpretación del romano. Escuchado y encuadrado el tema central él trataba de retardar su opinión, se sabía incapaz de coordinar un razonamiento útil sin la certitud de una novela

industrial, donde todo se sabe y se puede para expandir un tono de justicia compensatoria.

-Vaya si lo es, contestó. Ahora que comienzo a considerarlo con distancia y lo vomité como anoche las copas, es más absurdo todavía.

-Lo siento, comenzó Paolo su alegato escueto y pobre. No creo estar en condiciones de ayudarte.

-Sí que puedes, sí que puedes, respondió Ventura en un segundo vómito expresivo ácido e imparable.

Levantó la mirada, la dejó colgada en los ojos de Paolo haciéndole comprender que no le preguntaría una tontería y lo necesitaba imperativamente. Sólo a él, al romano, docente molesto cuando lo interrumpen que permaneció callado y encendió otro cigarrillo, dispuesto a escuchar el tema clásico del repertorio fuera de programa.

-Mira, y colocó la masa de periódicos empapados sobre la mesa, mientras los ángulos fuera del perímetro de la fórmica goteaban gotas sucias, destilando hacia el olvido noticias sobre hípicas y soluciones de crucigramas del día anterior. Ni una puta línea sobre el asunto.

-Es pronto, agregó Paolo, como si fuera él quien anoche golpeó a la desgraciada dama en una escalinata a determinar.

-Tampoco nada en las noticias de la radio, ni por la mañana.

-Te repito que todavía es pronto para...

-¿Pronto? ¿Pronto dices? Menuda cara hombre... ¿Pronto para esta gentuza devoradora de carnaza fresca? Qué mejor bocado servido en bandeja de plata pueden encontrar. ¿Eh? Por Dios... en qué mundo vives, por Dios...

Observó a Ventura transformando su aventura de ligue a la hora del cóctel y golpes nocturnos en el episodio clave del universo. Si era entendible su fastidio, faltaban razones que explicaran la agresión al estilo chulo desatada con desprecio por los enemigos.

Durante ese tiempo muerto ellos recuperaron las diferencias sabidas desde la juventud, pensaron estar reproduciendo una escena de comedor universitario, con agua fresca de grifo y pan de centeno cortado en rebanadas. En esa otra mesa alejada de la formación juvenil, con la bandeja de periódicos matinales era inconducente la repetición de diálogos antiguos y la reposición sutil de universos irreconciliables.

-Por eso estoy aquí, contestó y habiendo encontrado en la voluntad de Paolo el punto de apoyo para su propuesta. Jamás podrás tener el mismo miedo mío a perder lo que tengo, te importa un pimiento las cosas por las cuales mataría de verdad. Aunque puedas entenderme jamás me harías el agravio de sentirme lástima. ¿Comprendes ahora qué puñetera mierda hago aquí temblando y hecho un ridículo con este montón de periódicos del día chorreando?

Quedó agotado por lo dicho, como si hubiera concluido su alegato final frente al jurado dispuesto a condenarlo a la

inyección letal sin pruebas materiales. Movi6 la cabeza altivo e impertinente por reacci6n de clase social, parecía por instantes ser 6l que hubiera querido y tener el destino entre sus manos. "¿Habr6 hecho ese gesto cuando golpe6 a la mujer?" pens6 Paolo, desactivando tintes melodramáticos de la situaci6n por temor de sentirse involucrado en demasía.

Era papel mojado sin noticias del crimen y Ventura comenzaba a ser el hombre con copa vacía en la barra del bar de Hotel cinco estrellas, recomendado con insistencia por las guías turísticas prestigiosas, descubriendo una mujer intocada por la lluvia que 6l quería seducir, acaso porque entendi6 desde el cruce de miradas que ella era la transgresora inalcanzable.

-Cuando clareaba pens6 en necesitar un día y otra noche para mi, continu6 sin esperar la respuesta. Iré a la casa de la costa donde tu sabes, decía en voz alta ajustando casi la planificaci6n de cualquier día de negocios. Dormiré profundamente ayudado por dos píldoras y mañana me presentaré a la policía. Esas veinticuatro horas quiero estar por ahí sin estar, buscar el día de ayer de la desconocida. Moverme sin ser observado, escuchar sin desconfianzas ni temores, vivir sin pasear mi cara desesperada provocando inquietud, como ahora le pasa a la gente del bar. ¿Me explico?

-Si y casi nada. Perdona: ¿qué hago yo en esto?, dijo Paolo, pensando que existen pocas situaciones más

sugestivas que la imaginación de un hombre regresando del crimen.

-Quiero que hoy seas yo, mi otro yo en la noche de la ciudad, reinventar por unas horas la leyenda pendiente desde cuando nos encontramos en Inglaterra. Me dejas contarte lo ocurrido, escuchas y de hoy a mañana búscame a esa mujer, a la de ayer cuando estaba con vida; su nombre, la dirección donde vivía, el trabajo, la familia y si estaba casada... cualquier cosa.

-Estás delirando.

-Ojala estuviera loco pero es peor, estoy al borde del insomnio y lucidez extrema encerrado en un cuarto sin ventanas, con piezas dispersas en todo esto sin encajar en ningún lado. La muerte me llegó sin nombre propio y resulta insoportable.

-Loco y tonto, más peligroso todavía. Te parecerá disparatado, tú necesitas los servicios de un detective privado con lecturas de seminarios lacanianos.

-Otra vez te equivocas, además de faltarme tiempo, necesito -y remarcó la palabra hasta encontrar la entonación de una orden- alguien diferente a mí y capaz en ciertas situaciones de saber cómo reaccionaría yo en una hora crítica. Escúchame bien de una buena vez, te estoy pidiendo ayuda para encontrar a la mujer de anoche.

Paolo dudaba si resistir la intromisión en el mundo de los otros, "más que una sospecha de ser observado, lo de esta mañana saliendo de casa era un signo y de los cuales se



hace poco caso.” Los días de lluvia siempre le fueron desfavorables. Respirando de esa manera es probable que Ventura aguardara una respuesta afirmativa reconstruyendo a velocidad lo posible de la noche anterior, con la meta de un cuerpo, un nombre y la sombra del movimiento final. El silencio del romano podía entenderse como aceptación de la misión.

La primera búsqueda sería en las motivaciones del amigo, partiendo de las causas del golpe hasta la extravagancia de la elección, para un recurso inútil y orientado al fracaso desde su propuesta. La indagación en un pasado y contenido en los límites de una noche se proyectaba al futuro, el tiempo cuando la carrera contra lo insustancial era incierta.

Paolo se sentía penetrando sin quererlo en el mar interior de un continente inexplorado, infinita playa desierta presentida en el océano Indico y cerca del Delta del Ganges donde evolucionan siguiendo la corriente profunda, cadáveres de animales fantásticos a la deriva.

-Insisto, estás equivocado, no creo ser ni sabría...

La indecisión en la negativa propició una arremetida en la estrategia de Ventura, como si los roles en el tránsito de alguna palabra dicha e imprecisa se hubieran alterado. Aceptar la farsa suponía que ambos olvidaran lo absurdo del intento y confundieron en ello su verdad. Un recurso juvenil de ganar tiempo, el imperativo de liberar tensiones culposas refugiándose en el amparo de la duda: suponer por unas horas que el otro era homicida.

-Está bien, continuó más tranquilo. Si es complicado para mi entenderlo, para ti debe serlo mucho más. Te propongo un convenio simple, te lo piensas y en un par de horas me llamas a este número...

Apuntó unas cifras en una servilleta y se la dio al pesquisa de la desesperanza, que la observó indiferente como haría con el código de ingreso a uno de los programas de su equipo informático. Podían haberse ahorrado ese trámite de sabuesos de andar por casa. Paolo conocía la respuesta eludida, pero igual dobló el papel y lo guardó en el portafolio.

-Poca cosa puedo decirte, continuó el promotor inmobiliario buscando desagitar el alud acosándolo. Treinta años y talludita, con toques de conducta inferiores a los años reales en lucha cosmética con una juventud bien cargada. Hablaba como pupila educada en las Teresas, matizando con jerga de discoteca de unos años que pasaron para ella. Sabes cual es el Hotel, después dos bares en uno de los cuales había espejos azulados, y nada más, es todo lo que tengo para ofrecerte.

-¿Llegasteis a cenar?

-No. ¿Por qué lo preguntas?

-Por nada en especial, entre los años y la profesión me estoy volviendo preguntón. Está bien, te llamo tal como convenimos. Cuídate.

-Me ayudaría mucho si aceptas, soy consciente de molestarte y es probable que ni llames. Nunca sabría cómo pagarte este favor, pero entiéndeme: un día es poco tiempo.

-Suficiente, contestó y se detuvo buscando una cita apropiada para completar la segunda parte de la frase, y esta vez descartó la erudición. Suficiente para joderte la vida, repitió.

-La vida puede cambiar de un día para otro.

-Mañana es una ciudad que queda demasiado lejos.

Estaban parados bajo el toldo de la cafetería con la esperanza infundada de que cesara la lluvia. Delante de ellos la gente renunciaba a correr para protegerse y caminaba resignada a la sentencia de agua perpetua. Barcelona era otra ciudad hipotética emergiendo de aguas revueltas de la noche.

-Tenías razón, tenemos para rato con este tiempo de perros. Hasta la llamada entonces y después quién sabe hasta cuando, tal vez hasta el infierno. Adeu, romano.

Se subió el cuello del impermeable y comenzó a caminar junto a la pared habiendo recuperado apenas el deseo de cuidarse. A los pocos metros tiró en una papelera los periódicos y se alejó sabiendo que el acosado lo vigilaría hasta llegar a la esquina, borrándose del argumento de historietas con mujeres rastreadas.

Paolo era otro distinto al de esta mañana cuando creyó ver desorden en su escritorio, dudaba si seguía siendo él ayudando a su amigo o comenzaba a comportarse como

agente de bienes raíces yendo al encuentro de una desconocida, o a mujer designada por la trama casual que lo llevaría hasta la frontera de una experiencia sin retorno.

**Al** fin de cuentas era una penosa e intrincada invitación a indagar el pasado inmediato y llamarlo de otro modo sería un error. Estoy ingresando sin que nadie me obligue en horas turbias y confusas, por momentos quiero crearme implicado en el Destino de Ventura y supongo lo escuchado como la penúltima causa lateral de mi propio Destino. Esa manía de hacer depender cada suceso de causas improbables por renunciar a la aceptación de una divinidad todopoderosa, me conduce a extraviar el estado tangible de las cosas simples.

Busquemos lo sencillo al alcance de la mano: hay un amigo especial, hombre inteligente y sensible metido en cuestiones complejas y a él, teniendo todo a su disposición para hallar soluciones reales, se le ocurre acudir a mí; alterando ritmos íntimos de vida hasta convertirme en sabueso principiante de su víctima anónima. Como propuesta de apertura ir tras la traza indeleble de una mujer asesinada posee el atractivo de lo original; uno pasa la vida buscándolas vivas de preferencia, aunque luego nos abandonen sin dar explicaciones que retarden la fuga. Un toque hay de necrofilia sublimada, el asunto tiene aspecto de empresa estéril, fracaso anunciado y se repite una antigua paradoja.

Si me hubiera pedido buscar una prueba de inocencia, como las descubiertas en el cine en los instantes previos a bajar la palanca de la silla eléctrica en penitenciarías de Texas, sería más sencillo que esta adivinación a ciegas de

nombres y direcciones. Búsqueda innecesaria si ellos hubieran intercambiado números de teléfono mientras se pudo, como personas civilizadas sin gritos y cachetadas inexplicables por el momento. En lugar de irse a la cama de un hotel de paso, sin pensar en la sífilis implícita, se fueron a las manos como putas cargadas de éxtasis y proxenetas tropicales cuando llega la cuenta de los billetes.

El muy tonto, además de querer salvar el pellejo, pretende saber por quién lo perderá y está perdido de antemano al creer en mí como la persona capaz de solucionarle el asunto. Olvidó madurar en los años que dejamos de vernos, seguro que se irá a su refugio del Valle interior y evitará la costa, convencido de que me contó la seducción de una estudiante californiana; rubia de paleta impresionista, gringuita pícara de senos enormes de play mate del mes y coño estrecho.

En la caída del pasaje de versos de Keats a puñetazos al mentón de desconocidas, Ventura mantiene bastante la altivez de aquella juventud programada con destinos expansionistas y la naturalidad para argumentar con brillo su elección. Con la imaginación obsequiada por el crimen y esa explosión de lucidez en alguna de sus consideraciones, él utiliza mi espíritu dispuesto y admiración por tener un proyecto de vida; saber –como en el verano predestinado que nos cruzó de manera casual- observar el correr de los años con rabia y cinismo. Si bien sus argumentos parecen convincentes la circunstancia tiene el encanto de lo misterioso, un boceto manchado de insólito detectable en la

distracción de lluvia queriéndose colar en nosotros. Es arduo renegar el atractivo de situaciones mórbidas a la manera de plantas carnívoras de palabras, resulta insensato resistir al encanto de acariciar la duda entre mis manos. Parece inconcebible un tímpano capaz de desoír la llamada de la insensatez en cantos de sirenas, recostadas en pliegues secretos del cerebro, golpeando la cola escamada de recuerdos en la materia gelatinosa, allí donde revientan exangües larvas de pensamientos criminales.

Si creyera asumir con tino la responsabilidad estaría mintiéndome y lo que me importa en esto aún queda por descubrirse, ronda algo trascendiendo pupilas de la muerta, color de su lápiz labial humectante, el tiempo usado desde una última depilación a la cera caliente. Regresar a lo inminente excitante me asusta, ingresar por cuevas distintas a emboscadas más que costumbre es debilidad. Ignorar buscándolas las puertas de tránsitos irregulares se asemeja a un estigma y prepararme a viajar por regiones inhóspitas mi Destino. Y yo, que creía pasearme insolente entre despojos de eternidad, tengo dos escasas horas para iniciar el cambio, ciento veinte minutos crono para intentar ser otro una vez más investigador sin vocación, intruso por encargo, ingenioso de domingo y garaje buscando soluciones caseras a problemas existenciales sin demostración. En cuanto al buscador de bragas en que pretende convertirme mi amigo, está claro que perdió objetividad y criterio.

Vivo la misma emoción de los científicos de vanguardia que, luego de martirizar a caballos y gatos en laboratorios con humo amarillo de tubos de ensayo y amperímetros de corriente alterna, se inyectan a ellos mismos la quintaesencia del experimento y se paran delante de un espejo esperando el horror incontrolable. Tengo menos tiempo, con los gatos guardamos una recelosa distancia y la fórmula recorre igual el circuito sanguíneo, despierta las neuronas de deseos menos utilizados: salir a las calles a buscar un fantasma femenino, el nombre real y falso de un cuerpo muerto, el olor de una mujer mezclado con perfume Chanel, explicando por la embriaguez el sucumbir de un hombre.

Habiendo convicción el devenir se desarrolla en orden perfecto e inaudible, cuando estaba cerca de la sabiduría de creer que nada ni nadie en este mundo podía arrebatarme la idea de ser prescindente, con las lluvias cuya duración e intensidad traspasaron los límites de la memoria de Barcelona, llegó el llamado del pasado a comprometerme por atajos, poniéndome donde evitaba estar, empujándome a una maniobra azarosa recibida como rechazo y deseo; ansiada con voracidad, como se lee un libro que nos concierne sin que adivinemos el final, sustentando por la firme creencia de pensarse fuerte para modificar mi vida; que supuse unida al movimiento de ciclos históricos que lo comprendían y en unas horas, después de lo escuchado, se reduce a una etapa contra reloj del Giro de Italia.



Sería agradable sentirse inducido por dioses paganos recuperados. En este mismo instante, creo estar incitado por un animador de programas de entretenimiento de la televisión, recordándome entre gritos de apoyo, una platea diferente a la de antiguas arenas y música sacra en versión pop que el minuto para salvar la prueba está corriendo. Debo lanzarme como roedor de ensayo cronometrado a recorrer el estudio buscando a la Muerte escondida. Frío, tibio, otra vez frío y la gente en el estudio, en sus casas, dudando entre desear que la encuentre, me lleve el pozo final acumulado o fracase y me joda la vida. "Avanti avanti signore Paolo que puede hacerlo. Lo espera el premio, el pasaje a la segunda ronda donde hay en juego cientos de miles. ¡Qué digo! Millones de liras en premios, viajes, coches, electrodomésticos y si hoy -y le restan apenas quince segundos- encuentra a La Muerta...¡el invaluable premio del abrazo agradecido de su amigo Ventura! Rápido profesor, tampoco le prometemos la gloria de antaño, pero aquí puede haber más emoción que en la carrera de cuadrigas de Ben Hur... Tibio, tibio... ya queda menos tiempo y todos hacemos fuerza para que encuentre a la difunta... estamos seguros de que lo hará... a que sí... ¿no es cierto?... a ver... un fuerte aplauso para darle ánimo al profesor..."

**Más** ansioso que el fugitivo nuevo, desconcertado por estar todavía en libertad Paolo aguardó la hora convenida para llamar al número escrito en una servilleta de papel. La característica conectaba con cierta casa de las afueras de la ciudad en la orientación del valle interior, una centralita distante de la escena del crimen y rodeada de montañas.

Las palabras esenciales del diálogo serían dichas sin mirarse a la cara, como si el pacto de transferencia mediante estados de ánimo suprimiera imágenes; contentarse con frases cercenadas de lo inevitable estando frente a frente.

-¿Quién quieres que sea? Sigo pensando que tu idea es una locura, pero está bien... mañana a las nueve te llamo a este mismo número y veremos. Nada prometo como supondrás.

Paolo colgó sin darle largas al asunto y poder recuperar la iniciativa. El compromiso de la indagación acercándolo a un episodio traumático y urgente del amigo lo propulsó a una libertad de movimientos, comenzada con desconfianza de perseguido. Mientras y lejos, el otro fugitivo permanecía sumido en un sueño de salvación, culpable regulado por un reloj despertador al cual ambos dieron cuerda, haciendo de tiempo y vida el mecanismo eterno de dientes enlazando una historia con otra. Hay un primer engranaje iniciado en la cuerda, es otro que marca la hora y no siempre cuando aparece una carabina en la primera línea del cuento termina disparándose en la última. Deseó verificar la existencia

concreta del crimen en sus detalles elementales, por las referencias sabidas de hora y lugar es rara la falta de noticias en las informaciones, aunque fueran incompletas y aproximativas. Habiendo detectado un objetivo, siendo su cuerpo el ajuste de la mira telescópica que lo mantiene en la visión, Paolo tensó la percepción al acecho de noticias referidas al cuerpo sin vida de una mujer paradigmática, descripción más cercana a la paleontología que a la ciencia de las pasiones, anatomía inerte que debería estar entre cuerpos anónimos expulsados de la noche, aguardando la identificación para pasar a otra cosa.

En la cirugía en bloque ejercida por Ventura del problema, el pasajero de la lluvia concibió la noticia del crimen como réplica de lo vivido y sin alteraciones, olvidando la distancia entre palabras y visiones. Paolo descartó disuadirlo de la falsa disociación en la charla personal y luego telefónica; tenía problemas acuciantes, necesitaba concentrarse en los testimonios de la dispersión. Encendió la radio y el televisor, vio y escuchó noticias de cadenas perpetuas interesadas por duplicar la realidad en su totalidad, aguardó impaciente los episodios policiales sin dar con nada digno de atención ni que se pareciera a lo escuchado hace dos horas. Con un rotulador amarillo señaló algunos párrafos de El Periódico –lo compró en el trayecto de regreso- donde estaban escritos los muertos en lápidas de tiraje y lectura efímera. Recorrió desde inocentes necrológicas sin sorpresa después de los sesenta años, evocaciones convencionales de amigos,

parientes y compañeros de trabajo hasta iniciales de cuerpos destrozados en accidente de tráfico.

Por esa vía sepulcral con fecha, precio, editorial y director responsable él ingresaba a una barriada urbana poco transitada, vida empedrada de flores malolientes y fémures hechos polvo de la muerte incesante. Leyó sucintos pormenores de violencia habitual –mecnografiados por redactores con prisa entre bocadillos de sobrasada y la urgencia del taller por la hora de cierre- de tres crímenes reportados en el día. Uno brutal entre vecinos y parientes lejanos a golpes de pala, como en un grabado a la piedra, por un asunto de árboles frutales y rosales mal injertados. La mujer estrangulada en su piso de Roger de Llúria por un familiar cercano. El notario mayor de costumbres en desajuste y muerte sangrienta mediante arma blanca en el despacho, después del cierre de la atención al público. Estaban registrados los otros muertos de tormentas súbitas, choques implicando motos, derrumbes de paredes, electrocutados, accidentes domésticos en barrios desprotegidos, suicidas insinuados. Volvía una y otra vez a la información sobre los crímenes de la noche anterior, especulando sin apoyo sobre la existencia de una hendidura por donde se hubiera filtrado el cuerpo enfriado por Ventura; preguntándose dónde permanece suspendido el ser de los cadáveres entre expiración y síntesis de las noticias, si es que hubiera una morgue de información dosificando cada mañana la verdad de la noche.

Empezó como cualquier principiante de pesquisa y creyendo ser original en su estrategia, telefoneó a las funerarias, preguntó por velatorios, temió llamar a hospitales por si ya estaban dispuestas las trampas tendidas por los otros. Si era lógico pensar en la policía buscando un asesino con sus métodos y procedimientos, no había antecedentes de criminal aplicado a la búsqueda nominal de la víctima. En algún lugar de la ciudad alguien fue designado para resolver ese misterio y la existencia del otro actuando en el vértice equidistante de la ignorancia logró tranquilizarlo. "Es una suerte saber que somos dos a la búsqueda de idénticas respuestas leídas delante de un espejo. Lástima ser desconocidos el uno para el otro, en diferentes circunstancias podríamos haber firmado un pacto para hallar la verdad, aunque parezca un objetivo ambicioso." El otro dispone de más tiempo, los muertos nunca reclaman soluciones en veinticuatro horas teniendo la eternidad para esperar. "El secreto lo posee la lluvia y su temporalidad -reflexionó ante las marcas fluorescentes sobre el periódico-. Hay un pacto de tormenta conocedor del secreto de lo sucedido, tengo que indagar la lluvia aguardando que se repita el temporal. El trueno, el ruido del trueno, la luz del relámpago que cegó la voluntad de Ventura y la vida de la infeliz."

El tiempo en su expansión comenzaba a incluirlo de manera extravagante, tenía un relativo poder sobre los minutos que se sumaban sin dejarse contar y con ellos

llegaba una humedad distinta a la del agua. Materia volátil compuesta de episodios evaporados, dejando de transitar por estados alternados para sucumbir una vez cristalizados, en el hueco de una confirmación. El apartamento se volvió encerrona con incomodidad de perfilar respuestas aguardando fuera, otros serían los sonidos y las furias apenas traspasara el umbral; sin ser imprescindible salir de la ciudad para acceder a países lejanos y ciudades míticas, lugares encantados y santuarios de muerte. Llegaba con estas mutaciones el aroma de la inseguridad, de lo que allí se esperaba, el precipitado incomprensible y era tarde para protegerse en trincheras de la inteligencia. Estaba solo, desolado como perro abandonado por su dueño en la vegetación boscosa de montaña, donde rondan lobos hambrientos y la chispa devastadora del incendio forestal incontrolable.

“**E**l camino más corto para alcanzar al cuerpo de una mujer –pensó– es el cuerpo de otra mujer.”

Pasaron tres horas desde la aceptación encorsetada del pacto y sin haber avanzado algo pertinente relativo a la promesa. Sintiéndose impotente para modificar los hechos que avanzaban, Paolo caminaba sumando paseos breves y obsesivos en su madriguera. Leía hasta siete veces salteadas las notas periodísticas de la rúbrica correspondiente al episodio declarado. Apagaba y encendía el televisor a la espera del flash informativo urgente que lo sacudiera, dándole el primer latigazo del hilo de la madeja. Nada le acercaba la solución para dilucidar el embrollo; de ser algo más que un malentendido elevado a la segunda potencia y si había un eventual encuentro con la verdad, lo escuchado admitía la relación causa consecuencia.

Existía acaso algo oculto a desentrañar y estaba fuera lejos de la seguridad, incrustado en rincones de la ciudad que seguían siéndole hostiles; rodeos de los cuales por voluntad y aprensión se distanció sin advertir secuelas. El mismo sentimiento sobrevendría en cualquier lugar del mundo, los lugares eran tránsitos de huida sin perseguidor objetivo. “Terrible es olvidar envejecer a temperatura y velocidad deseadas. Sin cáncer acelerando metástasis, sin infarto milagroso me agoto de vivir. La muerte es cada año una locomotora a vapor fatigada llegando con retraso a la estación equivocada.” Confiaba en la naturaleza conformista ilusionándose con la suposición del suicidio, pretendía

marcharse sin el agregado de conflictos al peso del seguir con vida y recordando.

Siendo el segmento menor al cuerpo de una mujer el cuerpo de otra, había un cuerpo femenino receptivo del otro lado de la línea. En una tarde lluviosa, cuando después de varios días se observa el cielo mutante por costumbre y desidia, el cuerpo de mujer conductor de pasiones dejaba languidecer su soledad saliendo del duelo de final de pareja, la costumbre de estar juntos algunos meses ensayando la irreverente convivencia. Fernanda pasaba por una fase de recuerdos y reflexiones culposas contra el hombre que la dejó o al que dejó, detalles de iniciativa de ruptura que cada vez importan menos.

Ella estaba en situación de evaluar secuelas de la soledad próxima a pesar de su poder de seducción y declinantes estratagemas de mujer hermosa. Suponía sacudirse por unas horas la importancia que a ella se daba, desligándose de balances insomnes cuando, sin nadie en la cama, sin lencería vistiendo la sexualidad morosa aguardaba la noche cubierta de cremas contra futuras arrugas del cuello. Mirando por desidia una película doblada de trasnoche antes del technicolor, sabiendo que sería preferible leer aunque sin tener ganas. Ansiando ser salvada mediante un recuerdo aislado de la niñez: risas de juegos, padres jóvenes, luz de amaneceres en la finca donde pasaron las vacaciones el año de la picadura de avispa, el sabor de las frutas de estación. Se dejaba acariciar la cabellera por recuerdos de infancia



que podían ser inventados, evocando héroes familiares insustituibles capaces de desviarle las calenturas del fracaso. Sin pedir nada a cambio, satisfechos por saberse necesarios y rescatados reintegraban la melancolía sin compartir; secreta unidad del despertar cada mañana repitiéndose que es mujer y debe vivir su vida.

Disfrutaba ese momento suspendido con la conciencia de un estado insostenible y lo vivido era rareza en la combinación de un tramo de soledad. Fuerza poco común de lluvia e intensidad declinante de luz vespertina, empujada, arrinconada, desplazada por el luminoso rojo del estanco del barrio. Observado desde su ventana un anuncio parpadeando era la primera estrella aparente brillando calle arriba. Confundiendo cielo con artificialidad encendiéndose a diario, ella aguardaba la reacción que la sacara del letargo asumido de ser feliz sin tener nadie a su lado.

El teléfono sonó varias veces y si Fernanda recordó haberlo escuchado desde el primer momento, no advirtió la fuerza que la mantenía pegada a la ventana como sosias de Greta Garbo retirada; absorta a lo niña melancólica viendo llover por vez primera en la finca de campo. Del otro lado de la línea alguien, en el momento cuando comenzaba a construir una felicidad sin estridencia y distinta, pretendía necesitarla hasta con cierta urgencia.

Paolo estaba convencido de que Fernanda podía ayudarle a llevar adelante la extraña idea de doblar a Ventura por una noche. Estratagema y persona llegaron a su pensamiento

bien juntos y como si hubieran esperado la excusa para provocar un encuentro que venía postergando. Sólo ella entre las conocidas creería la historia pues no cree en nada, ninguna otra de las mujeres se prestaría a acompañarlo hacia lo ignorado porque teme permanecer hasta una sola noche en casa. Aunque Augusto se quedara a dormir, como pasó hace meses en una relación aspirante a durar más de lo durado, ella insistía en salir a beber café, comprar tabaco rubio para cruzar la noche, buscar aspirinas efervescentes de 500 mg. en farmacias de turno y alguna botella de ginebra en licorerías abiertas pasada medianoche.

Sonreía suponiendo la cara sorprendida de Fernanda cuando la invitara a la aventura, salir los dos como nunca lo habían hecho a indagar en la noche barcelonesa señas de una mujer asesinada.

En la comunicación procuró ser discreto asumiendo su papel de tentador sin excederse.

-Te necesito, dijo sin preámbulo. Estoy en algo imposible de contar por teléfono; sería mejor que pasaras por casa cuanto antes y si digo pronto quiero decir ahora.

Del otro lado de la línea Fernanda recibió el mensaje modulado por la voz de un Paolo curiosamente excitado. Le agradó recibir la llamada esa y escuchó las palabras insólitas como si las esperara hace muchas semanas. Cuando un hombre mesurado hasta la exasperación en sus expresiones deja entrever la inquietud de alguien acabando de descubrir

los pelos del peligro, requiere una forma diferente de escucharlo.

De ser una tontería nunca se hubiera atrevido a molestarla, tanto más conociendo el pésimo momento que vive después de la brutal ruptura con Augusto. Era una llamada de socorro encubierta, invitación a lo desconocido imprudente, nada ganaría solicitando información y despreciaba las versiones entrecortadas.

-Voy para allí, por favor no te vayas sin mí, y fue lo único que podía decir.

Luego de colgar, observando el entorno cercano del departamento descubrió de inmediato la ropa de vestir esperándola. Hasta el bolso de mano se dejó llevar y junto a la ventana el aliento de tarde tormentosa, ella dejó el recuerdo de la niña que fue repitiendo canciones infantiles; las evocadas cuando llueve sin parar más de tres días en una ciudad para extranjeros que huyen con la excusa de buscarse a sí mismos.

**Está** en camino, faltan apenas unos minutos para que ella llegue y charlemos, viene por la simple razón de que algo pase y evitar sentir insoportable otro día de su vida. Dispongo de media hora para explicarle, dejarle entender que nunca pretendí ser todos los hombres y bastante tengo con ser yo mismo. Si busco luego de haberlo decidido la sombra de una mujer desconocida, Fernanda deberá ser el cuerpo de esa sombra, como debe ser cuando se busca dudando sobre las motivaciones del intento. Eso de saber quién es, cómo vive y se oculta una mujer concebida al extremo de la barra de un bar, que se deje golpear a la hora siguiente es comenzar con un puñado de humo.

Alguien inexistente comenzará a reconstruirse en cuanto Fernanda atraviese la puerta de entrada. Necesito lanzarla a la noche, perseguirla en las zonas oscuras, durante sus horas muertas, sentándose en bares, bebiendo cubatas tal vez piña colada y caminando sola sin saberse vigilada. Si fuera simple como llegar con gestos misteriosos y una foto a bares escondidos, si alcanzara con seguir las noches abiertas de Ventura desacatado... la tarea sería un sinfín de confusiones evadiendo la espiral de las respuestas.

Finalmente es sencilla la misión, se trata de pensar el comportamiento de otra mujer como la encontrada anoche por Ventura. La muerta jamás será recuperada en su integridad, aunque pueda conocer nombre, edad y lugar de trabajo será por siempre la desconocida. Después de muertos todos lo somos, para nuestros padres si los

tenemos y compañeros de oficina mejor ni hablar. Nadie la reconocerá en la imagen del documento de identidad con el peinado de hace veinte años y una mirada distinta a la que tenía a la hora coincidente con Ventura, mientras afuera llovía sin parar. Nunca podré decirle con certeza quien era esa mujer y lo descubriré cuando lo arresten o se entregue. Quisiera acercarle mañana alguna explicación que consuele, la tranquilidad de que todo está perfecto y hay razones que justifican lo ocurrido.

De intentar la mentira que conforta necesito un pacto con Fernanda, incitarla por una noche a ser otra y varias mujeres, comprometerla en una danza circular de la lluvia hasta aclarar el cielo y oler conmigo las huellas de otra pareja. Iremos a lugares que aguardan a descubrir caras de gente de paso y el color de la chaqueta de los camareros. En algunos entraré yo primero mientras ella aguarda en el coche, en otros me adelantaré hasta espiarla moverse en sociedad y observar efectos producidos entre los asistentes. Puedo mandarla por delante dándole unos minutos, dejarla intimar con la cronología de los sin tiempo, medidores de horas calculadas por la disolución del hielo dentro del vaso. Sitios donde predomina agua alcoholizada hasta la caída de piedras elevando la cota de licor, tratando de apurar la vida hasta el deshielo de toda convención, mientras afuera se estira la época de lluvias como en algunos meses en el curso del Mekong. ¿Qué más hacer? Aquietar la conciencia de estar ante un imposible y al amanecer mañana declarar

“hice lo humanamente posible”. Justificarme diciendo que fue por salvar a un amigo. Creo ser claro, al menos suponer que lo intento.

**Se** accede al recinto de la plaza esa inducido por el azar y la necesidad, puede que buscando el restaurante hindú que figura en la Guía del Ocio y programado en uno de los lados del perímetro. Es improbable confundirla con una ampliación de la Victoria Station de Calcuta, sería erróneo atribuir a la fortuna que allí no haya estación de Metro, ni parada de línea de autobuses urbanos ya que se trata de una plaza secreta. Ese sector de la ciudad, que invoca la presencia de vagabundos llegados a beber vino a la hora délfica del sol, es una geometría inquietante para quienes están de paso en días de mal tiempo. Nunca se sabe si los caminos que conducen a ella son vías de ingreso o escape, recuerda un vago círculo imperfecto y mágico: allí ocurren situaciones extrañas que es preferible ignorar.

Una ruta aconsejable para alcanzarla siendo peatón en el casco viejo de Barcelona, supone caminar por la calle Santa Ana viniendo desde Las Ramblas e introducirse a la derecha –nadie se percatará del desvío, allí las paredes siguen en aparente continuidad como murallas- por Bertrellans claro; que por razones de altura y sombra bien puede llamarse callejón, siendo el único corte transitable entre las calles de Santa Ana y de la Canuda. Siguiendo ese itinerario ideal, se la descubre interceptándola por uno de los vértices del poliedro irregular. Lo primero que salta a la vista si es día soleado, resulta un paisaje de motos adormecidas, como si hubieran llegado volando todas juntas al lugar; libélulas mecánicas japonesas en estado larvario, calentando asientos

negros y el metal de tanques de gasolina. Hay cerca una fuente con dama antigua rematando el conjunto escultórico; tritones domesticados y oficiando de surtidores dejan caer agua mansa, codiciada por peregrinos de barba hirsuta, zapatones de marcha alpina y mochilas sustentadas en estructuras de aluminio.

La plaza de la Villa de Madrid en la ciudad de Barcelona – de esa plaza se trata y está aquí para seguir estando – impide el acceso a autocares de visitantes venidos de países del Este, pensionistas ansiosos por ver lo que se fueron perdiendo durante la guerra fría, la fachada de una obra imán del arquitecto Gaudí que ilustre postales y folletos de la Oficina de Turismo. Tiene el tamaño calculado y una distribución acrática necesaria para ser confundida con el jardín exterior del Hotel del lugar; como si allí alguna vez un violín y el piano vertical hubieran interpretado viejas canciones, valeses lentos para gente que, en mesas livianas y plegables con manteles blancos, bebiera té de Ceilán manchado por una gota de leche, con pastas dulces traídas de la casa Foix de Sarriá.

Cada imagen en perspectiva confirma y relativiza la anterior, montaron un enrejado protegiendo el centro del lugar encerrando presencias inanimadas a manera de zoológico espectral, con una sola jaula para un animal tan único y fantástico que nadie nunca logró verlo a la luz del sol. Las palomas proliferan y les impiden reproducirse, la descubrieron por instinto volando en círculos concéntricos



durante días dudando hasta hacerla su sitio de retiro. Un aire donde morir sin ser molestadas por predadores infantiles con gomeras y tachuelas afiladas para descoyuntar el hueso de las alas. Los bancos públicos untados por mierda seca de pichones a nadie pertenecen en exclusividad, allí duerme quien llega primero a cubrirse con trapos, soñar arrullado por el estruendo comercial de calles laterales, veredas frecuentadas por transeúntes en figuración del improbable documental sobre el recinto.

Destaca una columna del orden publicitario donde se fija el palimpsesto de la propuesta cultural del mes. Al cartel del retorno a la plaza Las Arenas de la vieja banda Led Zepellin, lo cubre el de una novillada para un sábado que pasó y luego otro recordatorio del recital Scarlatti de Ivo Pagolevich. Así sin respiro, hasta que el viento despega hoja a hoja esa historia tamaño afiche dejando al descubierto una antigua imagen de Tete Montoliu. La plaza se atraviesa de un golpe de vista, puede evitarse la insolencia de las estatuas y el lugar pensado para ser edificio se quedó sin cimientos; con cementerio fosa, a la que se llega cuando la mirada se acompasa al declive del camino de gatos. Tampoco es complicado imaginarse un lugar que existe e ignorado por experiencia propia, debajo sobreviven piedras con forma de losa mortuoria, hundidas con epitafios en latín decadente de periferia imperial. Es el único lugar de Barcelona donde pueden palpase la tierra oculta debajo de otra tierra y brotó el manantial de sepulcros alegando

derechos sagrados de tiempos remotos, otras lenguas y muertes ocurridas en Colonia Barcino. La reja protege las ruinas de la historia cotidiana, a manera de vulgar venganza postmoderna la gente deja caer allí bolsitas de papel de fast food con patatas fritas en su interior, cajetillas de tabaco vacías y estrujadas, pequeñas botellas de plástico de bebidas industriales con sabor a naranja química. A ciertas horas unos hombres con aspecto de empleados del Ayuntamiento barren el recinto con esmero y guardan enseres en un depósito junto a las ruinas debajo de la calle.

Durante minutos, por algunas horas si el tráfico peatonal disminuye, las piedras recuperan su dignidad y los caracteres grabados a cincel se iluminan para el iniciado, dispuesto a descender al nivel de sepulcros partidos en los bordes. Descartada la liviandad de los asuntos superficiales y con paciencia para observar, puede apreciarse en declive una sucesión de escalones en la tierra. Invitación a descender un camino seductor, como son los senderos sin orientación llevando hacia ninguna parte; un espíritu práctico diría que sirve para observar de cerca el espectáculo de las ruinas. Quien emprendió alguna vez ese trayecto, si desestimó apelaciones de otras arterias numeradas, superó buscar explicaciones del por qué ese sendero en un rincón de la ciudad y malicia que además de espacios hay lugares: ese alguien podría contar en diecisiete metros –cuanto mucho- de descenso en caída imperial, de abismarse en la tierra del barrio más viejo del lugar la presencia de voces.

Como si la caja negra hubiera guardado mensajes para los preparados a oírlos, ecos pugnando por salir en el último minuto de la catástrofe, peleando hasta el amanecer sin entregarse contra la muerte; amontonándose, comunicando que las ruinas son más que un conjunto de piedras antojadizas del orden explicable por adición de las centurias.

Las luces del alumbrado público son esferas colgadas desde el suelo, de noche y suspendidas conforman un sistema planetario de soles similares. Galaxia artificial donde alcohólicos cosmopolitas y drogadictos sin pabellón de enrolamiento hallan una paz de necrópolis intemporal. Comparten un universo con lunas inmóviles y duplicadas trazadas en un cielo turquesa y rosa según la luz refleje en las fachadas.

Decorados cinematográficos circundando la plaza, las verjas se vuelven reja durante la noche esclavizando el fluir de la historia al aire libre. Los gatos desprecian prisiones inducidas y sin respeto orinan el testimonio calcáreo de la vanidad humana. Jardines laterales inclinados en variedad de ocres y arbustos con árboles verdes son cuidados periódicamente. Alguien sin rostro permite que esa vía por la cual sólo se puede regresar, muestre la tierra hollada por peregrinos. Ancianos desquiciados bajan a masturbarse hasta el espasmo con hojas desgarradas de revistas pornográficas. Circulan inocentes culpables pensando encontrar el secreto para pincharse venas purulentas varias veces al día. Hombres que tañen instrumentos de pastores

isleños y mujeres derrotadas con amnesia irremediable en várices retorcidas. La peregrinación es continua, llegan con fe sin dios reconocible formando la procesión sin altares ni velas. Desesperados en camino de destrucción vienen a contemplar otras ruinas, imposible saber qué piensan cuando miran las tumbas respondiendo al orden misterioso de lo previo.

Epilogadas noches de lluvia la plaza se depura, despierta como si fuera el primer amanecer del duelo de la roca y los felinos persisten en su custodia. La distribución de tumbas en forma de camino es la fuerza que atrae el último crepúsculo de palomas, cuando se las ve caer entre arbustos, como si en pleno vuelo temblando de presagio una fuerza maligna les hubiera retorcido el cuello.

**-Vine** tan rápido como pude, supondrás que estoy muerta de curiosidad, dijo Fernanda una vez instalada en el apartamento.

-Lo que estás es empapada, tómalo con calma, tomémoslo con calma, dijo él sintiendo la liberación de soltar de adentro las palabras. Lo que te contaré puede parecerle increíble y al final me creerás loco.

-Estás loco, te has vuelto rematadamente loco. ¿Es la versión de Tete eso que escucho?

-Si.

Con el pitillo en la mano y consumido a gran velocidad de caladas, Fernanda se paseaba por el departamento. Sin parar de moverse tropezaba con mesitas bajas se asomaba a la cocina, amagaba entrar al baño, simulaba topar con la puerta de salida antes de regresar al centro del living y repetir la sentencia sin que Paolo le haya respondido.

-Estás completamente loco.

Lo repetía sonriendo a causa del cuento retenido, distante de toda expectativa considerada durante el viaje y para el cual la única respuesta fuera una risa sin chiste que la justifique, defensiva, sin llegar a sentirse objeto de una broma. Al considerar la idea y recordarla él descartó la reacción más sensata, deseaba dejarla observar la información inoculada sin preparación.

Ella podía comprenderlo y preguntarse la razón por la cual el romano se quedó tan tranquilo escuchando la versión hasta reivindicada de Ventura. Sólo y mediante la

impaciencia, incredulidad e invitación a ella en tanto último recurso, él podría recuperar la pasión violenta por el malentendido transferido. Observándola agitarse en su casa, donde mandaba la indiferencia televisiva sin noticias confirmatorias y periódicos dispersos subrayados hasta la rotura, viéndola caminar intrigada por lo que estaba oyendo, indignada con sorna, mascullando insultos y reproches a media voz sin formularlos como debiera ser, Paolo fue recobrando la respiración del tiempo avanzando.

Lo ocurrido con Ventura era el pasado fisurado de los implicados y los instantes presentes le pertenecían a él. La miró atreviéndose con la pregunta:

-¿Qué quisiste insinuar con los pelos del peligro?

Fernanda se dejó aflojar de cuerpo y resistencias como lo hacía siempre que entraba en el apartamento de un hombre. La relación con Paolo tenía el toque justo del mutuo desinterés profesado desde el momento de conocerse, ella lo cruzó por primera vez cuando "la felicidad que nunca había conocido en la vida" se llamaba Manuel, antes de la felicidad Augusto y desde eso pasaron dos largos años.

Encontrarse en un "Seminario sobre los aportes educativos en la implementación de nuevas tecnologías" era un antecedente desapasionado. Paolo era amigo de Manuel por haber coincidido en algunas mesas redondas de cursillos de verano cuando falta dinero para marcharse de vacaciones al mar. El día que le fue presentado en alguna de las pausas café, Fernanda lo halló curioso y sin atractivo para

coquetear. Con el paso del tiempo los tres llegaron a ser buenos amigos; programaron excursiones a la montaña los domingos de sol, intercambiaron libros y rosas de San Jordi en abril, asistieron a conciertos de jazz, hasta compartieron cenas navideñas con almendras y cava.

Cuando Fernanda y Manuel se separaron de un día para otro sin dar explicaciones a los íntimos, Paolo desapareció de los sitios comunes. Nunca buscó hablar con Fernanda para conocer razones de la ruptura, consolar escuchando por séptima vez los detalles del incidente, ni sustituir caricias en madrugadas confusas de los viernes eternizados. Fueron tres meses de ausencia, suficientes para asegurarse al regreso la presencia de otro hombre en el circuito. Rencorosa y herida en su amor propio de hembra en disposición, ella evitó preguntar por la abstinencia; saber si era pudor, respeto por sentimientos, indiferencia hiriente a encantos en retirada. Paolo no era el tipo de hombre de rígida moral nutrida por amistadas traicionadas y le constaba por cuentos de Manuel, que el extranjero venía de una historia rara; seguro, se inventó Fernanda amortiguando el desprecio por el paréntesis, que Paolo evaluó las complicaciones de una relación de pasado común y final previsible.

Menos gratificante que el desarrollo de una camaradería sin equívocos, zona de baja cotización en el mercado; alguien con quien compartir una exposición de grabados holandeses, estreno esperado de Wim Wenders, retrospectiva de comedia inglesa blanco y negro de los años

cincuenta, donde sobresalía Sir Alec Guinness, actuando varios personajes hasta de forma simultánea; sin la expectativa de volver a mentirse la posibilidad de la felicidad rondando y mientras la viscosidad del fracaso trepaba. Mutua lección de inteligencia tampoco impedía que Paolo, cada vez que pasaba con Fernanda junto a una impresora en funcionamiento, repitiera el chiste "están tocando nuestra canción" en recuerdo del congreso causa de amistades triangulares.

Fernanda se acomodaba a gusto en un sofá. Paolo preparó un par de copas, fue hasta el rincón de los discos y eligió uno de Montoliu: *¿Man from Barcelona* tal vez? Era probable y afuera la lluvia dejó de ser agua desintegrada cayendo hasta ser truca escenográfica de la pieza de Somerset Maugham, puesta en escena donde el efecto logrado es tan desmesurado que se vuelve risueño.

-Te pido que no me interrumpas hasta terminar, comenzó en tanto le alcanzaba un vaso. ¿Hay días en que al salir de casa sientes una extraña vigilancia? Es una sensación inquietante. Bueno, es que había una vez y hace esta mañana de tiempo un docente de Lógica, mirando por la ventana de una habitación, la misma donde estamos y la lluvia sin esperanza de escampar, el personaje tuvo esa sospecha.

Con la serenidad de ser desconfiado en su versión comenzó a narrar los episodios matinales a medida que los reconstruía mentalmente, desde la verificación de papeles



hasta el encuentro perturbador en el Instituto; sin entrar en detalles confundidos en la acción y secuencia del relato la puso al tanto de la situación.

Paolo intuyó necesitarla para confesar una dieta caótica, establecida mientras ella manejaba hasta llegar a su casa; confirmando que si la noche anterior tenía algo merecedor de llamarse secreto, la respuesta estaba en las variaciones de la lluvia jamás registradas.

-Olvidemos la Fernanda conocida.. te pido que inventes otra esta noche, una de las Fernanda posibles y la abandonemos a su suerte. Mira, hay tres o cuatro sitios a los cuales es importante ir, desandar en lo posible los pasos de Ventura y agregarle tres lugares extravagantes. Algo de iniciativa personal que en mi es nula, en ese rubro dependo de tus conocimientos. Estuve pensando, la clave es olvidarnos de la misión mientras la llevamos adelante, dejar que el objetivo nos parezca posible por el absurdo casual.

-Algo así como el revés del tapiz del seminario antropo filosófico referente a tecnologías pedagógicas, etcétera...

-¿Para qué mezclar asuntos cuando tenemos un amigo desesperado?

-Ventura, claro.

-¡Que va! Yo quiero decir, a esta altura de la tarde pienso que seré yo quien mañana se presente a la policía en su lugar.

Fernanda lo observó oscilando entre sorpresa e indignación, había en la propuesta algo disparatado, cierta

seducción nueva y original desconocida por ella. Sentía que comenzaba a palpar y le gustaba la pelambre del animal del peligro; si sorprendente resultaba la invitación menos lo era el cambio en su amigo, circulaba en este intercambio de información, incrustado en la coraza de la proposición absurda, el sonido metálico de una conciencia lúcida.

Paolo pasó sin estaciones intermedias del ostracismo a una forma superior de la lucidez, saltándose tanteos de la extroversión y obligado –él también- a recurrir para vivir la aventura a la zona del ser descuidada, solicitada para paseos extraños, donde cada vivencia puede ser apunte de cómic; quedando en suspensión la diferencia ambigua en las pezuñas del animal inconcebible por repugnante y escamado de palabras.

Fernanda se puso de pie buscando descargar del cuerpo incoherencias que Paolo dejó caer sobre ella. Impulsada por un combustible turbio caminaba de un lado a otro intentado pensar, deseando haber entendido otro delirio excepto el escuchado; conteniendo el atractivo inesperado para una mujer en su situación de sacudirle el aburrimiento. Le fastidiaba preguntarse en el paseíllo de encerrona en qué momento de su vida a la deriva fue enteramente libre y recibió una propuesta con la condición única de la anarquía.

Una sucesión de amantes le proporcionó un catálogo poblado de fantasías amatorias y ninguno se atrevió a desnudarla de manera imaginativa. Paolo no tenía por qué saberlo, Fernanda se repetía para sí que el hombre estaba

perturbado y ella era emblema de resistencia con miradas cómplices cuando se pide la segunda botella de vino blanco. La proposición por urgencia de tiempos y participación era refractaria a la reflexión. Fernanda pensaba dudando y temía arrepentirse si se decidía; por lo menos hasta la llegada de la próxima felicidad, pactada bajo el nombre de Sebastián o Lorenzo. Hasta que la aventura en ciernes pudiera ser otra de las contadas entre amantes a la hora del almuerzo, podría engañarse y sentirse segura. Ello luego de volver sobre huellas dejadas por el camino: sería la Fernanda de excursiones, congresos sobre tecnologías con pedagogía aplicada, presentaciones en galerías de arte (“Augusto, este es Paolo de quien te hablé tantas veces. Paolo este es Augusto de quien te hablaré tanto el resto de mi vida”) y además la Fernanda sin estrenar, mujer a inventar esta noche para rastrear el cuerpo desconocido.

Conociendo al dedillo el nexo entre decisiones y desdicha, tampoco buscaba alterar tal equilibrio; fue aquietando los nervios previos a la función, como si hubiera memorizado el texto que le asignaron durante semanas; así repitió con voz serena y clara su primera intervención de la nueva obra.

-En todo esto hay algo que da miedo...

-Que tienen pelos.

-Pelos si tu quieres y debo confesarte que me gusta muchísimo. ¿Te imaginas qué podrá ser?

-Inimaginable, respondió con Paolo voz de evangelista ofrendando el Nuevo Testamento, convirtiendo a la pecadora

empedernida. En mi, es la excitación por salvar el pellejo ya que otro que creía conocer lo puso en peligro anoche. Por si alguien, además de revolverme los papeles de la mesa de trabajo se hubiera disfrazado con mi piel cambiada.

-Típica reacción egoísta.

-¿Por olvidar a Ventura en este momento? Si de eso se trata. ¿Has visto la tele últimamente? Una galería de oligofrénicos con navajas sedientos de sangre, locos disfrazados de comando armados con metralletas hasta los dientes. Esposas dóciles matando a maridos con cuchillos de cocina, depravados con hachas y asiáticos gritones revoleando adminículos circenses para reventar cráneos. En directo, con violencia sin intermediaciones y lenguaje de chulería. Anda ya, toma tú, venga la pasta, te quemo tío... si hoy tienes la iniciativa de matar por una razón que trascienda el reloj imitación y un bolso con mil pesetas, antes debes ir con un grabador a los bares del bajo para captar códigos. Supongo que ello facilita sus investigaciones a las autoridades; si hablas como delincuente en el interrogatorio tienes probabilidad de ser considerado, y si juegas al cínico ni llegarás a sospechoso.

-Eres un docente importado.

-¡Que te den por culo tía! ¿Vale? A ver si te enteras colega por donde vienen los tiros, que te mandan a parir...

-¡Pero qué dices!, exclamó Fernanda sin contener la risa ante el macarrónico léxico de Paolo, tan ajeno a él como el lenguaje Morse del mar. Pareces una crónica roja madrileña,

te falta el testigo negro sin papeles, un par de jeringuillas usadas con trazas de sangre y un transexual asturiano nieto de mineros.

-Bingo colega, esta noche iremos a Madrid a buscar alguna pista, y sabrás que tampoco es lo que era.

-Esto se pone interesante, una propuesta con puente aéreo es otra cosa. ¡Haberlo dicho antes!

-Tu tranquila. Esta noche toca Madrid cierto, pero otra Madrid que ni te imaginas. ¿Y? ¿Qué dices?

-Ya estoy adentro macho.

Se rieron y levantaron los vasos brindando por algo indefinido. Era oportuno planificar sus movimientos y de hacerlo sería juntos en los próximos minutos; entre periódicos y rotulados entrevieron un tiempo perdido por haberlo pospuesto antes. Justo anoche se le ocurrió a Ventura dejar a la misteriosa fuera de combate y por toda la cuenta. Tampoco era posible prometerse vivirlo una segunda vez, felicidades menos insólitas y temidas consumen el tiempo. Como bestia desplegada al acecho estaba la lluvia tapiando puertas de emergencia, recordando su fusión en la historia nubosa que se venía escribiendo.

**-¿Usted** cómo procede para distinguir un original de una falsificación?

La actitud de Augusto era franca y sin tapujos, esa pregunta nada tenía de celada ni competencia intelectual esnobista. Fumaba en pipa por opción placentera e inercia existencial, estaba interesado en conocer la pintura colgada en los muros, todavía fresca, de retrospectiva culminada la semana anterior, intrigado por Paolo más que en indagar la Fernanda de Manuel.

-Es una cuestión ante la cual permanezco indiferente, soy mayorcito para custodiar la virginidad del arte. Que se preocupan de eso quienes pagan los originales, con mi salario podría comprar apenas un catálogo bien impreso.

Era más sincero que cínico en sus propósitos, llegaba a las exposiciones como sedimento de citas amistosas y despreocupado de reconocer el buen o mal arte. A cierta edad y ante la producción industrial, cualquier criterio podía ser eficaz e inservible, funcional y trasnochado.

-En mi caso -continuó Augusto tratando de entibiar el diálogo con el nuevo conocido y definido por referencias incompletas- lo que puedo deducir, siendo la razón por la cual me acerco a las exposiciones, es la voracidad mercantil del creador. El grado de claudicación del proyecto original volcado en la obra, la capacidad de renunciar a creencias arraigadas con tal de aparecer en una revista de gran tirada, la codicia por recibir un premio. Con el tiempo que todo lo puede, ello será lo sublime a considerar, más que la

angustia ante la tela en blanco y la pigmentación de la paleta.

-El planteo de una estética cínica.

-Que va... dijo sin considerar en las palabras de Paolo agresión alguna. Hay episodios sistemáticos del cambio, recuerde que la expresión máxima del surrealismo resulta la multiplicación de formas sobre la nada, rubricando la disolución del arte para que cualquier artesano, devoto o tahúr pueda crear desde la firma. Aparte del detalle de que ese asunto es una mierda, hay algo sublime y pedagógico en el episodio, invitación gozosa a la práctica del arte total. Supongamos que llamo a un pintor cotizado en las actuales circunstancias del mercado. Nos encontramos en terreno neutral y desconfiándonos uno delante del otro firmamos el pacto en menos de una hora de negociación; él, una cantidad convenida de planchas immaculadas tamaño normal de cartón sueco. Yo la forma en regla de American Express Gold con la suma convenida luego de ardua negociación. Luego, voy a casa con el material traficado y durante los fines de semana cubro las hojas con mis fantasmas visuales, si es que los tengo, mas bien insípidos, legitimados por la firma auténtica. Es estupendo como maniobra y envía a cuestiones primarias. ¿Qué vale de la resultante, la firma o mis apuntes? Esas firmas en blanco labran el acta de defunción del arte del siglo veinte. Lamentable es sin duda el destino injusto de los auténticos falsificadores, años de aprendizaje secreto en tensiones de telas, entramados

inconfundibles, tierras calcáreas y efectos visibles relativos al pasaje del tiempo para reproducir claroscuros; presión de espátulas frenéticas, densidades incontrolables de pinceladas nerviosas por reumáticas, peso de prensas. Un oficio dignísimo y este crápula que se creía inmortal, los desprecia con un movimiento incalificable. El arte es un gesto, garabato en la botella comprada libre de impuestos en un aeropuerto. La revolución pictórica del siglo termina en una marca de perfume y estampada en camisetas chinas.

-Cuando nos presentaron ignoraba si me caería simpático, por aquello de las primeras impresiones, dijo Paolo, condonándole el follar a la que fuera mujer de Manuel.

-A usted le fue mejor en aquel congreso de ciencias esotéricas aplicadas a la enseñanza... ¿Cómo era Fernanda?

Ella permaneció callada, enrojeció los pómulos y quedó sin respuesta chispeante e inmediata; sintió celos observando a los varones intimando por encima de sus secretos.

-¿Ya se lo contó?, preguntó Paolo, comprobando el ingreso de un episodio intrascendente y protegido a un anecdotario de tráfico corriente.

-Qué le parece, contestó Augusto, sin entender la cuña introducido en antiguos códigos de complicidad callada. Me tranquiliza, las mujeres cuentan esos episodios cuando están seguras de sus afectos.

-Locuras juveniles, agregó Paolo disipando tensiones. ¿Por qué le interesa el asunto de originales y falsificaciones?



Disculpe si es íntimo, uno ya ni sabe cuando ofende a las personas.

-Tranquilo hombre, dijo Augusto. A pesar del ejemplo supongo que pensaba menos en la pintura.

-Hablar de falsificaciones siempre conduce al arte.

-Apenas a una de las formas del arte, evocaba también otras formas del simulacro.

-¿Otras formas? Aquí comienza a desorientarme.

-Tiene razón, aceptó Augusto. Estoy insistente con el asunto de las falsificaciones, muy borde y sin haber abusado del vino.

-Es interesante, en cierto momento uno se cansa de conocer parejas de las amistades y hasta puede suponerse un test de personalidad. Usted perdone, hay temas sobre los que me niego a especular si, por lo menos, no superamos doce meses de graciosa y amable convivencia social en idénticos términos sentimentales.

Ese límite convencional y prudente quedó sin cumplir. Paolo nunca indagó sobre la desaparición de Augusto de la vida de Fernanda ni se atrevió a preguntarle a Manuel las causas de la ruptura cuando se vieron por última vez, antes de la salida del país.

-¿Vas a dedicarte a Fernanda?

Los dos hombres se detuvieron esperando la evolución de una excursión de californianos de la tercera edad, ancianos pintorescos de ambos sexos, que venían a conocer la

Sagrada Familia inconclusa por dentro y el gusto del pan con tomate en la calle del museo Picasso.

-Que ustedes hayan roto tampoco la transforma en un cachorro de Labrador, dijo Paolo ignorando la provocación. Es tarde para preocuparte por ella.

Mandaron por los parlantes el llamado a embarque y Manuel, al que Paolo nunca más vería y de quién jamás recibiría noticias, tenía dificultades para sobrellevar la despedida, abrumado por la separación y extenuado de motivos para impedir el vuelo.

En Manuel llegó antes la decisión de partir a cualquier otra consideración y ocurrió de un día para otro.

-Manuel, ella está fuera de tu vida, continuó Paolo, descreído del poder de palabras convertidas en desgaste durante minutos insustanciales. Todos estamos como deseabas, fuera de tu vida. Me guardo preguntas antes del adiós, me gustaría ofrecerte algunas respuestas.

El altavoz repetía el mensaje bilingüe de la última llamada para los pasajeros del vuelo nocturno con destino americano y saliendo en hora. Manuel tenía en la cara síntomas de fiebres tropicales –“suicidio por mosquito cumbiambero” había bromeado durante el trayecto en tren hasta El Prat- que acabarían con su cuerpo y otras inmaterialidades.

Como viudo celoso de memoria se despreocupó de Fernanda mujer, le fastidiaba dejar en ella un legajo de recuerdos pues anhelaba perecer del todo. Saber que en cualquier lugar esa mujer le molestaba, aceptar que la

voluntad, tiempo y azar la toparían con Paolo le irritaba sobremanera. Sería preferible imaginarlos a esos dos follando hasta extenuarse, antes que suponerlos sentados en una terraza bebiendo cerveza un día soleado y ello hasta la inefable pregunta: ¿qué será de la vida de Manuel? y sin saber nada de la vida del colombiano se dedicarían a rescatar anécdotas desabridas.

Manuel quería extirparse hasta de los pensamientos tontos del círculo barcelonés. Paolo agotó su tiempo de réplicas; con Manuel se marchaba lo que Manuel negaba y en ciertas situaciones delicadas a los amigos es mejor exonerarlos de explicaciones. Los hombres se abrazaron, el viajero intentó una mueca de disculpa por la pregunta relativa a Fernanda dudando de que Paolo la interpretara como era debido.

-Cuídate mucho, los pianistas ciegos te protegen por ocuparte de ellos, tampoco abuses de esa gracia.

Esa apelación a las melodías mentales era la última réplica para su amigo, el resto fue silencio de miradas traduciendo mensajes enturbiados. Se envejece al ritmo de los amigos cotejados a ilusiones perdidas, esa mañana de vuelo económico con increíbles escalas, que incluía un tramo en Tupolev, liviano como equipaje de cabina Paolo miró caminar de espaldas algunos años de su vida, tragados por la oruga hueca; custodiados por azafatas rubias, pilotos de comedia de adulterio en teatros privados y funcionarios de aduana. Una masa de viajeros anónimos con billete de embarque y

asiento asignado en la mano se amontonaba en la puerta asignada.

Quedaba una mujer en un muelle, siempre queda una mujer, sin proponérselo el viajero hizo de Fernanda un problema apenas Paolo recuperó la soledad. Serían muchas horas de vuelo compartido y esa despedida era antecedente para encuentros más íntimos a evitar. De irse a la cama siempre serían tres, aunque el fantasma rotara para ser Manuel unos días, Paolo otros y algunas veces Fernanda. Hueco determinante, extracción del aire respirable, anulación de cualquier atmósfera cómplice, sería recurso canalla y eficaz para desencontrarse con sintonía de camaraderías lesionadas.

Paolo la llamaría para insinuarle su decisión de dejar de verla por dos semanas, convalecencia prudente para superar tentaciones donde el cariño se confunde con sentimientos de acuosa definición. Tiempo suficiente incitando la aparición del hombre predecible, el sustituto y encargado de sobrellevar las secuelas del asunto. Era preferible dejarlo entre confusiones, emergiendo de malentendidos, indefinirlo en la postergación de conversaciones con temas concretos y orden del día. Abstinencia de alegrías del recuerdo sin confianzas de acercamiento y luego, con las cosas en su debido lugar, habiendo superado los primeros ciclos traumáticos presumibles, reencontrarla casualmente sin la urgencia de cuitas inmediatas. Distantes, como si Manuel se

hubiera muerto hace tiempo y poder festejarle a la amiga las nuevas relaciones.

Con Manuel embarcado en el último avión, Fernanda permanecía suspendida y congelada, a la espera del deshielo en el recuerdo del amigo viajero. Luego de encuentros casuales y la anunciada felicidad llamada Augusto, ellos pudieron conversar –como no, faltaba más, por supuesto, ya era hora- de días pasados, eludiendo en un aire de esgrima sin casacas ni máscaras protectoras el asunto Manuel. Paolo se guardó la intriga sin suspenso por saber cuál resultó la causa decisiva de la separación, aunque la secuencia, atendiendo a las dispares actitudes, la intuía en rápidos insalvables del torrente del muerto por distancia. Le costaba considerarlos pareja, aceptar el seminario de cacofónica denominación y dudó sobre la sinceridad de salidas a la sombra del Pirineo los fines de semana de enero, con gorros de lana multicolores y lentes protectores del reflejo cegador de la nieve.

Tal como lo supuso Manuel algunas veces ellos dos se encontraron en terrazas de Paseo de Gracia; a esa hora en que el sol deja de secar bañistas para transformarse en añoranza de luminosidad y nada hacía pensar que alguna vez, desde ese cielo puro en su transparencia, pudiera descolgarse la lluvia ininterrumpida, simulando ser versión acuosa de la máquina aberrante del movimiento perpetuo. La pregunta concisa de lo ocurrido de un día para otro jamás fue formulada.

**Las** risas durante el brindis, la conversación del convenio finalizaron antes que el desarrollo de la improvisación remarcable de Tete en una madrugada inspirada. Melodía evasiva dándole sentido a la lluvia, anegó la estancia de diálogo perfecto entre solista y dos músicos más. La densidad irrepetible en fuga de días tormentosos fugaba sin remedio, como tonos flamenco traduciendo lo sagrado en los muros de ciertas iglesias, desalentando al mejor de los falsificadores.

Ellos respetaron la tregua de permitirse pensar en aquello querido por un tiempo, fragmento regulado por la anunciada resolución de la penúltima versión de *Body and Soul* en formación de trío. Fernanda recuperó su ritmo de marcha zigzagueante por la existencia, obligada a cambiar el ángulo de los recorridos por obstáculos domésticos saliéndole al cruce. Pasó así unos minutos hasta dejar de resistirse, copa en mano, al atractivo de la ventana dando a la calle y Paolo calló evocaciones rumiadas al descuido en ese momento de intervalo.

Como si hablara por la voz de Fernanda ocupando ese corte de tiempo; fue cuando desde el equipo salió el último compás al unísono, siguiendo una partitura de notación copiada a mano, sin mirar, sin pensar dijo:

-Parece que son así de interminables las lluvias en los países tropicales.

Hubiera sido preferible escuchar de repente la algarabía de cientos de pájaros con plumas multicolores, espantados por

algo amenazante. Las coincidencias de pensamiento bifurcaron; la voz de Fernanda recuperó autoridad, zafó de pontones desvencijados en puertos con muelles barrocos, sumergidos en afluentes menores del Amazonas infinito navegados a contracorriente.

-Mira, creo que debemos apresurarnos...

Igual que esa mañana estando solo Paolo miró al descuido hacia la calle. Lo inquietó pensar en alguien, el mismo personaje de hace unos horas espiándolo. Estaban encendidas las luces de los comercios y nada había afuera similar a unos ojos. Pasar otra noche de insomnio hubiera sido insoportable; obligarse a perderse en la ciudad hasta encontrar el rastro de una mujer, en compañía de la sobreviviente de afiebrados boleros emotivos, le permitía ingresar a otra calidad de sueños.

"Debe de estar muy sola", pensó al verla revisando como una muchacha sin serlo papeles desordenados, confrontando datos dispersos que de nada servirían; evaluando la planificación de la hipotética salida y que tenía algo de carnaval improvisado.

-Lo sé muy bien, esto se presenta complicado.

-¿Qué dices?, contestó ella metida en el papel que esa noche le asignaron sin consultarla. Vamos, salimos, preguntamos por ahí y en un par de horas asunto liquidado. ¿Te parece normal que una mujer estupenda puede evaporarse de un día para otro? Porque la tía era estupenda supongo...

-Mira, lo conocido es la palabra de Ventura, dijo él tratando de calmar los ímpetus de Fernanda. Versión establecida con mediación de más cócteles de los necesarios, lo que altera el criterio. Si algo me quedó como característica es lo de misteriosa, el estupendo es agregado de tu cosecha.

-Ay, ay, siguió Fernanda luego de iniciar una carcajada forzada. Todos los hombres sois iguales de tontos. Es suficiente aquel mohín inocente en el momento oportuno, una forma de fumar mentolados Salem y se pierden en la red del anhelado misterio, imaginándose extraviados en sórdidos bares de Macao, espiando en semanas previas al estallido de la segunda guerra mundial. Misterio... por favor... la de anoche era una tía cojonuda como verás más tarde. Lo que yo debería hacer es denunciar a ése imbécil a la poli y salirme del barullo antes de comenzar el jaleo.

Paolo aceptó sin réplica las afirmaciones de Fernanda, había por de pronto y a manera de sumarísimo balance las dos mujeres para empezar: la encontrada por Ventura en la barra del bar del hotel, la narrada por él con el auxilio de susto y culpa. Luego, acaso esa tercera desconocida en la morgue municipal aguardando el reconocimiento del pariente cercano.

Le hubiera tranquilizado adoptar por unas horas ese rol de familiar asumiendo un trámite forense; llegar al depósito de cadáveres y mediando un intercambio de fórmulas breves dirigirse al despacho del funcionario encargado de



acompañarle. Traspasar el portal de la cámara fría, aguardar que lo conduzcan hasta la plancha y levantar la sábana confirmando la autenticidad de las facciones rígidas. Aceptaría sin chistar la coincidencia de identificación con movimientos de cabeza y un prolongado parpadeo, manteniendo las manos en los bolsillos del abrigo.

Lento y apesadumbrado, recorrería con la mirada la distancia de la cabeza maltratada hasta los pies, como si ellos hubieran pillado a la mujer en un descuido somnoliento. Leería deletreando la caligrafía en letras de imprenta de la etiqueta atada al dedo gordo del pie izquierdo. memorizaría los datos garabateados en esa ficha de carnicería y luego, desde la primera cabina que topara al salir llamaría a Ventura para ponerlo al tanto de las novedades. Asunto concluido y al otro día de regreso a las clases.

Nada sería así como aparentaba. Había una mujer antes de Ventura como estaba la Fernanda anterior a Manuel, era esa la que debía reconocer en la noche; no tanto despojos sino el cuerpo itinerante de una mujer con la ocurrencia de compartir copa de ligue con el desconocido.

-El final de la noche, señora destructora de misterios, es lo menos importante, dijo Paolo recobrando su estar en ese lado de la historia, sin comprenderla desde la otra orilla. Descartemos insistir con sutilezas, yo estoy seguro de fracasar en la misión sin haber comenzado.

-Como quieras, le respondió ella a un Paolo decidido a tomarse las cosas en serio. Si te apetece el misterio tendremos misterio, aunque sea el peor método para conocer a una mujer.

-Antes deberíamos preguntarnos la razón por la cual la gente decide perderse de un día para otro.

-Suponiendo un deseo de perderse, dijo Fernanda, sospechando estar hablando de Manuel sin nombrarlo, usando la circunstancia como rodeo.

Cada uno se imaginó a Manuel presente en la situación; no al agónico amante de trópicos más espesos que la convencional línea imaginaria de los geógrafos, sino el anterior respetuoso del pacto de discreción, renunciando a recuperar de la memoria el recuerdo insepulto de otro muerto.

-Suponiendo claro; eso y lo demás lo iremos descubriendo durante la marcha de los acontecimientos. La cuestión es por dónde empezar.

-Duda materialista impensable en un espíritu lógico. Mal síntoma ese de empezar la noche con decepción. De ti, no sé... hubiera esperado que miraras de soslayo por la ventana, continuó ella abriéndose en multiplicado gesto de manos; indagando ensimismado si alguien te espía por razones inconfesables y lanzar una fórmula irrefutable. Algo como que el mundo es caótico.

-Tu diviértete, algún día sabrás que es así.

-Claro, ahora me condenas con maldición metafísica, siguió Fernanda. Una de las constancias ciertas es que a tus amigos les da cada tanto por pegarle a las mujeres estupendas... perdón cariño: mis-te-rio-sas. Y nosotros, en una noche de perros como no vivo hace años, en lugar de irnos a la Filmoteca y después dar cuenta de un arroz con Rioja, saldremos como tontos aprendices de detectives privados. Fernandita mía, te desconozco... ¿tienes algo en la nevera?

-Algo hay, busca tú misma.

-Vale, vale, contestó ella replegándose y yendo a la cocina caminando de espalda.

La escuchó manipular con puertas imaginadas y desde allí pareció darle otro rumbo a la conversación.

-¿Y cuál es el plan jefe?

-De lo que sea, prepara dos y para mí me traes una lata de cerveza.

-¿Tienes o no tienes plan?, insistía hablando en voz alta, aún después de regresar al living con la bandeja de madera, donde había rebanadas de pan moreno cortadas al descuido, mostaza francesa, mantequilla, fiambre envasado al vacío, embutidos de esos para untar y galletas dulces rellenas con jalea de melocotón.

-Algún plan hay. ¿Tú siempre comes así?

-Calla pues nunca deberás alimentarme, le intimó y considerando que se había excedido en las porciones. Preocúpate por mujeres misteriosas que ni comen ni cagan y

déjame disfrutar mi bocadillo... tal como va la noche, quién sabe tomaré algo más. Venga, que es la última lata que te queda.

**Poco** importa si queda la última, siempre hay más aguardando en algún lado la espuma de las repeticiones. Tenía razón el Augusto descreído afirmando que toda pretendida originalidad termina urdiendo sus propias falsificaciones. Recelosos de adelantarnos al proceso donde cada cosa tiende a semejarse, el esfuerzo continúa secuestrando la originalidad sobrecargándola, mintiendo, sabiendo que todo puede ser tristemente traducible a tres palabras. A lo largo del tiempo dicen más unas ruinosas piedras que los planos perfectos de las ciudades en su esplendor. ¿Cuánto tiempo hará falta para desacreditar la turbia historia de Ventura que ahora es la única en el mundo? ¿Tres días? ¿Una semana?

Es la misma cantinela tantas veces escuchada. La originalidad capaz de salvarla es renunciar al orden, explicaciones y secuencia del relato cinematográfico; podrá salvarse si se resguarda en la humildad de sus explicaciones, declarándose falsificación de otra historia estupenda, fascinante, cautivante, olvidada en los pasillos del Hotel. Así como debemos jugar al doble hostigándonos por culpas pretéritas para seguir viviendo, necesitamos falsificaciones para mentirnos la posesión de originales; como agregamos parejas en la envidia de la felicidad de otros, pensando llegar a ella por la frenética sumatoria, descreyendo sobre su existencia añorada.

Mientras en lugares inaccesibles hay gente viviendo aventuras estimulantes, debemos resignarnos con espejos,

modelos devaluados, pergeñando historias destinadas a la mortalidad, distrayendo al lector mientras otro está inventando la mejor historia jamás contada. Haciendo feliz a la persona por la cual pasamos de largo sin percatarnos de su excepcionalidad. ¿Y si Avellaneda, del que nadie puede dar cuenta con certeza y parece otro personaje de la trama fuera una condición necesaria para la apoteosis segunda de Cervantes? La novela necesitó una deliciosa impostura intercalada y el Quijote es también reflejo del falso Avellaneda. Hay mucho mágico en la cuña falsificando en medio de la ficción absoluta, y algo hasta creíble en meter una pseudo Fernanda entre auténticos cuerpos de mujeres muertas.

Miro el plano de la ciudad desplegado y recuerdo que ingresé a Barcelona por vías antiguas, caminos de uno y otro entierro en huecos de verdad, por la entrada al laberinto donde reposan cuerpos de doncellas y efebos: en el centro habita un monstruo con cabeza de mujer acechando en el aire caliente de las piedras al sol como en antiguos sepulcros. La ciudad es el resultado laberintos sucesivos colocados unos encima de los otros, está concebida para perder a los humanos y los hombres perdidos sólo pueden escribir de ciudades a huir, como Manuel, a forjas de selvas abiertas.

¿Habrá sobrevivido el viajero? ¿Estará instalado en planicies con trazados geométricos animistas, incitando y esperando contactos estelares con formas superiores de

inteligencia venidas del espacio interestelar? ¿Será miembro temido de la mafia de la droga? ¿Habr  abierto un chiringuito de bebidas alcohólicas al borde de la jungla esperando la sed de los esmeralderos?  Lo habrán acuchillado por robarle una imitación suiza made in Hong Kong que da la hora? Se march  para dejar el jueguito civilizado de realidad y ficción, meterse en un mundo sin fronteras donde nadie sabe cuándo empieza a morir. Ah, Manuel... si pudieras venir esta noche a socorrerme y darme un hilo consistente para encontrar el regreso de una noche llamándome sin vuelta.

 Es descabellado invocar esa ayuda? Si la ciudad no fuera un espacio pensado para perderse nadie vender  planos minuciosos ni estar mos atormentados con señalizaciones dubitativas en los chaflanes. La cuadrícula central del siglo XIX tampoco tendrá el diagrama de tablero donde avanzamos a paso de peones, mientras otras fuerzas la cruzan a cadencia de alfil expuls ndonos del juego por la diagonal demencial. Padece mos menos de combinaciones aéreas, del roedor recorrido del Metropolitano por bocas que se cierran y un mundo subterráneo paralelo.

En la noche irrepetible se tratará de trazar una línea nueva sin mañana, sin retorno ni combinaciones de andenes y menos estaciones comunes convergentes. El viaje mío ser  solo de ida sin retorno teniendo la libertad de diseñar el recorrido decidiendo estaciones preferidas. Mi Destino fue inscripto en la plaza Villa de Madrid, all  están las bocas

voraces, escaleras perpendiculares y el hueco esperando. Zona de entrada secreta a Barcelona con peaje sagrado y como en antiguos dédalos costará salir el cuerpo caliente de una muchacha sacrificada.



-¿Y cuál es el plan, jefe?

Fernanda gana tiempo, pregunta sin interés por la respuesta y prepara bocadillos; quiere estar sola unos minutos en la cocina, repetirse que Paolo es tan delirante como Manuel lo fue para decidir marcharse de regreso a Colombia cuando vivían el mejor momento. Añora la cordura de Augusto y de nada sirve pues está sola, Manuel es el recuerdo extraviado en un país con aeropuertos, hoteles Sheraton de veintisiete pisos y tráficos de divisas; aunque con Paolo insistan en instalarlo entre la humedad de verdes intensos, dejando en el musgo la falta de noticias en tanto viaje sin retorno.

Es lo que brinda hoy la vida, si el animal del peligro tiene pelos, el del aburrimiento trota en vano y el del olvido se nutre de despedidas sin alejarse del todo.

Después de la partida jamás habló con ella de Manuel, ni ella supo la razón del alejamiento y silencio imponiéndose un duelo personal. Paolo, que parece prescindir del cuerpo de mujeres estaba impresionado y urgido por la desconocida. "Aún a las muertas les atribuye misterio" pensó ella y la aguardaba una ruta condensando otras noches suprimidas de manera brutal. "No hay viajes como el que estoy emprendiendo ni nadie busca a nadie. Cada cual se persigue a sí mismo."

Le vinieron ganas de escuchar música violenta, con Paolo y en su casa sólo sonaban las mismas melodías de los pianistas ciegos. Si se apoyó en el aburrimiento ahora la

impulsaba la curiosidad de observarlo actuar desprotegido, sin estar a la defensiva ni orgulloso de la indiferencia del que nada le importa. Quería observarlo en el trance de preguntar, sumirse en la desesperación frente al rechazo y respuestas inexactas, desconcertado por el huir de las horas. En otras zonas de la intimidad Paolo se mantendría callado, sin preguntar (ella sabía que lo intrigaban hasta el fastidio) las causas de la separación con Manuel, y el inicio de la historia a la que ingresó durante aquel estúpido seminario.

Sería otra aventura al margen, trabajo clandestino y por una vez Fernanda permaneció quieta aguardando la inmovilidad del otro. Siempre hay alguien llamando a la puerta cuando dormimos y cualquier historia es preferible a la proximidad de espejos reflejando candelabros con velas rojas. Se agotó de obligarse a estar contenta por la razón de sucederle cosas y hoy quedó demostrado: la vida es irrespetuosa de las tardes lluviosas cuando una mujer prescinde de lo exterior, se sienta a recorrer senderos partiendo del jardín de la infancia.

Untando mantequilla, separando rodajas de jamón, manipulando paquetes de panecillos, meditando en el tiempo del hombre del living Fernanda se descubre harta de abrir neveras ajenas y recomenzar cada poco tiempo a repartir naipes para otra partida de la dicha con un hombre distinto, cortando ella o él al inicio o al final sin terminar nunca de mostrar la baraja. Siempre hay alguien muriendo en los alrededores y esta noche se trata de saber quién es.

“Supongamos –piensa Fernanda -. Una mujer sentada a la barra del bar de un Hotel de primera frecuentado por extranjeros. Está maquillada para ser filmada en la noche americana y fuma insinuando pensar en fascinantes episodios de su vida pasada; sin que nadie se atreva a adivinar a quién espera por miedo de ser el elegido. Algunos hombres la observan de reojo temiendo llegar a saber algo de ella. Esas mujeres solas en los bares de hotel desconciertan imaginaciones calenturientas de los varones, limitadas a la posesión circunstancial y el cóctel del mes propuesto por el barman, suelen ser madrinas de vidas ilusorias, donde late una desfloración de aire victoriano y la puntual vejez de arrugas proliferantes. Debería ser suficiente con mantenerse así; cuando se conoce a una mujer ella comienza a envejecer, la belleza de las desconocidas perdura en tanto persiste el silencio. Ocurren esos cruces en las barras de los bares; mejor si se tienen los pezones al aire, un pompón de coneja en el culo y evitan miradas insistentes, mientras en la penumbra el hombre que conoce las tarifas sin IVA de la madrugada trafica con licores.”

**-Es** el único cóctel clásico con nombre parecido a una ciudad, aunque creo que es una isla. Al menos una ciudad con isla. Nosotros aquí no tenemos isla... Bueno, a lo que íbamos, la fórmula tiene el único secreto del oficio y la elección de los ingredientes apropiados en la selva de las marcas. Lo principal es preparar el enfriado de la copa y el vermú rojo, se introducen piedras de hielo en la coctelera y se la enfría en movimiento parejo. Luego se quita el agua sobrante de la manipulación agregando gotas de angostura y el vermú rojo para que baje temperatura. Recién entonces se agrega el whisky. Algunos prefieren escocés, la tradición aconseja bourbon, con Jack Daniel's añejado lindamos la perfección y luego a la copa triangular bien fría. De esta forma se logra el efecto buscado; primero el golpe de bourbon sacudiendo las cavidades de la boca para luego inundarla con la tranquilidad dulzona y sin agresiones de la mezcla bien fría. Se le puede incorporar una guinda ensartada en un mondadientes, es más de efecto visual que para contribuir al sabor, soy reticente al respecto aunque puedo negociar. La virtud del Manhattan es la imposibilidad de detectar la mezcla al punto de parecer una bebida única y pura, sin combinaciones. Esos otros cócteles populares que aparecen en la carta los preparo, qué remedio... pero con tantas medidas y destapadas de botellas cada vez me asalta la sensación incómoda de servir falsificaciones, en cambio el Manhattan clásico...

**Desde** la lluvia sin centro y a través del cristal deformante se recortan figuras, por la variación del espesor del agua recorriéndolo, desde el rumor de voces y movimientos se las supone compartiendo disposiciones incompatibles. Ella desea pasar una velada divertida, cree en la posibilidad de vivir momentos diferentes y originales siendo suficiente con provocarlos. Paolo se confunde resolviendo un enigma ocultándose en resonancias esotéricas y algo que pueda prescindir de ellas.

Decidieron disimular sus pensamientos secretos con oraciones apropiadas y pertinentes a la circunstancia.

-Tenemos una mujer, un bar, en fin...

-Es poco para empezar, dijo Fernanda .

-Hasta esos datos sabidos supongo que podemos trabajar juntos. Estar atentos y después operar cada uno por su lado, saber desde dónde pudo haber llegado esa mujer.

-Saber en qué misterio estaba antes de ingresar al bar.

-Dónde podía haber estado que no fuese en el bar del hotel, dijo Paolo creyendo encontrar un ritmo adecuado de pensamiento y acción; cadencia esperanzadora para los acontecimientos venideros, pista verosímil que le apareció con claridad. Una vez estando allí –siguió como dictando el comunicado oficial a una taquígrafa célibe- accionamos nuestras facultades sobre lo conocido y diseñamos una segunda etapa. Primer dilema: en una noche parecida y

habiendo cerrado un estupendo negocio inmobiliario ¿tú qué harías?

Fernanda simuló pensar algunos segundos y conocía la respuesta apropiada.

-Me iría a tomar dos Manhattan al bar que suelo ir cuando quiero estar sola, a ver si ligo un noviete misterioso. Estoy convencida de que puede ser muy importante, si nos creemos estar en un caso verdadero me sentiría ridícula, perdona.

-Como quieras, reaccionó Paolo, molesto por esa llamada a las reconsideraciones y justo cuando calentó mecanismos deductivos. Si te sientes ridícula lo dejamos aquí y amigos como siempre.

-Eres un necio. Entérate que estamos en un lío gordo, dependiendo de caprichos de tu querido amigo. Que de buenas a primeras, y esto habría que aclararlo con más discernimiento le propina puñetazos machistas a una doncella desmayándola contra los escalones. Es peligroso como situación mi adorado...

-Ventura me necesita.

-Mierda te necesita... para él es asunto terminado y si voy a salir contigo quiero hacerlo sabiendo que lo hago mintiéndome.

Paolo reconoció el gusto amargo del silencio en la boca y acentuándose en el paladar, odiándola por tener razón en su lectura de los hechos. Ventura estaba sin salida y lo prudente es acercarle una invención que lo distraiga. Sería

suficiente un nombre falso, datos amañados, una mentira sobre la ímproba tarea de la noche y los personajes involucrados estarían tranquilos.

La explicación de los errores suele ser comprendida y bienvenida, el entusiasmo se iniciaba en una negativa. Se trataba de buscar una sombra, el recuerdo, la esmerada falsificación del cuerpo muerto y exponerlo como reproducciones cuando se destruyen originales. Recordó las disparatadas tesis de Augusto sobre la dependencia de original y copia; por unas horas Fernanda será la reproducción de la mujer muerta la noche anterior, una intermediación porque él así lo había decidido.

-Perdona -siguió Fernanda-, piensa por una vez en ti, basta de socorrer amigos. Primero Manuel, congresos, consejos, aceptar sin chistar sus planes de vacaciones, soportar la despedida brutal. Ahora el asunto de Ventura... Que te quede claro, si acepto es para salir de este cubículo preciosista sin restos de pan viejo ni calcetines tirados o camisas sucias, como si vinieras de visita.

-Siempre fui ordenado...

-Ya lo sé... perdona. Ello no supone interesarte hasta olvidarte de ti mismo por los mismos amigos llamándote nada más que cuando están jodidos. Que tampoco es problema mío. ¿Vamos saliendo?

-Si, vamos, dijo Paolo luego de atravesar el vendaval Fernanda de cuestionamiento. ¿Así como estamos?

-Por ahora todo va bien, contestó ella. Un par de copas para calmarnos y entrar en calor, luego dios dirá. Ponte un abrigo, vine con el coche y la noche está fatal.

Bajaron la escalera. Fernanda le tomó del brazo y cuando llegaron al rellano se detuvieron a mirar la lluvia antes de decidirse a salir.

-Quizá haya tiempo para buscar el tema del muerto ausente en nuestras conversaciones.

-¿Cuál?, preguntó Paolo en el último intento por zafar al sentirse acosado de recuerdos. ¿Aquél fumador de pipa?

-Pobre Augusto, dijo Fernanda. ¿Qué será de su vida?

El automóvil estaba estacionado a unos pocos metros. Corrieron bajo la lluvia, se metieron dentro y al primer intento del encendido pusieron rumbo al primer Manhattan de la noche.



-**Si** usted, por ejemplo, decía Augusto por aquellos meses anteriores, sin dejar apagar la pipa como lo hacen quienes saben fumar, tuviera la feliz idea de proponer un museo virtual donde hubiera espacio para las falsificaciones, con una guerra atómica y tres generaciones nadie podrá distinguir las diferencias, suponiendo que las hubiera. Yo mismo desconozco a quien imito, mi modelo secreto. Le consta que soy pieza de reciente adquisición y sustituyo otra en gira del Salón de los Innombrables.

-¿Cómo le fue con la crítica?, preguntó Paolo, reconociéndole la táctica de evitar ser un Manuel de sombras chinescas.

-Las he tenido mejores. Como bien dice y comparto su opinión, es necesario esperar por lo menos un año.

-Es mucho tiempo.

-Mucho más, una eternidad prolongada como noche de insomnio.

Fernanda escuchaba frases permaneciendo al margen de cuestiones que le incumbían indirectamente. El trío buscaba desplazarse a rincones tranquilos aceptando la imposibilidad, como los demás invitados, de observar sin ruido de valor agregado lo que el genio de turno había colgado en los muros. Los extras de la escena tendían a reagruparse, las palabras iban y venían con versatilidad saltimbanqui de feria ambulante.

-La gente a la vista está sin permanecer. Observe, comienzan una conversación interesante y desean ser vistos

por otro grupo. Responder de manera inteligente al tema tratado por un tercero y así toda la noche, siempre con la copa llena de cava, de vino blanco. Ser desconocido y adversario tiene ventajas en ciertas circunstancias.

-Tampoco esté tan seguro, replicó Paolo, dispuesto a minar ese falso prescindir. Esta noche usted es objeto de discusión. Permítame informarle que hay ojos para usted de codicia gnoseológica y evoluciones comparativas en sus desplazamientos.

-Lo sé y era previsible. La mayoría, antes de pensar en compararme con Manuel, es pronto para ese cotejo de alma y cuerpo, están interesados en detectar los términos de mi relación con Fernanda. Pero quédese con nosotros hombre. ¿Qué me cuenta de ese proyecto de organizar las falsificaciones? Creo que es estupendo, se adecua a la era de las imposturas en la que estamos ingresando. Siempre me molestaron las zonas de la vida donde el original está enmarcado proclamando soy el único y nada igual habrá en el futuro.

-Quien escapa es usted, contestó Paolo. Volviendo al proyecto, acepto ciertas bondades sospechando un planteo escéptico.

-Algún día futuro, rechazado por mí pero posible, usted continuará hablando con Fernanda de su famoso congreso, y yo seré el nombre sin apellido, la cara difícil de recordar. Habrá dudas sobre el color de mi escaso cabello y disputerán por si fumaba o no en pipa. Eso sí: me recordará cuando se

enfrente ensimismado a una obra de arte, de esas con retórica mayúscula, continuó Augusto. Pensará ¿qué será de la vida de aquél sujeto que disertaba del poder de las falsificaciones?

-¿Usted va por la vida sugiriendo planes de este tipo?

-Depende, esta es una excepción si nos remitimos a la originalidad. Algo de esta fina factura sólo lo hago con gente interesante, hace bien de sentirse orgulloso. Es más sencillo contarlos que redactarlos y llevarlos adelante. Su estilo latino merecía una elaboración sutil. A otros les correspondió una aerolínea circular para los escasos de recursos, un avión que despegaba y vuelve al mismo sitio en una hora; posibilitando a los impedidos de viajar por razones obvias seguir instrucciones de azafatas, hojear revistas y disfrutar la cena recalentada a bordo con cubiertos de plástico. Asaltos perfectos, revoluciones coloniales, en fin... de acuerdo a la cara del cliente. Tampoco se desanime por esta revelación. Pasado un tiempo pensará en mí cuando se halle metido en cuestiones domésticas, enfrentando a una situación falsa, llorando la pérdida de algún original. Todo lo que está a la vista es falso, excepto esa música inconfundible que estamos escuchando. Sabe a lo que me refiero.

-**Es** original el lugar, convino Paolo apenas traspasaron la puerta giratoria.

Ninguno de los dos había estado antes en el bar del capítulo inicial de la crónica rondando su iniciativa.

-Menos en el Hotel, dijo Fernanda. ¿Viste el lujo? Mis modestos amantes nunca pasaron del pisito en Calella.

-Las mías me reclamaron el pisito en Calella.

-Pero qué tonto eres.

En los bares de Hotel con otra entrada independiente por la calle lateral, el tiempo fluye y se congela como piedras de hielo. Ese conservaba en el aspecto de los parroquianos el tono uniforme en una propuesta luminosa raramente cambiante, complicada de detectar en falsificaciones vendidas en galerías pretenciosas.

Una vez instalado en el interior, era inconcebible una hipotética hora de apertura del servicio de tragos y sugerir otra de cierre. El reloj –si hay uno en el local- es un barómetro de alcohol indicando lo eventual y la certeza de la duda perpetua. El uniforme de los camareros suele avanzar hasta límites del bordó, del verde inglés y el sonido de la lluvia confundía la luz de apliques interiores. Esa noche y pudo suceder en la anterior, entrar al lugar era ingresar al dominio donde generaciones de profesionales dejaron fórmulas de la pócima perfecta. Una que anule las precedentes y logre lo que no pudo ningún destilado: amnistiar el presente y recordar el ayer incorporando el presente al futuro incierto.

Se le ocurrió o creyó recordar que Ventura prefería el Manhattan a cualquier otro trago. Permanecieron en la barra y el camarero luego de escuchar el pedido preparó una copa delante de ellos. Era un hombre moreno y delgado, hablador sin la reticencia de otros barman celosos del secreto relativo al trabajo, sobre que un cóctel clásico como el Manhattan nadie lo prepara en el hogar y expuso sin misterios los pasos de su obra. Ventura seguro que anoche bebió el suyo así, en esa ilusión de crear la noche única aunque el barman omitió las proporciones por ser cara conocida y de los habitués, que prefieren ignorar los pasos de la preparación.

Cuando Paolo probó el primer sorbo tuvo la certeza de que así y con ese gusto había empezado la pesadilla de Ventura, con ese sabor fantástico que marca un antes y un después. Evitó mirar el extremo de la barra porque ella la de ayer no estaría. Escuchó una frenada, eco de otra similar de la noche previa como si algo imprudente intentara repetirse. Lo tranquilizó saberse todavía en las mismas primeras veinticuatro horas y hasta olió el rastro de la presa muerta; aunque pudo ser la loción alter shave de un cliente ocasional testigo del fatídico encuentro, tal vez el nuevo perfume de Fernanda. “La realidad –pensó- tiene pasadizos para achicar las horas como hay plazas y lluvias reconocibles.”

-Se está bien aquí dijo Fernanda. Lástima tener que salir después, llueve tanto afuera y se está tan bien aquí.

-No será el trópico, pero...

-Ya lo sé. Aunque nos cueste creerlo tampoco estamos en el Caribe sino al borde del Mediterráneo. En el trópico está Manuel y dejemos eso de momento; hoy se trata de la mujer misteriosa de Ventura.

-Estará soñando en plan pesadilla de borracho esto vivido por nosotros, seguro. Hace tiempo que tu y yo no compartíamos una copa.

-¿Los dos juntos? Nunca o casi, siempre fuimos más bien de café con leche y fino a mediodía.

-Otras situaciones, dijo Paolo. Esta noche debemos resignarnos a convivir con fantasmas. Uno de reciente violenta creación y otro materializado en ectoplasma de recuerdos.

-Barcelona se está poblando de fantasmas polizontes.

-Son los mejores para darle sabor a la historia que es una alternancia de invasiones. Tu vives aquí desde hace años y debes saberlo, yo tengo el dudoso privilegio de haber nacido en una ciudad pródiga de invasiones en todos los sentidos.

Fernanda se percató de que nada sabía sobre Paolo previo al seminario del encuentro. Le costó imaginarlo niño o adolescente, se le aparecía un hombre sin edad y de la cofradía de los barman inmortales. Dudó si él había elegido Barcelona para morir e ignoraba el lugar del nacimiento, en eso era una mujer sorprendida y sólo se le ocurrió afirmar desde la duda.

-¿Trieste?

Paolo se rió con ganas desplazando por unos segundos a Ventura, el cuerpo inerte de la mujer, las tontas andanzas de detective aficionado devorándole una noche preciosa, siendo la noche previa del otro. En la presente nada interesante podría sucederle a su vida desganaada.

-Perdona mi sonrisa, nunca sabré si a mi pesar pero fue en Roma. Tu amigo vino al mundo en Roma, la ciudad abierta donde nació Guillermo Apollinaire. ¿Y tú?

-Yo nací en un país de mierda, dijo Fernanda.

Descendió el volumen del equipo de audio. Desde un rincón en penumbras alguien al estilo Tete Montoliu comenzó "Over the raimbow". Al otro lado del mostrador el hombre alto y moreno reinició el preparado de un brebaje inconfundible, cercano a la ilusión de la bebida absoluta con nombre de isla.

-Así no avanzamos, podemos seguir bebiendo litros de esta delicia sin avanzar.

-Más que de avanzar se trata de retroceder.

Paolo fumaba sin prisa, parecía haber hallado en las botellas alineadas en la estantería de cristal la seducción de un sedante para sobrellevar la hora presente y una misión que lo entusiasmaba.

-¿Sabes lo que te digo? Vete a la mierda con tus deducciones inteligentes. Por mí me puedo quedar tan tranquila bebiendo aguardando que la lluvia se detenga, hasta mearme encima y que tu amigo Ventura se pudra.

Paolo apagó el cigarrillo, se bajó de la butaca y la dejó sola apurando el último resto del segundo Manhattan. Fernanda lo miró hablando con el camarero, al fin se decidió a indagar y el diálogo estaba distante.

Ella comenzó a ser una desconocida misteriosa en la barra de un bar. Cuando Paolo regresó sintió el asedio a una mujer sola frente a un desconocido dispuesto a decir tonterías iniciando la conversación; presentarse por segunda vez sin la mediación de Manuel, sin carpetas de las Segundas Jornadas de Informática y Pedagogía.

Estaba sola en el bar de una casualidad inquietante, bebiendo un tercer Manhattan y el extraño se acercaba.

-Nada nuevo, comenzó Paolo el informe sumario de su investigación. Ventura estuvo por aquí, el camarero no recuerda para nada a la mujer.

-¿Tú crees que el barman me haya visto a mí o para él las mujeres somos invisibles?

-Seguro que teme meterse en líos. Aún siendo un fantasma ella debió venir de algún lado... estamos peor que al comienzo.

-Al menos tú sabes algo nuevo.

-Es cierto, confesó Paolo cansado de retroceder. Sé que faltará información sobre la desconocida. Eso para mañana a las nueve, y esta noche tampoco podré dejar de rastrearla.

Conocía el sentido de la inútil búsqueda de mujeres. Desde las arcadas de Turín inició la persecución a otro cuerpo deseado con obsesión y nombre diferente hasta la



indiferencia de Barcelona. Tan poderosa que decidió quedarse allí por un tiempo indeterminado, tal vez por el olor a guerra de hace unos pocos años.

Otra mujer se perdió hace tiempo entre calles de esa ciudad, hasta dejarlo instalado de por vida. Sin saber si la esperaba en un mundo paralelo o prefería su extravío total. Sedimento de asuntos pendientes, olvidó utilizar el billete de regreso, al que vuelve de vez en cuando para verle perder color y comprobar escurrirse la fecha cada vez al pasado irrecuperable.

Nunca regresó a la patria perdida. Se asoma detectando trazas de Roma en Barcelona, "mensajes del pasado, cartas minerales sin retornar a vuelta de correo. Mis piedras sueltas, cuentas de collares rotos en la huida con el paso del tiempo convertidos en ruinas." Se perdía en tardes de agosto en la Plaza de la Villa de Madrid interrogando sepulcros; observando la vieja ciudad digerida, enjardinada, disfrazada de paseo inocente haciendo olvidar que allí y hace siglos se llegaba muerto.

-Esta noche no salen ni los perros, dijo Fernanda. Era buena la idea de salir a la aventura sin la amenaza de una pulmonía. Estoy a punto de proponerte vaciar las tarjetas de la Caixa en un buen restaurante, me dirás que es disparatado en una noche sin nada para festejar. Si tendremos un calvario nocturno y a pesar de los bocadillos en tu cocina, me gustaría entonarme con un buen tinto.

-Tienen buena reserva de botellas nobles. Yo tengo más bien nostalgia de emperadores.

-Caro mío, ustedes hicieron muchas tonterías con eso de dominar el mundo... preocupados por legiones, acueductos, orgías, traiciones para películas de circo con arena, gladiadores y leones obligados a devorar desabridos cristianos. Un horror. ¿Entonces qué?

-Tenía pensado visitar algún lugar...

-¿Puedes aceptar sin sentirte ofendido una sugerencia femenina? Sales poco y perdóname, es la verdad. Confundes la vida de una muerta con una noche movida. Malo, y además nos están mirando feo.

-Es verdad, dijo Paolo, tranquilo y viendo a Fernanda asumir la iniciativa. Entre la teoría praxis del Manhattan y el cuestionario al barman somos sospechosos.

-Vamos a pasar la noche en vela y este brebaje me hace hablar de más. Te intimo a ir a cenar y luego seguimos la cacería de la doncella emponzoñada. Después de tu revelación de filiación sería de mal gusto proponer un restaurante italiano, dijo Fernanda.

Ella buscaba el sitio aproximado donde se quebró la conexión de Ventura y la mujer sacrificada hacía veinticuatro horas. De ser posible, indagar si puede mejorarse una amistad con alguien de quien se ignoran los datos elementales. Nunca pensó en Paolo como un hombre de quién averiguar el pasado, año y lugar de nacimiento, signo zodiacal ascendente Capricornio, escolaridad primaria,

estructura familiar con horizonte de dos generaciones; primer empleo, nombre de mujeres amadas en la juventud, esas cosas aparentes que son suficientes.

El pasado del hombre era una breve ficha recortada a ser amigo de Manuel y en otro tiempo fue bastante. Por retazos de conversaciones oídas durante la amistad, ella conocía su condición de universitario inconcluso; era presumible en la conducta la herida de una pasión de la que jamás habló, buen lector de poesía para agravar su caso. Corresponsal esporádico de oscuras publicaciones de divulgación científica, docente de filosofía y disciplinas afines para ganarse la vida en institutos privados. Colaborador de diccionarios de jazz y revistas de secta musical, pasaba el agosto en Barcelona, se divertía con la broma de decir que cada día llegaba hasta Madrid y conectaba por acueductos con tiempos felices.

Fernanda lo consideraba el tercer vértice aceptado de una amistad para cuando vivía en ilusión de pareja. El sonido de impresoras en un congreso, una botella de agua mineral en un panel y otra de la que cae sobre la ciudad.

-Iría con gusto. Estos días necesito sabores de antaño. Pero déjame apelar, aunque te sorprenda, al sentido práctico que desprecias en mí. Acepto la cena y decido el lugar.

-Es una noche de sorpresas. Te confieso, resulta agradable ser por unas horas la secretaria de alguien que decide por mí y ser mujercita obediente. ¿Tienes pensado algo especial?

-Original para una noche nada común. Cenar en un sitio donde sigamos trabajando, le dijo él buscando sorprenderla aunque fuera por una vez.

-Igual a la de ayer, la de hace días. La de siempre.

-Idéntica es la lluvia, dijo Paolo entusiasmado por la promesa de la noche. En el resto es distinta, inusual y contradictoria.

Le agradaba la idea de desprenderse de la espera de Grazia y piedras vinculantes a la infancia entre ruinas. Las piedras de la plaza frecuentada de adulto eran el botín del vencido en la guerra del tiempo, resultado del choque y demostración de centurias capaces de incluirse en la vida finita.

Huir de Barcelona, pensar que con la muerte de la noche pasada desaparecía una forma obsesiva de Grazia. Olvidar el regreso improbable de Manuel y pavimentos del barrio de la infancia con desechos de guerra. Deseaba que los próximos pasos tuvieran una finalidad en relación a su propia trama.

-Debe comenzar por el deseo ferviente de conocer a una mujer. Buscar ambiente y alimento propicio a la indagación, me cuesta imaginarlo en una cantina de mis mayores por la rama materna.

-¿Hacia dónde entonces?

Estaban en un coche como estuvo la pareja de la noche anterior. Paolo sin recobrar detalles tampoco podía concebir una peripecia creíble a la noche presente, se refugió en recordar si la existencia del efecto está en la causa. Regresó

su primera impresión de Barcelona, unida al seguimiento de otra mujer dejándose morir para él detrás de un billete de tren a una ciudad con puerto. Que el inepto recepcionista de un hotel de Turín, un cretino total, creyó oír era Barcelona; aunque pudo ser Trieste donde Fernanda le hizo nacer hoy mismo, o Bogotá donde bajó Manuel en el aeropuerto El Dorado, final utópico de expedición delirante. Inicio voluntario de un extraviarse en verdes y humedades de naturalezas vivas entrevistadas en huidas similares a suicidios.

En el primer encuentro hubo otro automóvil, la noche era serena y aún entre la lluvia desanduvo como ciego el itinerario.

-Por ahora vamos recto, yo te aviso.

Indicó sin dudas los rumbos y adecuados cambios de dirección. Ella obedecía las instrucciones claras de Paolo orientándose por su plano fatalista de Barcelona, indagando señales de la ruta subterránea con signos que llevan al secreto estridente.

Rodearon Plaza Cataluña en su versión condenada por la modernización y enfilaron por Vía Layetana, entraron a la derecha por Magdalenas, subieron el empedrado de Montesión hasta desembocar en Portal del Ángel. El coche confiado enfiló hacia Santa Ana y Paolo ordenó una marcha lenta. Al llegar a Bertrellans torcieron a la izquierda, esa noche las paredes de la calle eran más altas y la curva en la mitad del trayecto interminable; la suma de oscuridad y

silencio de esos pocos metros fue atajo de acueducto abandonado vertiendo materias putrefactas.

**Con** la regularidad de quien visita seres queridos sepultados, convencido sobre la existencia de una forma de comunicación directa con los muertos, el extranjero ronda la plaza en un día soleado; al mediodía, cuando la transparencia es insultante, el calor fatiga la razón y el tiempo alambica una plomada líquida sin diferenciar un segundo de otro. La luz perturba la visión y confunde los sentidos hasta sugerir que un solo sol no puede ser el único responsable: ella proviene del segundo astro perpendicular a los íntimos designios, donde la mirada nunca osa elevarse y ofrece una visión anticipada de los reinos supuestos después de la vida.

Vía sin inicio ni llegada formando un segmento trunco, insinuación de tramo sin final de pantano ni escalinatas de templo, los pedruscos son ofrendas a dioses olvidados. En lugar del cielo está la infancia y un niño –alpargatas, pantalón cortito, camisa rota en el cuello- salta sobre el trazado de tiza en la vereda hasta llegar a Roma. Recinto devastado donde la decadencia pudo con libros, amigos, familia y piedras talladas evocando muertos. Merodea gente por los alrededores y palomas sobrevolando la plaza, acueducto sin agua para cántaros encausando la putrefacción hasta villas abandonadas. Un hombre tirado sobre la hierba con un perro a su lado levanta la mirada; podría ser un ciego indagando la bóveda inabarcable, estar de momento enceguecido. Observa al intruso percibiendo en

su desaliño un posible constructor del recinto. El hombre mira y el perro ladra exhumando a un antiguo conocido.

El extranjero sabe que son inalcanzables la paz y la mujer que huyó, se aplica a entretejer recuerdos de su Roma: ratas veloces y amoríos contrariados, tardes de sol haciendo temer la postergación infinita de la noche. La certeza de que la lluvia y como los centauros es algo olvidado sobre la tierra. Números romanos en letras contando lo inenarrable del suceder del tiempo.

Esa gente: mirándola puede descifrarse el sistema que los regula, deducir un engranaje comunicándolos. A nadie interesan los mendigos y menos su historia, en el imperio próspero resultan una provocación insultante, se les acepta sin culpa igual que a pediatras y notarios; en la espera no incordian y nadie conoce lo que aguardan ni si vigilan el último bastión de la ciudad. Falta espacio para lo sagrado en la Villa mediterránea que augura dentro de pocos meses pulverizar los record para la ficción olímpica. A esos hombres y mujeres es más sencillo ignorarlos que suponerlos divinidades, los convoca un perímetro para mezclarse con los mortales sin ser apercebidos. Cuando Barcelona se sacuda a esos personajes, por imperativos de imagen y trasmisiones televisivas en directo al mundo entero, la ciudad perderá la vigilia espiritual hasta extraviar el alma y ser el mayor anuncio de vía pública del mundo, diseño de acrílicos y neón más frágil que el cristal.



En la barcelonesa plaza de la Villa de Madrid hay puertas detrás de las cuales se guardan enseres de limpieza. Se repite cada día la circulación de hombres y mujeres, viejos y jóvenes disputando en voz alta como si estuvieran en el ágora de una mágica Tartessos. Los transeúntes los desprecian intuyéndoles otra naturaleza preocupante; ellos son indiferentes, rotan solitarios y en pareja seguidos por un perro, siempre hay uno vigilando la hilera de sepulcros. Una ciudad milenaria es más incomprensión que los sinsentidos vaivenes de una noche accidentada.

**En** otro tiempo sin palabras para ser contado, Paolo siguió los pasos de una mujer persiguiendo un enigma sensual en telas de De Chirico. Dispositivos con piedras angulares y plazas de Turín, estatuas en homenaje al poder del azar y a la inexistencia probable de la hora próxima. Era sin importancia por entonces saber si el cuadro era falso y auténtica la dependencia, apenas se preocupaba por la materialidad de lo sucedido.

Resulta laborioso imaginarlo, viendo al hombre indolente bebiendo un segundo Manhattan en Barcelona, sumando lo sabido de él hasta el momento, suponerlo alienado de pasión por una mujer. Perdido y extenuado, insaciable de caricias mientras el sol declinante recorta en las lozas el arco de sombra de arcadas de Turín.

Afuera, el desierto rojo de las calles y la gente camina imitando el gesto impuesto por el artista plástico, claroscuros fundidos en columnas de otro orden e instantáneos monumentos a la imaginación, pilares sosteniendo lo real en mutación permanente.

Escuchó aquello claramente, era un hotel de paso y cerca de la estación de trenes donde se refugiaron los amantes sin salir de Turín pendientes de clandestinidad en libertad desnuda.

-Ella partió ayer -dijo el conserje disfrutando la impureza en esa infelicidad de fuga-. La escuché hablar por teléfono, precio de pasajes, horarios antes del mediodía, esas cosas... reservas y premuras. Supuse que usted estaba al tanto... de

haberlo sabido hubiera puesto más atención... es todo lo que recuerdo. Apenas escuché el nombre. Barcelona creo y pudo haber sido cualquier otro parecido. Eso sí, se marchó en tren pues no pidió taxi y salió caminando en dirección a la estación.

Dispuesto a dominar la impaciencia Paolo se tomó dos días para preparar la marcha sobre Colonia Barcino, dejando esa ventaja de huída dispuesto a recortarla. "Seguir a una mujer es distinto a perseguirla" se dijo justificándose. A la tercera mañana, digerida la amarga sorpresa de la separación subió al tren con la intención confusa de encontrar señales en pasos a nivel, vagones intermedios de la segunda clase, sombra de túneles horadando montañas y modificaciones del paisaje después de la frontera.

Cuando llegó a la Estación de Francia de Barcelona, en el barrio del Borne, los reflejos indirectos del sol iluminaban fachadas del entorno que estaban iguales después de medio siglo. Fatigado por el viaje, se conformó recordando que la búsqueda se inicia en la renuncia instalado en el sitio equivocada.

-A un buen hotel, le dijo al taxista apenas subió al coche, admitiendo la desventaja de la iniciativa, sin importarle dormir en una pensión que diera comisiones al gremio, sobre el abusivo colchón cinco estrellas y provocando al destino que le estaba deparado.

-¿Primera vez que visita Barcelona?, preguntó el taxista.

El hombre hablaba despacio y en castellano para hacerse entender por el extranjero.

-Si, y me parece haber estado antes.

-Ahora todas las estaciones de trenes son parecidas. Será diferente cuando descubra un rincón interesante que se acomode a su deseo. Se le ve fatigado, es curioso: nadie deja al taxista la decisión del alojamiento sin sentirse estafado, temiendo que lo distraiga por la ciudad.

-Cada tanto es bueno creer en la gente.

-No será lo mejor en cuanto a lujo, pero voy a llevarlo a un lugar especial. Si le desagrada se cambia mañana y sin haber gastado mucho dinero. Es aquí cerca.

El taxi y una larga caravana se metieron como un gusano de Luna Park por calles transversales, simétricas y paralelas, anónimas en esa primera visión. Luego, cuando la ciudad resultó lugar de residencia conocida tanto como barrios de Roma y arcadas de Turín, los rebotes del sol se alternaban ingresando la ciudad a la noche bochornosa.

Paolo tenía la necesidad de tumbarse en una cama con sábanas limpias y beber cerveza bien fría. Recostado en el asiento trasero del taxi, miraba las calles con el afán de descifrar la ciudad casual y arbitraria donde esperaba oler la presencia de Grazia. Estaría un tiempo largo buscándola en bares y galerías de arte vistas al pasar, en pasivas y drugstores laberínticos abiertos en la noche ininterrumpidamente. Renunciaría a regresar a Italia hasta saber si Grazia partió hacia ninguna parte o decidió

escondese en Barcelona, la buscaría con el temor de encontrarla, hasta quedarse mudo de preguntas y sentir pulverizado el pasado común. Entender la razón y luego de encontrarla, del abandono de un día para otro; viendo su cruce como el detalle de un De Chirico de los menos conocidos siendo inconfundible, seguro una falsificación.

El taxi se detuvo y el lugar al que llegaron parecía un golfo seco de la ciudad, la ensenada resguardada de la prepotencia de avenidas, bocinas y semáforos.

Descendiendo del coche Paolo se confundió al percibir – obviamente un error de los sentidos- que un aroma de infancia emanaba de ruinas calentadas por un día de sol perseverante. La vuelta de la memoria y la conciencia al punto de partida le jugaron una mala pasada, lo atribuyó al cansancio del viaje y otra estrategia de olvidar un recuerdo puntual con Grazia.

La tarde que buscaron sin suerte la entrada de El Jabalí, un nombre sin originalidad de taberna existente en todas las ciudades de la Toscana apareciendo a la vuelta de cada esquina y ese día resistente a ser localizada en la parte antigua de Siena. Ante el fracaso de la expedición, regresaron al hotel e hicieron el amor de manera inhabitual por la violencia y las palabras; por el tiempo invertido, imaginando en ese momento que una muchedumbre desbordaba la plaza del Campo, alentando a jinetes circulares lanzando al aire banderas multicolores, y mirando los caballos del sacrificio durante el redoble de tambores.

Se registró en el hotel y el taxista le acompañó esperando que finalizara los trámites.

-Mañana me lo agradecerá, no le cuente a nadie el secreto del lugar, le dijo. Es para viajeros que recuerdan haber estado antes en Barcelona, en otra vida.

Un filipino uniformado le acompañó hasta la habitación en el segundo piso. A primera vista la estancia era confortable y tenía lo necesario; le indicaron botones para accionar luces, el grifo de agua caliente, el teléfono y abrieron la ventana para justificar una propina. Paolo agradeció con la prisa de quien desea estar a solas y entregó lo estipulado, cerró la puerta con cerrojo, se quitó con los pies los zapatos y se dejó caer en la cama. Apagó la luz central y encendió la lámpara de noche; tomó los materiales de papelería, promoción y servicios que siempre esperan a los viajeros y comenzó a leerlos.

Era sin fin la cadena de equívocos, estaba en el Hotel Villa de Madrid sin haber reservado por telegrama, como si se hubiera dormido en el tren y el recuerdo de Grazia lo hubiera trasladado más lejos de lo previsto. La ventana recortada nítidamente en el plano era un bastidor de tela oscura y donde poder pintar cualquier sueño. Se levantó a mirar lo aprisionado detrás del oscuro entramado, encendió un cigarrillo y se recostó en la baranda del balcón. Debajo había un espacio de líneas irregulares y salpicado de arbustos, acotado de rejas, incrustado de formas oscuras, simulando secuelas de lluvia redentora y lejana de

meteoritos esculpidos. Pasaron muchachos cantando efímeras cancioncillas de moda y se escuchaba el sonido de zapatos sobre el pavimento.

A la derecha caminaban de paso algunos transeúntes solitarios, a la izquierda distinguió la azul y discreta apelación de un restaurante hindú. Godiva, se leía a la distancia. "Allí -pensó- habré cenado alguna vez en mi reencarnación anterior." Paolo aceptó su condena a encontrar inquietudes en la inútil marcha a las certezas y este lugar parecía el hallazgo de una memoria anterior, capaz de digerir el recuerdo de Grazia abandono incluido y era cierto su cansancio. Le pareció advertir en uno de los bancos a un hombre observándole y mover la cabeza en aprobación de inesperado encuentro, el perro grande y viejo que estaba a su lado ladró suave, quedo como se hace a los amigos reencontrados luego de la ausencia prolongada.

**Habiendo** atravesado previamente pasajes peatonales surrealistas y cubiertos, Paolo aborrece elegir lugares reincidentes asociados a la memoria, el universo es demasiado vasto para verse obligado a optar por uno u otro sitio, él prefería un determinismo equidistante del rencor y el azar. La primera parte de su vida fue un deambular circular en un barrio pobre y construido de emergencia, cerca del descampado ruinoso de la ciudad disputada, del país humillado, del imperio perdido.

Era juego de niños por entonces arrastrarse desde la pobreza de la guerra perdida a la constancia del pasaje del tiempo asignado por el ocupante; deambulaba entre piedras, trazas del pasado inconcebible en su esplendor, hasta que miró su lugar de juegos reconstruido en el cartón de cine. Pasada esa revelación infantil él saltaba como un liberto de piedra en piedra, era otro de los gatos abriendo y cerrando los ojos para estar en dos tiempos a la vez. Lo visto se escindió en fragmentos coincidentes muy de vez en cuando, como si el mundo estuviera destinado al esplendor del caos que arruina la unidad: trozos de mármoles, inscripciones grabadas de años para ser eternas se volvieron mensajes sin consuelo y paz a las almas. Aprendió en ese desorden autodidacta de estatuaria y pillaje lo imposible de querer retener el aura del pasado.

El pensamiento regresaba imantado al centro de aquel escenario determinante, sus recuerdos eran pedestales gastados, arcos reducidos a ortopédicos sostenes de herrería



enmohecida. Segmentos de acueductos que nada comunican, escaleras impracticables por las cuales nadie sube; capiteles de los que nunca se sabrá el minuto de su precipitación estruendosa: "es insensato duplicar el pasado – pensó en el presente-, ni el de la noche anterior." Tenía a mano el recurso de postular la escenografía adecuada erigiendo la falsa decoración de la noche irrepetible; aceptar que mujeres fugadas y los cuerpos de las que se marchan jamás se recuperan, aunque el intento de la sustitución resultara ingenioso. Al menos que fuera sencillo andar por la calle Balmes bajando desde el Metro Tibidabo sin detenerse hasta desembocar en una vía romana.

Era inconcebible en el damero de la lucidez alcanzar la tregua entre ciudades; buscaba el hilo conductor, el itinerario dándole sentido a lo vivido. Le consolaba suponer que hay una senda de adoquines uniendo el presente con los años pasados y esa vía emerge en la Plaza de la Villa de Madrid. Allí transita el inverso camino al olor del cuello de Grazia y la dureza de senos estatuarios, a signos escritos en su cuerpo por cortes de apendicitis y la cicatriz nunca comentada de una cesárea.

Esas piedras expuestas y el deseo de decir algo de la vieja ciudad a la vista de todos eran la etapa inicial de un viaje de regreso, pasando por Turín y avatares similares a propuestas de De Chirico. Por una mala copia que pudiera cruzarse sin culpa por la tela; perforarla hasta hallar un sonido infantil de piedras en caída, polvillo milenario

cayendo como aguacero de fin del mundo sobre Barcelona; obligándolo a destrabar el enigma de piedras desdeñando la originalidad de la noche: preguntarse si Manuel sigue violentando la selva, Grazia decidió perderse en Barcelona, había una mujer sentada anoche al borde de la barra observando a Ventura, lo emprendido es otra enorme falsificación y el Manhattan una ínsula de alcohólicos amnésicos.

**Son** pocos segundos los requeridos para el cruce de esa calle y le parecieron al romano durar el tiempo que lleva en la ciudad. Ellos desembocaron en un paisaje adecuado a constelaciones de nombre impronunciable, la luz filtraba por un prisma de agua en caída, en la distancia el azulejo parejo decía como un sutra de luz azulada la constante en la memoria del restaurante hindú.

Traspasan el primero hasta el segundo de los umbrales obligatorios, el sonido de campanitas de bronce afinadas en frecuencias tonales dan cuenta de su ingreso en una sucesión de recintos, mitigando fuerzas exteriores del mundo real. Hay pocos comensales en el restaurante, después de tantos días de lluvia la gente comienza a desistir de salir a comer fuera. El personal se sorprende ante la llegada de la pareja y reacomoda la amabilidad de almas reencarnadas.

Desde el fondo del local avanza por un aire dispensado de incienso el aroma de especies, anunciando el refinamiento de combinaciones deliradas por divinidades de seis manos. Fusión de materiales secos, transmutación con colores de paleta agrícola, nombres milenarios que al occidental agnóstico nada le recuerdan hasta ser sonidos irrepetibles, alimento de dioses más humanos en sus caprichos, poblando silencios de textos narrando infinitos avatares perpetuos de ciudades prodigiosas. Doblegando demonios alados del tiempo y pasiones con poder de suspenderse en el segundo predestinado. Recorren la atmósfera frecuencias de tensas

cuerdas aceradas tañidas por uñas creyentes de Yamantaka, divinidad de las seis caras y destructor de la muerte. Resuena sin definición una nota fugada e inasible, longitud de onda existente desde siempre y anterior a las suites francesas, única nota que seguirá sonando cuando de los templos ni queden ruinas, ni memoria de un idiota marchando con un lector dvd en la mano a la aniquilación sangrienta incitada por coléricos monos justicieros.

La dieta hindú puede explicarse y apenas entenderse desde el occidente acelerado: gustos insinuando esencias intangibles, canela cardamomo cilantro cúrcuma comino, combinaciones semejantes a vidas ejemplares que se llaman garam masala y pasta tandori. Sucesivas existencias de perfeccionamiento mutante si se tiende a la sabiduría, reservan para los no iniciados la aceptación y hace del alimento un acto creativo.

Con esa predisposición a lo desconocido tercero, con música acaso de Ravi Shankar y pudor de estar profanando incisivos rituales –padecer la ausencia reprensible del exotismo- se provoca una disminución de ruidos incrementando el valor del silencio. Retorno al sentido de la palabra exacta donde el exceso es irreverente y escribir sobre papel una oración soberbia si antes se despreció memorizar lo precedente. Curioso concepto de la economía donde millones de años penetran pocos textos o uno, el sagrado trazado por el colmillo del dios elefante: un verso,

preanuncio del habla y el sonido anterior a la palabra articulada.

-Es preciosa la delicadeza de las combinaciones, dijo Fernanda. Observa los colores de las especies, el olor caliente, los gustos sorprendentes.

Habían empezado a cenar en cámara lenta mientras en el mundo de los hombres arreciaba el diluvio. Creyendo que esos minutos de recogimiento pudieran conducirlos a formas de la meditación necesitada esa noche, aceptaron el paréntesis de la ínsula brahmánica. Un tomar aliento ante la realidad fugando y sintiéndose ambos incapaces de aferrarse en ningún asidero.

-Además del sabor, lo conmovedor es pensar que es el alimento de criaturas mortales, creyentes en la reencarnación. Ese absurdo de una muerte transitoria y extraños designios de la materia, por los cuales uno es siempre el fin de algo y el comienzo de otra cosa. Nos evitaría padecer el duelo, la tristeza pensando en los que se fueron, alguna vez puedes sentirlo, a mí me sucedió en la infancia. Nuestro barrio daba a los fondos de una zona de ruinas; en aquellos tiempos con soldados ocupantes sin turistas, la única diversión era llegar hasta las ruinas a perseguir gatos, lapidar formas erosionadas parecidas a cabezas. Habiendo vivido sin saberlo la época inmediata a la guerra en Roma, sentí en pocos atardeceres paseando la fusión con tiempos remotos. Ensoñaciones supongo, efectos del hambre, recuerdo de películas con héroes mitológicos

combatiendo la ira de los monstruos. Me estaba construyendo la costumbre de buscar eso en cada lugar al que llego... recuerdos de la infancia, ruinas.

-Nunca contaste nada de tu infancia.

-Ni lo haré, dijo Paolo. Despreocúpate, hablo porque estoy atrapado por el aroma del curry. Imagínate, una vida ingiriendo esos líquidos condimentados y salsas materiales aromáticas. Hacen olvidar lo mundano induciéndote a creer en la mutación de los cuerpos, en otra forma de la inmortalidad sin recurrir a la crucifixión.

-¿Hubieras preferido no tener noticias de la mujer suprimida?

-Hubiera preferido que Ventura resistiera la tentación de golpearla y es tarde para eso. Como ves, la realidad nos llama.

-Nos queda el té suponiendo estar en todos lados y en la misma noche, dijo Fernanda. En Bombay, Ceilán, la Roma de los primeros siglos...

-En Colombia, dijo Paolo.

-Encerrados en el cuarto de noche claustrofóbica.

-Meditando en un pisito de Calella.

-Mira que eres tonto, agregó Fernanda, agradeciendo esa ironía doméstica de Paolo.

-Estamos en Barcelona, dijo y era Paolo quien buscaba hacer pie en la realidad.

-Según tu opinión es la zona sagrada de la ciudad. ¿Será el Manhattan, la lluvia persistente y el curry lo que me lleva a seguirte la corriente sin oponer resistencia?

Paolo no respondió, Fernanda había tocado una de sus obsesiones y por allí se encaminó.

-Tengo la teoría, fundamentada por la observación y la experiencia, de que en la plaza de allí fuera circulan fuerzas extrañas y poderosísimas. Es un lugar mágico y peligroso que bordea el recinto de la locura, tiene la potencia de los orígenes y la tragedia de una guerra de apenas medio siglo. Otro día con tiempo te lo explicaré.

-Tonterías...

-Es cierto. Aunque nadie lo perciba por allí transitan fuerzas órficas; hay que ser extranjero para sentir el tirón de ese hueco de tierra hacia el pasado. Esta noche dejamos la historia de lado y sigamos con la búsqueda.

-Pistas Carvalho, pistas.

-Eso es lo de menos, decía él, avanzando un tiempo donde las tensiones se manejaban desde su control. Lo importante son las vías para acceder al pensamiento.

-Suenan extraño, el asombro queda fuera de nuestras vidas. Llegó el momento de la explicación y te escucho.

-Lo mismo piensan los alumnos sobre mis clases. El elemento principal lo tenemos: es el deseo, siempre el deseo y debemos proceder a agregar las cinco salsas que vuelven complejo el procedimiento.

-¿Nadie te dijo que eras algo sádico en tus planteos?

-Si, me lo advirtió y luego desapareció de mi vida.

-Adelante, dijo Fernanda.

-Primero se puede conocer por percepción directa. Acordando sin contrapartida excesiva confianza a los sentidos superficiales. El famoso ver para creer.

-Que no es nuestro caso.

-Exacto, estábamos lejos del lugar de los hechos sin sospechar nuestra futura participación en la intriga consecuente. Luego se puede conocer por inferencia, lo que supone un fenómeno estático a descubrir. Por tanto, segunda salsa descartada. Esa vía la transitaron quienes descubrieron la escena del crimen, que tuvieron acceso a la secuela inmediata del gesto.

-Llega la tercera...

-Calma, calma... es la comparación asimiladora. A ella nos encaminamos en el intento de reconstruir una situación similar a la precedente. Puede ser una vía posible pero al faltarnos información de hechos y motivaciones, es buscar a ciegas. Jamás saldremos del cerco de hipótesis que escamotean la demostración. La cuarta es la palabra autorizada y en este caso la de quién. ¿La de Ventura, la mía? ¿Qué distancia hay entre lo hecho y lo narrado? ¿Qué se perdió entre su versión y lo que yo entendí?

-Para, pues seré yo quien se pregunte si debo creerte.

-¿Y tú me crees?

-Sigue.



-La última es la salsa de la presunción y en esta noche del baile de las conjeturas podemos presumirlo todo. Es un cambio fuerte, todo puede ser y suceder, entramos en la órbita de los posibles. Las apuestas se abren al infinito.

-¿Es todo?

-Casi.

-¿Cómo casi?

-Hay una posible sexta salsa y que se diluye en ninguna receta. La del conocimiento válido por la constatación de ausencia, el valor virtual de lo ausente conduce a la verdad.

-Entiendo sin estar segura.

Ambos pensaron en cuerpos faltantes. Manuel, Grazia que era para Paolo una inexistencia sin camino de recuperación, trocada por obsesiones de puertas, senderos, entramados esotéricos en plazas.

Su silencio lo destacaron las campanillas de la puerta de entrada señalando un movimiento.

-¿Es cierto que los cocineros de la trastienda adoran dioses con seis caras?, preguntó Fernanda.

-Y hay mujeres capaces de extraviar la única cara que tienen. ¿Quieres más té?

El último tramo de la cena fue menos confidencial y casi olvidaron la misión de la noche.

Cuando salieron a la intemperie, un manto de nubes tropical parecía haberse trasladado desde allá del otro lado del mar, cubriendo Barcelona y para llover hasta pintar un musgo espeso. Ocultando los sitios prontos para ser ruinas

futuras; imposible saber si el viaje había finalizado o era que apenas comenzaba.

**Los** recintos sagrados por finalidad tienen por el contrario la puerta disimulada y cuando se desconoce la manera de franquearla los secretos son inaccesibles. Yo creía conocer rincones y el sistema de respiración de la Plaza de la Villa de Madrid; es casualmente que pueden descubrirse los accesos ocultos. Temía descender al sendero que lleva a las ruinas y ello antes de haber deducido la bóveda del Observatorio Celeste. La relación de los planetas estaba vedada a los neófitos y debía conformarme con vías terrestres, aceptar que la plaza y el vacío de Grazia eran la razones de mi permanencia en Barcelona. Durante la equidistancia de recuerdos hallé el punto de fusión y recuerdo la densidad del momento privilegiado.

El sol tenía rigor de desierto urbano, el sonido del aire era similar al de Delphi cuando promedia agosto, había una cercanía al calor disolvente de alas de la mitología. Me estremeció un terror de remero encadenado cruzando en la noche cerrada la garganta del Bósforo. El temor desbarataba mi quietismo obligándome a huir del peligro e imposible de afrontar desde mi condición mortal, discerní de manera intuitiva caminos vedados y el agotamiento de ardidés dispuestos a salvarme. Recuerdo que deambulaban grupos de gente dispuestos a cortar mi salida e impedirme salvar el pellejo dando tres vueltas a la plaza; igual me acerqué a los escapes advertidos y coincidí miradas de rechazo, obligándome a retroceder.

La miseria de la ciudad con la carga de guerra civil y misterio era el plano fijándose en mi cerebro. Por la calle de la Canuda era insensato intentarlo y el calor tenía efectos de droga fulminante, los comercios cerraban temprano, la gente formaba legiones tras sus almuerzos, temí que adivinaran mi miedo y la dependencia con el lugar que materializaba mis fantasmas protegidos. Me recosté tomando aliento en la pared de la calle D'en Bot, crucé turistas pidiendo indicaciones que desconozco; quise avanzar siguiendo Duc de la Victoria. Venían hacia mi grupos de muchachas con bolsos, empleados en su pausa y temí cruzarme con alguien conocido.

Regresaba al centro imantado de la plaza cuando advertí el pasaje de Magarola. Si no podía salir debía esconderme hasta la desaparición de la gente, sentí el repliegue del temor y busqué el hueco sin discernir si era callejón ciego. Sentí aromas y murmullo de gente viviendo sin nadie interrumpiendo mi marcha; era un tramo de pocos metros que avancé sin presentir que al final había la movida de una cocina de restaurante. Salían por las ventanas olor de fuentes de macarrones con salsa y queso, el golpe de cuchillas sobre tablas de madera, conversación de mujeres trabajando.

Nadie aparecía y supuse poder eludir los custodios de las otras salidas, lo extraño era la existencia al final del segundo pasadizo de una brecha de fuga entre construcciones viejas. Allí no podría pasar un coche y apenas una moto, temí estar

ingresando en la trampa con los ojos abiertos, divisé al final una puerta enrejada, entre sol y pensamientos vi gente detrás del cristal de un acuario seco. Podía tratarse de otra ilusión; viví en esa intersección espacio temporal un choque la urgencia de escapar, el sofoco de sentirme atrapado.

Los encierros son situaciones creadas por otros, lo insoportable de la trampa es la vergüenza de ingresar sin comprender signos cuando se es fiera acorralada. Final de trama orquestada donde Grazia fue cebo principal, el taxista comparsa para hacerme creíble estar actuando en mi sano juicio y el hotel asignado la encerrona final. La conspiración de todos contando con mi ingenuidad me ubicó en el lugar de Barcelona donde resonaba mi infancia con cicatrices.

Corrí por ese túnel consciente de una reja en la meta imposible de romper con el pecho, apuré el paso sabiéndola cerrada, imaginé detrás de mí algo oprobioso clausurándose a medida que avanzaba para impedirme retroceder. Me dejarían llegar hasta asirme a los barrotes aunque gritara, más allá de la meta nadie escucharía y muriéndome por el camino equivocado todo terminaría.

Sucedió lo contrario a lo supuesto en esa carrera torpe y vacilante. Al final aguardaba otra decepción, cuando tomé con ambas manos la reja no hallé la resistencia de cerrojos, con ruido de bisagras de hierro la puerta cedió pudiendo pasar al otro lado. Las formas eran gente caminaban por una calle con bullicio de fiesta, negocios con música de discoteca diurna y olor a bocadillos de tortilla con cebolla. Marché

siguiendo la corriente del primer grupo y a los pocos metros retrocedí; caminé en sentido contrario ignorando dónde estaba si acaso seguía estando en Barcelona. Me tranquilizó distinguir al fondo las agujas góticas de la catedral, escuché pájaros y divisé arboledas, me recosté en la columna de una zapatería y reconocí la calle; la había atravesado cientos de veces para llegar a Las Ramblas, la Plaza del Pí y refugiarme en el cine las tardes de calor sofocante. La puerta daba a la calle Portaferrisa y comprobé que su función era de ingreso sin salida.

Dejé pasar dos días antes de regresar a Portaferrisa con la intención de encontrar la puerta. La recorrí varias veces sin hallar nada parecido a lo vivido cuarenta y ocho horas antes, supuse haberme equivocado; de recurrir a mi lógica hubiera evitado la pérdida de tiempo, de creer en la verdad de los números y el pensamiento masón de algunos arquitectos, debí deducir lo que costó trabajo y angustia. En una puerta inexistente, falsa entrada ubicada entre el 13 y el 13 de la calle indica que allí "no puede haber" un número y menos una puerta. Me detuve ante ese llamador, empujé la reja y nadie se percató como si sólo yo pudiera entrar por esa puerta de perdición. Estaba con otra perspectiva en el mismo pasadizo de hace dos días y en el sol de mediodía podía escuchar mis pasos. Un hombre bebido estaba acurrucado junto a un portal sobre un cartón y la cabeza tapada por una cazadora de cuero al borde del harapo. El corredor de ventanas y ropa tendida podría conducirme a

cualquier lugar inhóspito. Disfruté ese desandar por la felicidad del hallazgo, avancé con cautela y terminé mi marcha en una pared, me pareció oír música de circo, banda de música de plaza pueblerina.

Caminé hasta reconocer el calor de la tierra y el ruido de mi plaza esperándome, en un banco de pendiente encausada a los bajos un hombre levantó la botella de vino y saludó, a sus pies el perro ladró quedo mirando a un conocido extraviado pasando de una vida a otra.

**-Tome** mi ejemplo si lo desea, en la situación actual y a pesar de mis afanes soy apócrifo; usted me compara con Manuel y como lo presumo inteligente hará un esfuerzo por deducir mis pautas específicas. Luego terminará por encallar en las diferencias con el amigo lejano. Quienes nos consideran auténticos nunca están cerca, los perdemos en la ruta y para el resto somos falsificaciones. ¿Ante quién es usted el ser verdadero que nadie puede copiar? Seguro que para alguien ausente de su vida actual, persona desconocida para mí, para sus queridos amigos Fernanda y Manuel una sombra apenas. Los cuerpos son falsos, malas copias de otros cuerpos pasados entre muchos brazos, esperando finales crueles y epílogos desabridos. Fernanda está incómoda con nuestra relación que la hace sentir insatisfecha, inventará dentro de poco una crisis existencial, el deseo de estar sola una temporada, la excusa de confusión de sentimientos y saldrá de mi vida dando un portazo teatral. Correcto destino para un descreído como yo, pero usted ande con cuidado, es de la raza de los desesperados, lo adivino y sin esfuerzo yendo detrás de situaciones peligrosas, hipnotizando casi, excitado por lo próximo del encuentro.

-Cínico inteligente, charlatán... Usted tiene contadas posibilidades en el catálogo.

-¿Lo ve? Duda entre verdad rotunda y falsificación sin agresión.



-Habla con autoridad, aparenta ser implacable tratándose de cuadros y desconocidos y me mete a mi en la olla podrida cocinando a voluntad sólo con la versión de Fernanda.

-Acostúmbrese a desconfiar de los sentidos visibles. Debo admitir que hizo bastante por guardar sus secretos.

-Tampoco se trata de grandes misterios cuya revelación tendría insospechadas consecuencias. Me reservo algunos datos para que toda vida social sea algo más que charlatanería insulsa.

-Usted hizo del nacimiento en Roma ciudad abierta y su filiación dolorosa un misterio.

-¿Cómo lo sabe?

-Entre las explicaciones posibles se inclinará por la primera. En ella suponemos un descuido por su excesiva confianza, mi habilidad para hurtar un documento y curiosear.

-¿Y en la segunda?

-En la segunda, en la cual, recuérdelo bien, nunca deberá creer, soy reencarnación y en vidas pretéritas conocí a sus mayores. En especial su padre, acumulando en cada tránsito poderes ocultos tendientes a una percepción superior.

-Pero eso es falso.

-Claro, claro... es una falsificación. Ándese con cuidado en los próximos meses, quizá la noche del día menos pensado encuentre a la mujer equivocada.

**La** vida sería sin la piel de Grazia en Turín, en un golpe de efecto las arcadas y plazas céntricas confirman esa ausencia. Al despertar del sueño un hombre sabe si la mujer está junto a él como hace seis horas o lo acaba de abandonar para siempre; dejándose llevar por otro deseo antagónico, prefiriendo diseminar indicios y ser perseguida comenzando la repetida comedia de los desencuentros. Falta aquella Grazia amaneciendo en la cama deshecha del hotel de Turín.

Es una mañana de oprobiosa temperatura y paletas de ventilador rotando lento por el aceite, mugre adherida y dos moscas girando en el techo la farsa del aire removido, movilizando vaho de resistencias viejas y recalentadas. El hombre en la cama observa hipnotizado el coleóptero mecánico dejando fluir los finales probables. Desconoce ahí que años después perderá un amigo en trópicos al norte del Ecuador, dialogará con farsantes fundamentados y tratará de inventar el pasado de mujeres desconocidas, ignora eso que está escrito y ni logra imaginarlo; menos que emprenderá la persecución hasta encontrar lozas sepulcrales. Nadie conoce el lugar exacto donde una cruz de cal y brocha gorda marca su tumba por anticipado. Ese orgullo de vientres distendidos, ombligos anudados, fechas determinantes, signos zodiacales, tierras, ciudades, naciones, continentes; la turbia sabiduría de placentas tiene signo de interrogación al otro extremo, conocemos apenas nuestros lugares de muertes preliminares educando el abandono.

El ventilador en el techo le seca la garganta dejándolo sin habla. Habrá un autobús, mejor un tren arrancándolo con dolor de Turín y la mujer que concibe la pasión como fuga sin final feliz ni despedida, nunca habrán restos de escritura tocadas de Grazia: ella dejó un pañuelo de seda amarillo, olvidó en la premura un esmalte de uñas tirando a lila pálido. Tendido sobre el colchón después de noches de vivencias intensas el amante repudiado padece con rabia el resignarse a los razonamientos. Hipótesis irrefutable: Destino es el momento en que la voluntad se desmorona haciendo la trama promiscua, tejida con pericia de causa y consecuencia se incrustan en la vida hasta inmovilizarla.

Ella es ausencia, sonido del cuerpo alguna vez tenido. Grazia fue la mujer nunca conocida, olor de una piel irremplazable que jamás volverá, miedo a darse la cabeza contra las piedras de Roma, otras piedras romanas en un campo portuario donde llegó el Imperio magnético de las pasiones.

-Debe de ser un error.

-Claro, siempre son cosas así.

-¿Qué ciudad me dijo?

Paolo seguirá partiendo, nunca habrá descanso para su deseo y pocas cosas para llevar, tampoco regresará a su apartamento, la portera se encargaría en su ausencia de acomodar el desorden y efectos personales. Decide permanecer en el hotel del incidente bebiendo cerveza en lata hasta el aturdimiento, confiando el Destino a la vejiga

hasta que salga el tren suyo a Barcelona; aunque el conserje dudaba respecto a Barcelona y además da lo mismo: cualquier sitio es apropiado para buscar creyendo que se sigue buscando.

-**Ya** que nunca hicimos el amor podríamos hacer la muerte, dijo Paolo .

-La vida tal cual va es breve para lo uno y lo otro.

-Es buen plan, conozco parejas que sistematizan el Kama Sutra sábado a sábado con sahumerio, aceite de patchouli en axilas y música cantada de templos con mendigos. Nosotros podríamos intentar el arte del abandono, la muerte tiene más posiciones que el amor carnal.

Paolo estaba lanzado a provocar encuentros abrazando la nada. Grazia y Manuel perdidos en la ciudad desnuda y la selva, rotando en pensiones de mala reputación cada vez más sucias, confundándose con la violencia de traficantes según el suponía.

Su encuentro con la plaza provocó un movimiento de simultaneidades, inventando el lugar donde convergen ausencias hasta dar vida a espacios inanimados. Sin ella suponerlo, Fernanda estaba en el lugar donde Paolo reconstruyó su historia alterando el argumento original. Ellos conversaban sobre la posibilidad de falsificar conductas y coincidían en que Barcelona puede contener las ciudades dejadas atrás destilando un karma urbano viscoso.

-Somos mayores para jugar a ser los otros, siguió Paolo.

-Pasamos la purificación mediante las especies, dijo Fernanda. Se acerca la transformación por el alcohol. Consideramos la transmutación espiritual y olvidamos los cuerpos, si vamos a seguir adelante tratando de saber quién era la infeliz de anoche, tampoco la hallaremos en el

recuerdo del hijo de puta de Manuel. Que se pudra en la selva tropical.

La miró sorprendido, sintiéndose un imbécil por el asunto absurdo de seguir el rastro sin indicios de la mujer golpeada por Ventura. Invertir tiempo en el vacío era poco rentable, él pretendía inyectar sentido a su historia disuelta, cuando dejó de ser secreto y en la vergüenza de contarlo, derivando en asunto de desconfianza y burla.

De ahora en adelante deberá tramar historias de amor creíbles semejantes a boleros caribeños, cortar la tontería furtiva de Turín y trenes al tanteo llegando a Barcelona tras la combinatoria de lencería y felación.

Le quedaba en la mano la carta oculta de olvidar por la falsificación. Augusto se reiría de su cínica capacidad de augur. Odió a Ventura y la irrupción esa mañana en su mundillo de precarias seguridades, incapaces de resistir el menor análisis, con aliento suficiente para sobrevivir, se detestó por brindar una ayuda cuando era él quien la venía necesitando. Fernanda, como argumento demoliendo palabra tras palabra su peripecia era un fastidio buscado, en el trébol de lluvia y rumor cercano de tumbas romanas aceptó los desplazamientos de la incomodidad.

Fue un sinsentido seguir a Grazia. Salió detrás del cuerpo del abandono y la necesidad de justificarlo, hasta cambiar la soledad de semanas por la menos grave denominación de derivas pasionales, reduciendo la vida a la rutina de

encuentros y adioses sin creer en la hipótesis de la pareja estable.

Para sentirse vivo leía la novela de los indicios, leía detrás de la mirada ausente de Grazia y en las formas de la plaza esa. Reconstruyendo recuerdos del amigo disparado al infierno americano, desacreditando dichos de interlocutor ocasional, indagando encuentros tensos con Fernanda. Interrogándose sobre su juventud subastada Paolo buscaba la certitud rotando en rostros cambiantes del entorno: divinidades antropomorfas en las que descreía.

Fernanda mandaba estando dispuesta a trampear, pronta a utilizarlo hasta probarle que él era un error destinado a desmoronarse. La imaginó narrando con parsimonia el pudrirse de Manuel y recordó la despedida en el aeropuerto. No obstante la ironía estaba pensando en Fernanda, sería ella la encargada de cuidar a ese pobre extranjero y habitué de plazas recoletas de Barcelona. Paolo era la lluvia deduciendo esos días sus oscuros postulados de comportamiento en un plano inclinada, la continuidad del agua desdibujaba apariencias, ahogaba rumores induciendo un silencio amenazante.

Estas noches en las que estamos rondando unos cuantos sectarios, Barcelona suponía la irrupción del mar invertido, las nubes oleaje suspendido rompiendo en calles perpendiculares a la costa, cúmulos de la materia tras estados intermedios, estratos cúmulos habitados por peces

voladores. En la ciudad tal como estaba era imposible mirar el cielo a los ojos.

Como otras veces desde que se conocieron Fernanda debió tomar la iniciativa; una vez más sería la otra mujer en su relación con un hombre, aunque no se trata esta noche de sustituir a la finada madre ni a una amiga cualquiera. Por las circunstancias y un oscuro deseo ella advertía en Paolo las ganas de modificarla, estaba habituada a los fracasos en varios intentos de ser ella misma. "Siempre hay un detalle, el error determinante -pensaba- para que los hombres prefieran a la otra mujer. Elijan la soledad y la ausencia." Nunca pudo sacudirse en cada episodio sentimental la pregunta sin respuesta por el gesto que introdujo la ruptura. Era más sencillo aceptar la muerte de la Fernanda sin desplegar en su totalidad. Abandonó a Augusto por esa sensación de sonrisas fijadas y más terribles que el temor a quedarse sola.

-La soledad es el mejor amante, siempre te espera en casa, jamás te asedia con celos ni te regaña por el café.

-Tiene lo suyo, aunque hay dificultades cuando llegan los deseos de acariciar.

-Yo besé a la soledad en la boca.

De la complicidad se encaminaban al extrañamiento. En un cruce de la noche, alguno de los dos comenzó un viraje cerrado de autenticidad simulada a falsificación grosera. El efímero intercambio de experiencias era insuficiente para sustentar la ignorancia creciente y desafiante. Descubrieron



ser poco más que la reiteración de una broma tonta y la voluntad de Manuel continuaba guiándolos a distancia en control remoto.

-Suenan a bolero italiano.

-¿Y qué? Tienen mucho de autenticidad vivida.

-¿Quieres hablar de verdad?

-Querido, estamos en una charada trágica, estupenda por lluviosa y pretendes que sea una terapia anticipada. Pasado mañana, cuando nuestra charla sea un agradable recuerdo retomamos el caso, con cierta distancia en relación a los hechos que todavía están por ocurrir.

-¿Agradable dices? Recuerda a Ventura.

-Es cierto, está el dolor de tu querido amigo... cuando uno se compromete a fondo y súbitamente en algo tan extravagante los objetivos se van olvidando. Tampoco creo que estés aquí y me hayas llamado únicamente por Ventura y su desgraciada experiencia.

Paolo calló, había razones que podrían explicar su presencia y difíciles de formular, a ojos cerrados él creía estar actuando por Ventura, estar por Grazia y por él. Ventura estaba lejos permitiendo con cierta cobardía que otro solucionara su problema. Grazia fugó de Turín y él charlaba con una mujer que besó a la soledad en la boca hasta sofocarla seguro con la lengua.

-¿Ves?, continuó Fernanda. A esta hora de la noche es imposible estar en la certitud de algo.

Nadie miró la noche ni consultó la hora, el agua trabó el pasar del tiempo a pesar que los relojes a cuerda continuaban su avance, fraccionando cualquier cosa menos las horas nocturnas resistiendo la fragmentación. La acción llevaba a confundirse en un horizonte de lluvia donde los hechos se sucedían sin justificarse por antecedente alguno, el diálogo se producía en un presente disparando conjugaciones en todas direcciones.

La inseguridad nunca se refiere a hechos sino al momento oportuno, la coincidencia de minuterios de compleja trabazón. La hora cuando Grazia salió sin avisar del hotel de Turín, la transcurrida entre la información y la compra por Manuel del billete de avión a Colombia, la hora encerrada entre la primera palabra de Ventura a la desconocida y el despertar en la pesadilla. Paolo se descubría condicionado por la testaruda voluntad de los otros y su vida circunscripta al trabajoso reacomodo de escenas repetidas.

**Lo** inquietante del Palacio donde funciona el Ateneo, resultaba la continuidad invisible desde el exterior entre la biblioteca y el jardín recoleto. Poniendo atención, desde ventanales con picaportes abriéndose en tardes calurosas, el lector que se atreva puede ver simetrías vagamente moriscas y canteros; concentradas por una fuente de modesto emirato y la penetración vertical de palmeras, sugiriendo la posible existencia de un desierto en el recinto. Ello estaba en la calle de la Canuda y demostraba la existencia de un sentido previo a los hallazgos de Paolo. El romano deseaba poseer la plaza desde la mayor cantidad de perspectivas e inventó la excusa adecuada a su condición de urbanista. Ese pseudo interés profesional le permitió ingresar al edificio una tarde para nutrir el plano mental de casualidades y sumar datos sabiéndose cerca del descubrimiento.

El jardín estaba suspendido y para acceder había que subir la escalera del Palacio. Transpuesto el segundo ambiente golpeaba el espíritu esa combinación de verde y sol en un perímetro vertical con paredes de inmuebles vecinos, desde esas alturas se sumaban elementos de decoración periférica. “El jardín de las delicias próximo a la plaza” pensó Paolo, descubriendo que nada era casual y ensamblaba en un organismo del cual la gente advierte parcelas aisladas.

Lo comenzado tiempo atrás con visión fantasmagórica era modelo a escala del universo. Los recintos estarían relacionados por un sistema codificando un saber:

cuadratura del círculo, ecuación de la distancia entre cesárea y muerte, tiempo previsto del hombre en la tierra, el año de la rotura de los Cuatro Sellos, entrada al Infierno, el Destino incierto de Paolo.

Así como en los desiertos ninguna piedra es casual, en la selva citadina era "imposible" concebir piedras accidentales. El jardín modernista recordaba interiores de califatos taifas, ello acentuó su certeza sobre la existencia de un Observatorio Cósmico oculto. "Un jardín para las estrellas, movimiento de constelaciones, punto de observación y densidad del oráculo. El horóscopo verdadero al alcance de la mano." Los misterios rondan el cielo y él consideraba su estancia en Barcelona como cierre del circuito "cuando me acerque al secreto de esa plaza."

Hasta el jardín llegaba el canto de pájaros urbanos, era media tarde de verano y el Ateneo sin la ebullición de los exámenes estaba tranquilo; quedaban aparcados ancianos bebiendo zumos y marcando números de Lotería. La vida estaba anestesiada con algo de secta sobreviviente entre los asistentes, en sillones de cuero unos jóvenes buscaban concentrarse acuciados por entregas atrasadas. El verde de una vegetación concebida para resistir el verano absorbía la luz, la fuente prodigaba tímidos chorros de música. En pocos metros rondaban formas elementales: el ardid de ocultar jardines en el aire, cementerios travestidos de plazas y la aureola presentida del Observatorio.

Si los espacios eran interesantes, lo valioso era la presencia del sistema juntando fuerzas de atracción y rechazo. Paolo descartó pensar un complot, conspiración de planos y construcciones de intrigas folletinescas. Coincidencia en espirales autodestructivas, estaba en el centro de la relación de plazas esotéricas que eligieron su memoria para conectarse de manera patológica.

Ni hubo sorpresa por la Biblioteca, "necesariamente debía estar allí" pensó y se ingresaba por una puerta entornada. La primera sala estaba destinada a catálogos y ficheros; en el recinto de la información en cartulinas resistiendo respaldos de la informática la biblioteca se bifurca. A la izquierda otro reducto guarda el fondo de enciclopedias y diccionarios; siguiendo esa dirección, a la izquierda está la sala de lectura con ventanas dando a la calle de la Canuda. Largas mesas alineadas con tabla inclinada, maderas ahuecadas para tinteros y lámparas rematadas en opalinas; había lectores memorizando Decretos Reales garantizando el buen funcionamiento del Estado y manos invadiendo cuadernos con escrituras obsesivas.

Allí termina la aventura a menos que el visitante regrese sobre sus pasos, si no se detiene ni sale por la entrada descubrirá el segundo sector desplazándose hacia la derecha. Lo primero es la ubicación sobre una tarima del bibliotecario de turno, cuya mirada atraviesa la continuidad de los tres espacios. El silencio progresa en su ausencia y el intruso roza estantes con volúmenes nunca consultados por

lector alguno. Hay belleza rara en los corredores y barandales del segundo nivel, las distintas decoraciones de los techos donde se pasa de estucos geométricos y voluminosos, trabajados a la hoja dorada, a pinturas directas sobre el material, imágenes remotas del clasicismo decadente.

Acosado por el deseo de que cualquier idea funcione en el modelo obsesivo, Paolo sintió topar con frescos de la simetría y continuó ensamblando fragmentos especulativos. Con ansiedad generada en otro hallazgo llegó hasta la cafetería y pidió una Schweppes con hielo y limón. Un hombre pequeño ya mayor, de pelo blanco y puro en los labios le puso la botella sobre el mostrador, con esa certitud de conocer el lugar del cosmos donde los sorprenderá la muerte. El silencio ayudaba a entablar una conversación, aunque fuera sobre el tiempo y la tranquilidad a esa hora de la tarde. El hombre evocó el trabajo de las semanas de oposiciones, cuando la biblioteca se llena de estudiantes y profesionales que hicieron allí su carrera.

Paolo se acercó sin dejar de hablar a una de las ventanas y descubrió un ángulo de visión brujo para la plaza. Estaba en el punto opuesto al detectado desde la ventana del hotel de enfrente, la primera noche en Barcelona; en aquellos días, mirando la pared del Ateneo nunca imaginó en su interior tan próximos el jardín y los libros. "Eso me pasa por saber sin poner atención", pensó. Con el olvido de buscar a Grazia renunció a ese deseo que fue perdiendo

radioactividad, estaba extraviado en otra tarea de las horas y agotadora hasta el desfallecimiento. Dibujaba el plano de su locura. "Bueno –se dijo-, quizá haya delirio en buscar un Observatorio y nunca lo encontraré aunque lo siento cerca. A manera de consuelo conocí estaciones de trenes, jardines suspendidos, cementerios sin lápidas de identidad e iglesias derruidas. Debería ser suficiente."

**La** primera noche aquella en Barcelona, luego de que el taxista lo dejó en el Hotel Villa de Madrid y contempló desde el balcón la plaza de los sepulcros, cuando lo vencía un cansancio anterior a Grazia que arrastraba desde la adolescencia se dejó caer en la cama a fantasear un encuentro íntimo, repetido esa noche en un sueño recurrente y retenido en recuerdo consciente. Escena reproducible en la vida cuántas veces quisiera con variaciones de las imperceptibles.

En el recuerdo, sueño cristalino y fantasía, en la materialidad del pasado corporal una irrepetible Grazia desnuda abría la puerta de la habitación sabiéndolo estirado en la cama, como lo había visto por última vez antes de abandonarlo sin una explicación de despedida. Saliendo del mar turbio de otro amante imaginario ella llegaba al encuentro desvestida y descalza, morena sin el sol endiosado de Ishia, pelo tirante hacia atrás y cara despintada exceptuando los párpados. Ella se detenía –en esa escena recurrente- delante de la cama sabiendo y confesando con el cuerpo, en la escena recurrente, esperando que además de despierto él estuviera vivo, ansioso hasta la indiferencia de la erección que está en el deseo fuera de control.

Resistían tocarse los primeros minutos, se acariciaban amándose y obscenamente con la mirada el cuerpo en la penumbra; así por un buen rato hasta coincidir en el acto pactado de suponerse fornicando con el frenesí de quien



paga una puta obsesión de dependencia. La desventaja del descontrol era ostensible en Paolo y su sexo se hinchaba durante el toqueteo en perspectiva visual, masturbado a dos manos por hadas fálicas ninfómanas. En el anhelo de perpendicularidad se dejaba caer a uno y otro lado, como si una tercera lengua cómplice lo estuviera lamiendo esperando para chuparlo en la concavidad del glande retocado: irrigados nichos cavernosos hasta la curva ascendente y venosa de la verga, cuando el frenillo alcanza la máximo elasticidad y hay nostalgia de la circuncisión. En el sueño de cuarto de hotel sofocante, duplicando habitaciones frecuentadas hasta el orgasmo en las primeras semanas del encuentro nunca se producía el acercamiento antes de esa tensión y tal era el contrato. Grazia tomaba la iniciativa del protagonismo, se dejaba atar con nudos de pañuelo de seda y cegar con anteojeras de dormir a oscuras; flexionaba una pierna de bailarina de la India sensual hasta apoyar el pie descalzo en el colchón, a la distancia desde donde se oía el murmullo creciente en labios vaginales latiendo. Con la mano derecha, el dedo anular de su mano derecha ella reproducía gestos púberes perfeccionados hasta dominar el clítoris amazónico. Emergiendo de pliegues reducidos y al sentirlo compacto recurriendo a la yema del dedo, iniciaba la masturbación de incipiente varón sin eyaculaciones. Con el dedo mayor de la segunda mano y ojos cerrados cubiertos de otra seda negra, mirándose apenas estaba en el espejo, imaginándose

hombres y mujeres y los otros sexos que la observan de cerca, fumando y bebiendo a sorbitos licores de colores. Concentrada en el pene ritual del romano ella extraía los primeros humores sensuales, los aplicaba lenta en la elástica concentración de su esfínter anal, ella abriéndole sin prisa doblegando su resistencia muscular apurando la inminencia de un goce reflejo. Ambos sabían cuando era el minuto de desplazar los dedos, todos los dedos de todas las manos concebibles. Él descendía de la cama después de asegurar los nudos y ella dejaba los pies apoyados con los talones firmes en el tapiz del piso, el cuerpo maleable por la cintura hasta apoyar vientre y pecho sobre la ropa de cama perturbada. Brazos abiertos y manos retractiles, cabeza en la superficie del lecho fijando la frente perlada en ángulo y bajando los párpados pintados para sentir sin ver. Así posicionada, ella modificaba el orden anterior de las dos manos libres acariciándose con la derecha, con la izquierda escindía muslos y glúteos aceptando de mano propia el primer desgarrón del daño convocado. El sexo de Paolo gota goteando el humor traslúcido, sin haber sido tocado se deslizaba por la línea divisoria del culo como el onceavo dedo, hasta localizar en irrupción profunda el ajuste apropiado, ángulo preciso a la penetración, lubricación para sodomizarla sin ungüentos, como hacían los muchachos las noches de verano entre ruinas romanas. Después condescendían en gestos archisabidos de la fornicación, combinando palabras dulces y expresiones soeces

escuchadas en películas porno de plomeros y enfermeras depiladas. Era esa forma aceptada de iniciar el amor en una orgía de brazos y manos, como tienen los dioses de los otros, era lo que él extrañaba sin control en los sueños.

Lo despertaron de esa conjunción de obsesión y descanso gritos de una pelea de borrachos por el botín de la basura y ya sin Grazia igual que en Turín desolada los últimos tres días. Se levantó y fue a ducharse porque el cuerpo le ardía; entendió cuando sintió en los muslos el descender espeso del semen oloroso y onírico como si sus piernas fueran las de Grazia. Era verdad ese humor testimonial: no estaba seguro de nada ni creía querer estarlo ante la eyaculación precoz de la memoria.

**-Antes** de seguir adelante necesito pasar por casa, dijo Fernanda.

Continuando la lluvia de vigilia y sin el sueño circular de Grazia, Paolo acató la invitación teñida de orden. Postergaba la búsqueda del nombre, un trabajo de ocho horas, cualquier cosa de la desconocida a indagar esa noche: debía mantener en la mira los objetivos plurales de la salida nocturna. Paolo regresó a la Plaza de la Villa de Madrid tras respuestas en callejones terminando de conformarla en la periferia y si algo debía resolver en Barcelona relativo a su vida sería en esa plaza.

En la lluvia sin Manuel, Fernanda provocaba la pulsión de rescatar algo de lo dejado en la piel de otros, pellejos usados de Fernanda desparramados en el departamento, necesidad de tregua haciendo soportable lo que falta de la noche. Los fantasmas de la madurez destriparon a la niña adherida al vaho de cristales cuando acudió –¿fue hoy?- a la llamada de Paolo. Tenía necesidad de desvirtuar la Fernanda habitando la mente de Paolo, aniquilarle ese romance asexual de sobreentendidos falsos desde el inicial, sostenido por bromas sin gracia ni cenizas de imágenes pueriles. Asumir la responsabilidad de eliminar a Manuel y con él la Fernanda del seminario, la misma y la alterada del cruce con Augusto. ¿Acaso no fue eso lo pedido por Paolo?

El romano necesitaba algo que podía pedírsele a ella solamente, ser por unas horas otra mujer y si de eso se trataba Fernanda quería hacerlo en la próxima hora,

guillotinando de una vez por todas la serie trabada de confusiones. Es absurdo guiarla, ella conoce el camino hasta la zona alta de la ciudad pasando Travesera de Gracia y conduce con rabia excitada de quien se guía en desprecio automático. Paolo sin existir ella será con alguien la mujer que es en soledad, nunca nadie conoce nada del otro a pesar de las apariencias. "Paolo nada sabe de Manuel -pensó Fernanda- a pesar de creerlo. Es preferible dejar latente la ignorancia, diálogos entre seres perdidos llegando a confundir la mano con el amor y dormir una noche juntos como la mayor hazaña de la vida."

Dentro del coche se escuchaban las respiraciones, el cambio de ritmos acusando el cansancio y la toma prestada de iniciativas. Los cuerpos transportados se acomodan avanzando a la búsqueda del tercero y nada encontrarían salvo lo impensado. Buscar carecía de sentido, estaban dentro de la lluvia siendo más inextricable salir del laberinto que continuar hasta su centro imantado, cruzaron la curva del sueño y con suerte quedaría dormir alguna hora antes del mediodía. Buscar en todo caso una sorpresa, la ilusión de cambiarse vistiendo los cuerpos con ropajes prestados.

El reloj de la iglesia cercana dio un número impreciso de campanadas cuando los pasajeros de la noche se encaminaban a la lucidez cauta de quienes suelen dormir. Ellos desconfían recordar que deberían a esa hora estar dormidos y soñando.

**Si** una vez pudiera estar así de tranquila dentro de la lluvia, envuelta por una cortina tenue protegiéndome del mundo como esta tarde, fumando acurrucada en el sillón, recuperando la posición fetal con un té caliente y sin estar dispuesta a salir, creyéndome la eternidad de ese intermedio. Es difícil para una mujer evitar hablar sola cuando la pareja es el error de los demás, lo que se habla cuando nada se tiene.

Sonó el teléfono como letanía de un ex amante celoso y era la voz de ese hombre invitándome a un encuentro, del mismo que llevo a casa para saber si se atreve a intuir mi situación previa a su llamada. Desobedecía defensas levantadas sin mi consentimiento, como vamos a la llamada de un hombre por él o por otro que aparece distrayendo el hastío.

Venía siendo un día terrible; la soledad necesita horas para volver insoportable la gente conversando, saliendo de las casas mientras quedo encerrada en la odiada quietud. Mierda del encuentro con uno mismo, me fastidiaba salir de este día. Le temo a los atardeceres impuros sin ver apagarse la luz y Paolo podía ser nexo con episodios pasados. Es un hombre agradable, se puede estar bien junto a él; esperaba encontrarlo menos impaciente, sigue considerando a Barcelona la última construcción al borde de la selva donde estará mal viviendo Manuel. El amor nunca sería la fuerza capaz de arrastrarme ante él sino la certeza de verlo

agonizar. Saber que jamás recibiré cartas preñadas de sellos multicolores desde la cordillera americana.

En cuanto reconocí a Paolo cargando con urgencia el asunto de cuerpos desaparecidos, mi disposición a revisar recuerdos se desvaneció. Era un muchacho con moto nueva desesperado por desvelar un secreto de varones acosados. Moviéndose, sofrenando impulsos y conteniendo la carcajada me contó la historia trágica al inicio, desaforada en su desarrollo, delirante al final. Dios mío, el casto extranjero que redujo Barcelona al área de su piso y caminatas idénticas quería lanzarse a una ciudad desconocida. Buscando nada menos que la mujer golpeada hasta la muerte por su amigo. Perder la capacidad de sorpresa es síntoma de madurez, intenta vivir con la ilusión de recuperarla y la situación en la que estamos metidos prepara otra redención.

Es imposible que alguien me proponga ser otra pareja como nunca fuimos, parece saber poco de mujeres, yendo siempre detrás de lo dejado por ellos; como si su virtud fuera llegar cuando otros se fueron, estuviera destinado a abrazar vacíos, necesitar la ayuda del amante previo. Se alejó después de la separación con Manuel y evitó tener que escucharme monólogos del reproche. Hacerme el amor en una noche de borrachera caliente le resultaría insoportarlo y prefiere acercarse a través de los otros. De Manuel, de Augusto y ahora me pide dejar de ser yo para ser otra y esa historia absurda de la plaza... al menos en su delirio lo hace

bien, de proponérselo sería un seductor. Cuando está tranquilo desplegando esas narraciones se contamina de exotismo atractivo... plazas desheredadas, restaurantes hindúes confundidos con santuarios, vivencias infantiles de Roma neorrealista, mujeres misteriosas en bares liquidadas a las pocas horas... si lo escuchara Manuel se moriría de risa. Con mucho menos, pensaría, se puede llevar a una tía a la cama.

Necesita la exageración para sentirse considerado y esta noche la vivirá pensando cosas raras. Al menos nada habrá nuestro, conformándonos con secretos de otros y la sensación de la mutua ignorancia. Nacido en Roma y yo sin imaginarlo. Ignoro con quién folla ni por qué, menos cómo llegó a Barcelona ni la causa por la cual se queda en la ciudad los meses de verano. A través de mi cuerpo pretende alcanzar zonas protegidas en la mentira de una desconocida y se deja llevar dócilmente a casa. Pensará que voy a buscar dinero, me creará en noches de histeria, le fascina suponer que todo comienza como anoche en el cuarto de una mujer; en manos palpando ropa interior eligiendo lo adecuado a las finalidades, en entrepiernas húmedas con el olor intercambiado entre bragas limpias y las recién usadas negándose a aceptar el olor de mujeres misteriosas.

Ay romano... si supieras al menos el olor de la muerta, pudieras contarme si estaba rasurada en el coño y su clítoris era deforme, si supieras quien fue el penúltimo que la penetró hasta hacerla gozar. Andas detrás de mujeres



ausentes y nadie te presentó al chivato que por unas monedas te venda información. Ni tienes el coraje de meterte en la morgue para oler uno a uno los cuerpos fríos hasta dar con el de la desconocida. Ya que vas a cementerios disimulados por plazas allí verías cara a cara la muerte y podrías penetrarla. Dejarle caer una pierna de la camilla, follarla tomándola del cuello diciéndote que duerme por un encantamiento; te morderías para que nadie te oyera gozar y después penetrarla hasta correrte adentro de la muerta. Pensar que por fin la habías encontrado, resignándote a aceptar que ni luego de la muerte sabes quién es una mujer. Verías así que negarte a conocer mujeres vivas es el procedimiento erróneo para recuperar a las ausentes.

**E**l hombre ocasional se dejaba llevar sin resistencia. Paolo creyó tocar el límite de sus posibilidades en la tarea asumida con entusiasmo esa misma mañana. Pasaron muchas horas desde que dio su consentimiento y nada tenía por donde empezar, marcas de cigarrillos, piel muerta debajo de las uñas, una agenda, etiquetas de vestido y tintorería, ni la tarjeta de un hotel; la palabra confusa apenas del amigo arrastrando periódicos disueltos por la lluvia, diciendo vaguedades sobre la consistencia repulsiva del día transcurrido.

La situación de Ventura quedó atrás para ser el resorte lanzándolo al campo minado con espoletas sensibles, evitando la explosión de recuerdos bajo tierra. Tanto pensó el diálogo del encuentro casual con Grazia que petrificó el recuerdo hasta ser escena símil polaroid. Como si se hubiera tornado a contemplar la mirada de la muerta rescatada, la silueta en llamas de la ciudad pecadora.

La mujer existente que conducía las acciones en la nueva secuencia introdujo el coche en el garaje de su casa. De las pocas veces que la había visitado nunca llegó al piso por el parking sino por la entrada principal del edificio, sentía en ese subterráneo, catacumba con portero automático, el rumor de otros pisos del inmueble en movimiento. La vida moderna es en buena medida subterránea, sobre el cemento del suelo con manchas de aceite y aserrín resonaban sus pasos como en una serie de tele que ocurre en San Francisco. En algunos rincones se filtraba agua sucia

formulando claros y había goteras despaciosas por fisuras en la calefacción.

Llegaron al ascensor que por casualidad estaba en el subsuelo; subieron en silencio, miraron la luz roja cambiando de un número a otro, instrucciones de peso y pasajeros pegadas al lado, la chapita con información para llamar en caso de avería. La caja era cápsula hermética donde es indetectable si se sube, baja o permanece en el lugar dando el ascenso por inmovilidad. El juego de números y luz roja resulta una ilusión de los sentidos suponiendo el error de que parece inmutable.

Así viajaba la memoria de Paolo encerrada en sus referencias, retrocediendo a destiempo, avanzando sin orden. Pensó en un ascensor de sus años vividos hasta ahora donde lograra accionar una botonera pudiendo el milagro de detenerlo en el piso vigésimo de sus veinte años. Esa invención de abrir puertas automáticas en años a voluntad lo puso en la encrucijada de elegir un año horizontal para recorrerlo nuevamente; pensó en el botón treinta y uno, el abrir de puertas y el tiempo que dura el subir de algún pasajero distraído contemplar el cielo de Turín, arcadas empedradas a la salida del hotel, avanzar con pantalón de muchacho y sombrero liviano el cuerpo de Grazia sin ropa, confundido con la sombra de estatuas virtuales.

El edificio tiene seis plantas y si pudiera la imaginación con la realidad, las palabras tuvieran el encanto de cuentos

orientales y los desastres fueran regulables, la puerta Otis se abriría ante senderos conduciendo a la región donde hay plazas con gatos castrados, prostitutas violentando la divina proporción, muchachos indolentes fumando, hombres mayores interpelando a niños pobres de regreso a casa igual que Paolo arrastrando el estigma de ser hijo del soldado de paso. Las referencias para el retorno son un pino, el ciprés al costado de los sepulcros como en la plaza de la Villa de Madrid.

Los ascensores autorizados se detienen en rellanos enmoquetados delante de puertas numeradas y cerradas.

-Llegamos, dijo Fernanda, lejana en omisión del juego emprendido por Paolo durante un viaje más breve que sus escapes anteriores.

**Ella** abrió cerraduras dobles y con un único interruptor puso desde la entrada la casa en movimiento, faltaba un autómatas parlante de forma felina dándole las buenas noches. Era la casa de una mujer sola por el momento, se observan huecos suficientes para que algún hombre los ocupara. Había en el lugar un aire precario pasible de ser modificado por decisiones tomadas en pareja y de común acuerdo.

Paolo no se hubiera sorprendido de haber encontrado sentado a Manuel en el canapé.

-Hombre, en buen lío te metiste. En cuanto me enteré subí al primer avión, perdóname el aspecto informal pero llegué con lo puesto. Alégrate, por una vez que te pasa algo interesante... y no quería perdérmelo por nada del mundo. Me dicen que te ocupaste poco de Fernanda, tampoco lo tomes como un reproche, tu sentido de la lealtad es de los escasos aunque a veces exageras. ¿Cómo fue esa imbecilidad de tu amigo Ventura?

Puede que Augusto.

-Llegó el romano. ¿Tuvo tiempo para meditar sobre nuestra lejana conversación? Usted tampoco es de los que morirá aferrado a la verdad. Míreme a mí, tan fantasma como el humo de la pipa. Fernanda le habrá contado pormenores de nuestro distanciamiento. Se lo adelanté Paolo, era imposible sostener la posición siendo apenas copia potable de un meritorio aprendiz de Bellas Artes. Cuídese Paolo, los astros le son poco propicios en el

horóscopo caldeo, en el bestiario chino y las vísceras aztecas.

Faltaban otras voces salvo una niebla emanando del equipo de audio, como si el pianista del bar del Hotel estuviera tocando el pedido de un habitué insistente con la misma melodía. Música para la hora del cóctel, seducción inhallable fuera de los bares, imposible de decir en plazas donde se producen artistas ambulantes. Monólogos declamados en anfiteatros donde borrachos sentimentales, locos de miseria y esperpentos persisten en divertir a los dioses e incordiar barrenderos.

-¿Algo caliente?

-Algo alcohólico, respondió Paolo.

-Nadie me enseñó a preparar el Manhattan.

-Tu tranquila que algo encontraré. ¿Dónde están las botellas?

-Donde siempre.

-Hace muchos donde siempre que no vengo por aquí.

-¡Toma reproche! Entonces piensa, las botellas se esconden detrás de puertitas en nichos con espejos biselados y luces de colores. Prepara lo que quieras, estará bien para mí. Allí hay revistas, música y eso. No tardo, me cambio y vuelvo.

Ella dejó el abrigo sobre el sofá y se encerró en el pasillo que da a las habitaciones, él esperó disfrutando la incursión en la nueva decoración. Observaba el paisaje interior haciendo un retrato robot de la cómplice viviendo allí

muchas horas del día. El decorado le devolvía las Fernanda distintas y objetos dispuestos, imágenes, títulos de libros observados a primera vista. Eran para otra que la que él llamó hace unas horas, otra sin ser la mujer de Manuel y la ex de Manuel.

A pocos metros, en otro espejo apocado por una volitiva luz erotizada Fernanda se contemplaba desnuda, fijando como cada día la memoria del cuerpo todavía deseable. Era ella y sólo ella podía observarse.

Encendió el parlante del dormitorio y de estar sola se hubiera presentado así, de ser otra la persona aguardando para penetrarla con furia sin quitarse los calcetines. El hombre aguardando era Paolo en su noche loca al encuentro de muertas, unas horas detrás de lo distinto. Se gustaba moviéndose como bailarina de club nocturno, colocando los labios en trompita, cubriéndose con una y otra mano el vello recortado de la entrepierna, incitando una platea de deseos girando lúbricamente alrededor del caño perpendicular. Abrió la puerta corrediza del armario y se enfrentó al guardarropa de algunas noches, sin parar de moverse al ritmo se calzó las bragas diminutas y negras. Se ladeó acomodando la simetría del culo sabiendo desde ahora parte del vestuario las medias ajustadas, zapatos estridentes de tacón alto, accesorios de estilo y provocación. Acarició los pezones y cuando los palpó duros se metió una camiseta con leyenda lasciva bordada en inglés con lentejuelas. El pantalón de licra dibujó unas piernas impensables aún viéndola desnuda,

recogió el pelo con pericia y colocó la peluca negra, lacia, larga, lenta, lúdica.

-Ya voy, gritó.

Del otro lado él ni abrió la boca bordando la paciencia de un marido trajeado, consultando la hora antes de ir a una cena de negocios.

Frente al espejo la mujer se maquilló con líneas profundas, tonos violentos pintando sobre su cara y con rabia la máscara de una falsificación vendida muchas veces. Ni se estaba disfrazando ni mintiendo, a lo más cumpliendo el pedido inequívoco de ser otra mujer. De poder hacerlo hubiera tomado un ladrillo para tirarlo al espejo donde coexistía la imagen de los tres, hace tiempo, apenas conocidos y descubrir la realidad del otro lado. Le llevó tiempo comprender el placer de mentir. Aceptar que ser dos o más sin ser alerta de paranoia es explorar posibilidades del guardarropa y variedad de bares del Ensanche. La molestia de comprar en dos tiendas irreconciliables y hacer el amor con distintos cuerpos desde la lengua materna hasta configuraciones del asalto final.

Mientras una parte suya se encarga de vivir aceptando el juego de la espera, superación de crisis sucesivas de pareja dejándose seducir de manera formal, otra vida se agrega hurtada por atajos y provocando encuentros. Vivencias fulminantes, colección de instantáneas, escapes cuando circula un doble juego de puertas; siempre y cuando el lugar valga la pena, existen dos puertas como hay un trajecito



sastre para exposiciones y encuentros en seminarios, la cazadora roja de cuero para provocar la noche sin ser incordiada.

Era la misma Fernanda delante del espejo, aunque estaba más próxima de la que besa la soledad en la boca y se deja lamer entre otras lenguas. Penetrar por dedos con saliva, cachetear e insultar por deseos violentos de varones con tetas siliconadas, desconocidos de urinarios masturbados siendo lolita nipona uniformada porque así lo decidió. Adecuada para ir al encuentro de otra mujer le importaba poco si la otra estaba muerta y quería operarse las lolas para ganar tamaño. Ella se entregó para besar la muerte en la boca, meterle la lengua hasta la campanilla y que la muerte violenta la penetre dulce y lenta, definitivamente.

Estaba con el cuerpo caliente y debía seguir en ese estado hasta el amanecer, de la puerta por la que había entrado al santuario de la transformación salió la mujer recordando vagamente a Fernanda. Supo al desnudarse que produciría una alteración en Paolo sin importarle el efecto sorpresa y disfrutaría viéndole delante del espejo partido, obligado a contemplar su Fernanda a los ojos y reconocer en esa mirada la falta de Manuel.

Para ver a Manuel deberá hacerlo a través de ella. Viajar en cuerpo y alma, saltar mareas, atreverse al corazón vegetal donde más rápido copulan y separan el agua y el calor. Paolo nunca se atreverá, quedará esperando en Barcelona un DHL mintiéndose la empresa de indagar,

callando información necesaria para desnudarlo. Si hay algo de verdad en él a posteriori de los comentarios tontos y la sorpresa disfrazada seguro que hablará; agitará la memoria hasta comprender la inexistencia de algo digno de callar, se trata de salvarse salvaguardando las pocas cosas recordadas.

La observa, ve fundidas en un cliché vertiginoso las manos de Grazia y Fernanda, de la desconocida y las incontables falanges de diosas de otros pueblos bañados por las aguas del Ganges. Contempla la divinidad de pezones septuplicados por la presión de una camiseta estrecha y presume un sexo que lo aterroriza. Los brazos de las mujeres se multiplican, cuando cree tener en contacto la mano de una otra se desvanece moviéndose como enjambre de mitades bajas de sirenas arponeadas, pegando con la aleta en la cubierta ensangrentada de paquebotes mientras se van a pique. Conoce ese canto en carne propia, sabe que sería un error detenerlo y está destinado a escuchar historias de tentación; aceptando que las mujeres y algunas como ciertas plazas, jamás confiesan el último secreto, menos si una noche hicieron el amor con otra sirena. Las sirenas entonan seducciones obligando a bajar los párpados, nunca se las descubre besándose en la boca, desgarrándose la espina central cartilaginosa, hasta exudar un humor parecido al agua salobre con algas podridas envenenando la sangre.

Paolo la observa con acomodada serenidad como lo haría si alguna vez topara con la Verdad Definitiva. Olvidado de Grazia el único sentido era el buscarla, encontrarla cara a cara terminaría en una revelación insípida, la risa compartida por un malentendido. Temía rehacer maletas cuando la plaza de la Villa de Madrid reconstruyera los motivos de sus salidas; se sentía capaz de alcanzar plazas de otro tiempo y descubrir las fuerzas circulares del lugar.

Ver a Fernanda arrojada para lo inconcebible lo emocionó sin estridencias, era otra mujer y siempre se trata de otra mujer. Como diría Augusto con desenfado, lo auténtico es el papel en blanco que nunca se observa. La trama de la tela es verdad y las pinturas sobreviven gracias a su poder de pervertir el mundo:

-Caramba, debió decir Paolo pues la situación hacía intolerable el silencio. Sea lo que sea que buscabas lo lograste y si nada buscabas reconsideraré mis criterios.

Fernanda se acercó hasta un estante, cambió de paquete de cigarrillos y puso otra bebida en la copa.

-Sin comentarios, replicó ella. Cuando nos decidimos a hacer las cosas lo mejor es hacerlas bien. Se trata de nuestra primera salida nocturna y si debe ser la última que lo sea por un buen motivo. Estoy harta de ver en ti la sombra de otro cuerpo... Manuel es muerto tuyo, no pretendas que sea mío. Tampoco sé si te ayudo o me entierro en tu consideración, ni me importa teniendo en cuenta lo poco que te conozco. Si merecía de ti apenas

caricias laterales bien puedo esperar que te tragues tu opinión y me dejes tranquila.

-Los únicos juicios que se me dan son los apodícticos, para el resto fui desapasionado y en esto coincidimos.

-Los italianos pueden contradecirte.

-Nacer en Roma nunca supuso llegar a ser un italiano. Eso es secundario, creo ser poco más que un ciudadano de plazas, me gustan a pesar de perderme en ellas sin conformarme con lo contemplado a primera vista. Esta noche podremos intercambiar secreto por secreto, viéndote así de inconcebible me siento ridículo, comienza otra etapa y en ella tú mandas.

-Así me gusta. Hay un par de lugares que deberías conocer que pueden resultarte chocantes.

-Es lo menos grave que puede sucederme.

Tocando el interruptor de la llegada la otra Fernanda desactivó la casa regresada a su oscuridad, callaron luces y la música con botellas se reintegró a su cautiverio. La pareja emprendió la marcha, en el descenso desapareció la posibilidad de regresar a los años idos. Paolo volvía resignado a tropezar con detritus de la lluvia, acompañado por la tercera Fernanda de apariencia más auténtica que la historia narrada por Ventura.

**Paolo** alcanzó una adecuación entre su cuerpo y el alma del lugar, la persecución se volvió conducta sedentaria. Durante los primeros meses de instalado en Barcelona, habiendo recortado pretensiones se integró a otra trama del día a día; tampoco tenía motivos para volver atrás y fue sensible a las virtudes amnésicas de la ciudad. La ciudad permite esos huecos y algunos barrios sin atracciones reclutan paseantes con el criterio de la legión extranjera. La pasión del recuerdo le bastaba y los amigos serían episodios de su condición de recién llegado. Era absurdo buscar con sistema a Grazia porque su cuerpo estaba perdido y el recuerdo de la muchacha descarnado. Dejó al azar abatir sus naipes, era probable que ella durmiera en otra ciudad y con alguien al borde del abandono.

Fue oneroso el precio pagado para salir del perímetro romano de la niñez y desprenderse de signos de la guerra; sintió esa relación atrás de las columnas, fue un día cuando vio caer un fragmento de capitel. Nadie en las cercanías advirtió la extensión del desastre salvo él, testigo casual del fenómeno irrepetible: la relación enunciada por la Gravitación Universal alterando el Sentido de la Historia. Ninguno entre los suyos le comentó si ver una piedra, desprenderse un trozo de mármol partido por el tiempo era signo de fortuna o fatalidad.

Tampoco quiso, como se reacciona ante un meteorito que ingresa a la atmósfera pedir tres deseos; reafirmó su voluntad de escapar de Roma y buscar plazas recónditas.

Alejarse era renunciar a ruinas nocturnas y encontrarse con muchachos para escuchar canciones del Festival de San Remo. Voces de Mina y Luigi Tenco, Pepino Di Capri y Ornella Vanoni, Al Bano y Romina Power, Lucio Battisti y de Iva Zanicchi, de Gino Paoli cantando "Sapore di sale". Cuando ello sucede se frustra el retroceso y los hombres suben a trenes que parten en menos de una hora. Algunos de sus amigos nocturnos optaron por abordar barcos rumbo a América, él deseaba mantener un vínculo terrestre con su historia.

Le fascinó en su tiempo la manera cómo la explicación del universo, según contaba un maestro en la escuela, podía condensarse en ejemplos de hermanos gemelos y vagones de ferrocarril arrastrados por la locomotora de la relatividad. Partir al sur suponía topar con el mar, su viaje interior a exilios necesitaba lugares para nutrir con redención las bocas del olvido que cercena.

Después de años confundido con la memoria de cónsules y generales deseaba perderse entre mortales indiferentes. Sería asignado a viajes interrumpidos y ni llegó a la frontera del proyectado viaje a la Cruz del Sur. Las plazas blandas de Turín lo retuvieron por inercia y el recuerdo de alguna lectura: "Ciudad del ensueño, en razón de su aristocrática plenitud hecha de elementos nuevos y clásicos; ciudad de la regla, a causa de su falta absoluta de falsas notas en los dominios material y espiritual, ciudad de la pasión por su carácter benévolamente propicio a los placeres; ciudad de la

ironía gracias a su buen gusto de la vida; ciudad ejemplar, a causa de su calma rica de tumulto". Luego de un par de días recordó haber soñado espacios parecidos, después de convivir con ruinas del pasado prefería contemplar melancolías del futuro. En Turín descubrió signos del deterioro por venir y olvidó en esas arcadas suicidas sus ansias de llegar al otro mundo. Paisajes destruidos a punto de fenecer, tentación de descifrar aquello que nadie percibía, como si hubiera culminado los dramas y comenzara la comedia del sarcasmo. La ciudad nunca se pudo sobreponer a lo ocurrido el 3 de enero de 1889 en la Piazza Carlo Alberto implicando un caballo y el extranjero del más allá; al incidente suicida del Hotel Roma el 27 de agosto de 1950 ni al epílogo del 11 de abril de 1987, con el gesto final del químico judío.

La vida de Paolo se volvió transcurrir: tiempo apático, intervalos confrontados a rumores de espacio y mente. Sólo en esas geografías duales de espejo con tapiz podía reconquistar el valor del tiempo, su estancia en Turín si exceptuamos espacios adecuados al recuerdo fue nada. Tampoco le pesaron los años sumándose entre episodios banales vividos por inercia, aguardaba una señal anunciando el cambio e imponiendo desertar Turín llevado por la misión de fundar otra ciudad sensual. Nunca pretendió saber si estaba enamorado de Grazia al punto de recortar el deseo total a ese cuerpo, si dos meses de encuentros al final del invierno pueden bastar insinuando una pasión creíble y

duradera. Tampoco fue argumento que Grazia se dejara hacer el amor en un orden que lo perdía, estuviera destinada a abandonarlo cuando supo las razones y por ello la deseara. La atracción podría ser explicada, sin justificar el subirse a un tren tras plazas en ciudades casuales. Había llegado la hora decisiva de Turín, la frontera sentida por Pavese: "Trascender Turín y los juegos que a ella se vinculan, significará construir otro mundo y cuyas bases serán, como siempre, un período bien determinado de dolor y silencio."

Cerrada Roma y clausurada Turín le faltaba la última ciudad del tríptico. Un tipo desagradable, olvidadizo por maldad, cumpliendo funciones de conserje de hotel dejó caer el tercer nombre posible. Los héroes encaminados al fin de la intriga, deseosos de misión y reconocimiento, responden ciegos al oráculo primero. El tiempo escasea y hay temor a confrontar las vivencias con la brevedad de la vida, se conformó con esa travestida pitonisa de hotel, que burlándose de la fuga de la "señorita" predijo "Barcelona".

Tampoco esperó escuchar más para tomar la iniciativa, había oído de catedrales inacabadas con arcos invertidos, vírgenes negras en montañas agrestes, plazas alucinantes y zonas incandescentes de sífilis y gonorrea; del mar nuestro a las espaldas y un cerco de colinas observando un damero para la partida del juego sin reglas claras. Desestimó la oportunidad de huir de la secuencia, como en sueños indescifrables que duran segundos devorando el tiempo



pintado por De Chirico, la primera imagen contenía las posteriores.

Fue en el Hotel Villa de Madrid, al que lo condujo un taxista en la noche del sueño con Grazia y la especulación bajo la ducha caliente, en el insomnio previo al sueño, en la vigilia de cerveza y ventanas calientes donde encontró la fluorescencia de esferas de luces. El olor a tierra, muchachos bebidos y la cercanía de piedras similares a la caída del capitel cuando abdicó de Roma. Piedras como si un meteorito infantil se hubiera fraccionado en miles de pedazos y trazando un camino amojonado de muerte.

Faltaba el escenario de la representación decisiva; por el momento eran señales, versos de un extenso poema sin arcos imaginados, columnas en equilibrio precario, catacumbas, estadios, teatrillos circulares con gradas irregulares. Una plaza en la ciudad para el hombre nacido en Roma por violencia de guerra y huyendo de la excusa de correr detrás de una mujer ambigua. Topar con esa realidad era sentirse tocado por la coincidencia, adivinar un río petrificado para quedarse en la ciudad por motivos turbios. Si aceptó oráculos de formulación antinómica, obedeció luego al impulso haciendo de ese rincón barcelonés motivo de peregrinaje y dispuesto a encontrarle resonancias ocultas.

Las plazas inquietantes tienen varias puertas como fue descubriendo y se conectan a tierra; así como en la fisura menos visible debe haber un hueco para el cielo sin que

nadie lo advierta. Tan innecesario que nadie lo busca, nigromántico hasta el ocultamiento y a la vista de todos. Buscó porque había una verdad precediendo a Grazia e incluyéndola; permaneció en el limbo de la búsqueda y supo esta noche lluviosa en la que estamos, la razón por la cual infierno, purgatorio y paraíso se cierran con la palabra estrella.

**-Estrella.** Eso es, pareces la súper gran nova del pop mundial.

El romano calmó el asombro ante la aparición y concibió la noche deslizándose por una pendiente empedrada, repitiendo los últimos cinco minutos pasados sin posibilidad de avance.

-Iremos a la vida real, dijo Fernanda. La plaza Real, la ciudad real donde suceden cosas tangibles y la muerte es banal, accidente común y corriente. ¿Qué uno falta? Poco importa, volverá y da igual; siempre hay otro esperando en la pista de baile tocándose la polla, en la barra bebiendo tequila a palo seco, en la cama redonda de quien sea.

Paolo necesitaba acostumbrarse a esa Fernanda y sentía subir el chantaje para cambiar de programa receptivo. La lluvia dejó de ser fenómeno atmosférico dependiendo de ciclos mayores, estado mutante de la ciudad y tránsito de lo ilusorio material a naturaleza acuosa sin intermedios, vertical y pugnando por reunirse con el río cloacal. Avanzan luces bicolores de remolcadores encallando en situaciones capaces de ocuparles las horas hasta el alba, enviando intermitentes mensajes de SOS. Paolo observa apagarse uno a uno los faros del horizonte, extraviarse las brújulas al influjo de campos magnéticos dislocados y arder las cartas de navegación sin importarle. Está fatigado de buscar, abandona el timón y marcha a tientas sabiendo que nada hay valioso digno de salvar cuando arrecie el naufragio.

Los locales clandestinos de la noche tabú son clonados, también los equipos de audio y decibeles, el corte de pelo de camareras irlandesas recién llegadas de Jamaica, el desodorante ambiental en los lavabos. Por convención mimética pasan la misma música, coordinada con el mismo juego de luces; se preparan idénticos tragos del verano pasado en la colina insomne de Ibiza y varía la disposición de los sillones, el diseño azulejado de los baños: lo empareja el embotamiento de los sentidos. La novedad bosteza con efectos especiales más la nostalgia limitada a veinte años de hits y la dosis doblada. La trama de proveedores de la molécula de moda ha de ser la misma. La aventura en ciernes son travesías por urinarios concurridos pisando jeringas descartables y cuerpos buscándose en aroma de excrementos, entre héroes fantásticos con súper poderes del atajo apostando la vida corta y fulminante.

Es inconcebible elaborar la degradación disfrutada en años de cultivo solitario viviendo el recital amnésico lúcido, adentrarse en la sífilis ocasional, humareda del opio, locura por alcohol como en los viejos tiempos. La muerte olvidó su prestigio si alguna vez lo tuvo y el extravío perdió elegancia como si ello fuera necesario. Se ingresa en vida peligrosa por opción, golpeando la puerta sin desesperar por lo perdido y cada cual a lo suyo.

Federico N. esnifando camellos mecánicos parlantes en Turín, fornicando al horror andrógino por esfínteres artificiales; escribiendo no sobre la mierda sino dentro de

ella y si la muerte es cotidiana y la abyección se adquiere en supermercados con tarjeta de crédito, se rescata el suicidio desesperado del desmoronamiento de valores dionisiacos. Cesare P. contando por última vez las píldoras suicidas: trabajar y vivir fatigan hasta que todo cese. Primo L. avanzando al rellano de la escalera llamándolo desde el fondo de sueños inenarrables. Dios ha muerto según dicen sobre su vómito por sobredosis de afgana adulterada; el resto de las milicias celestiales permanece distante, emparejado, fuera de la inteligencia sometida al método, un temor infantil a la muerte, búsqueda trasegando pócmias mágicas induciendo el envenenamiento.

La clientela se saluda al estilo NBA durante el play off de la confederación de cada costa. Se sucede sin tregua la selección previsible de canciones que suenan por doquier, tatuajes góticos del sol naciente y cueros teñidos con tachas plateadas. Nada más moderno por pegadizo que negar el martes levantando la voz, hacia el fondo de la caverna donde la luz agoniza y surgen sonidos de billar americano sobre una mesa de raquílicas dimensiones; en la arena estrecha se superponen oleadas invasoras de curiosos, los recién llegados deseosos de recuperar el tiempo, los de séptima copa engarzada en proceso hepático y quienes traspasaron hace rato la barrera del sonido circulan por ahí.

Fernanda decidió dejar de ser la amiga recordada para entonar el rock de la mujer dispuesta, era persona conocida en ese terreno de juego sin importancia su epíteto si

Fernanda fue alguna vez el suyo. Avanzaron los misioneros hasta la tabla del billar y cuando estuvieron cerca un alguien, sin soltar de los labios el cigarrillo armado con *Ámsterdam*, le entregó un taco desafiándola a remontar una posición asquerosa sobre el paño. Ella circunvaló la mesa y se plantó en uno de los ángulos, evaluó la distribución de las esferas restantes y con un golpe seco mandó a la buchaca la bola complicada. Uno de los jugadores la felicitó por la habilidad con un beso en la boca, el camarero del salón le entregó un vaso desbordante de lo que se supone ha de ser su bebida favorita para cuando pega por baranda.

La pasta simulando marfil de las bolas se desplazaba semejante a paquidermos pigmeos de colores en la pradera verde, desteñida por luces alógenas y brasa de tabaco, con música de fondo más conversaciones caóticas el premeditado choque de las bolas eran golpes de piedra entre si. Los curiosos miraban la desaparición en agujeros laterales admirando el prodigio del golpe requerido, la puesta en marcha de energías físicas lanzadas unas contra otras, pegándose una y otra vez reproduciendo erróneos efectos de cruces provocados con desconocidos. Paolo vivía el aprendizaje de espectador novato, comenzaba el juego del arrastre humillado, exhibido como rara pieza de cacería ganada en cotos exógenos por una tía lista dotada del billar.

Ella no estaba allí para buscar, desplegaba la duplicación de llegar al trópico y si era otra Fernanda con cada bola rodaba a lugares ignorados por Paolo. Augusto en la tronera

de la punta, la Fernanda anterior a la presente al agujero del medio, el encuentro ridículo con Paolo en el segundo pozo de la otra banda y así uno a uno desaparecían de la mesa avatares pretéritos. Reservando el golpe final para Manuel, moldeado en última esfera rodando por el verde –verde sin selva, alimañas reptantes ni lluvia caliente espesa como esperma-, verde aterciopelado por donde evolucionan a gran velocidad y luego de girar sobre sí mismo, como satélite menor al borde del abismo circular, desaparecer tragado por el inframundo del dispositivo de canaletas.

Terminada la faena, la diosa armada de taco de billar y bola negra justiciera bebe de un trago festejando la victoria de haber podido, en golpes sucesivos sin ceder el turno, desbaratar el ayer y así hasta mañana dejando sin acomodar el triángulo de bolas, recomenzando la partida contra el pasado sin contrincante. Mano a mano.

Se miraron una vez concluido el recorrido como si empezara el segundo juego de ser extraños, el romano convertido en lo que siempre fue: un tipo desconocido encontrado de carambola. Paolo dudó en ese instante si la llamó a la casa hace unas horas y le respondió esa misma mujer apurando la enésima copa con avidez exagerada. Acumuló en las últimas horas demasiado cansancio y entró sin dormir en pesadillas memorizadas, sin prevenirlo le cambiaron la película proyectándole “La Reina del pool” con reparto conocido, donde hasta Grazia podría tener un pequeño papel de camarera y puta ocasional.

Aquello era distinto, a cada momento se sentía implicado sin discernir la despedida del aeropuerto, el falso discurso de Augusto, el sentirse raptado y parado en un lugar desconocido, donde vivir se reduce a golpear esferas de colores numeradas. Algo de lo presentido lo llevó a tomar la defensiva y desear la aniquilación, había en suspensión una agresión hostil sin identificar y burlándose de recuerdos que suponía entrañables. Se refugió en la reconstrucción onírica de la plaza que tardó meses en descubrir; constelada de huecos y puertas, habitantes extraños, burla de arquitectos previsores de su llegada a la ciudad, del encuentro con tumbas y su incapacidad de zafar de las plazas.

-Vamos a sentarnos, dijo Fernanda, dejando el taco sobre la mesa de billar.

A medida que avanzaban ella saludaba de manera efusiva a personajes estafalarios probando una confianza de otras noches con concedoras del ritual del segundo vestuario. Paolo entendió la expresión mostrar los secretos, él tan parco en referir los suyos. Que ella pretenda sorprenderle con este artificio de desfile y pasarela prueba su desconocimiento del romano, de quién ignoraba hasta hoy mismo el lugar de nacimiento y los asombros que pueden conmoverlo. ¿Por algo así se habrá marchado Manuel? ¿El diestro manejo del billar era la consecuencia de la partida?

Eso lo dejaría para mañana, esta noche decidió desnudarse ante él de manera distinta, strip tease a la inversa y si era ayuda y pedido de auxilio apeló a recursos



extremos. Allí él padecía la claustrofobia del infinito errando en un mundo feliz, alejado de sus intereses y del cual estaba prisionero dependiendo del poder de Fernanda. Podrían ser las primeras secuelas de los alcoholes bebidos durante el día, las horas sumadas de música y luces eran apoteosis del universo paralelo.

La no pertenencia a ningún sitio adecuado al horario diurno de la ciudad los hacía moverse con impunidad, al menos que como Fernanda fueran producto de la puerta aparente del armario.

-¿Sorprendido?, dijo después de saludar a una pareja presurosa, deseando apurar la consumición perdida por llegar a esas horas tardías.

-Casi que para bien, respondió él luego de beber un trago. El cubata de aquí es espantoso y eso que la preparación es rudimentaria... será el hielo, en el agua se esconden secretos.

Ella advirtió en Paolo sin haberse cambiado de ropa una zona nunca considerada con cinismo y sonrisa de alcohólico. El romano comenzó a moverse en el club de los idólatras con impertinencia vengativa, perdido por perdido deseaba sacudir la defensiva esa, replicando con movimientos al alud de las Fernanda desdoblándose que amenazan sepultarlo. "Otras plazas –pensaba Paolo- otras formas de plazas y eso es todo; piedras, palomas y mujeres como plazas."

- Aquí vengo cuando falto a los congresos.

- Buen lugar para besar la soledad en la boca.

- Vamos otra vez, dijo y lo arrastró a la pista de baile, sin esperar el cambio de canción.

Paolo se dejó llevar y acopló a las sacudidas de la gente torpe sin movimientos del baile necesarios para alcanzar seguridad, lindando el ridículo si alguien una madrugada se fijara en ello. Fernanda se movía con destreza y soltura, confiada de que cada paso, además de acentuarle el olor de piel comprimida por prendas ajustadas, le permita alcanzar con sacudidas de cabeza alguien entrevisto andando por ahí, provocando la seducción distante en la proximidad ella bailaba un deseo por ella misma feliz y la libertad de cada una de las partes. En la contradanza lanzada Paolo extravió el recuerdo de la acompañante anterior, recuperaba miembros agitándose por si la noche –allí dentro nadie oía la lluvia- la troceara y él se viera obligado nuevamente a rearmar improvisando una mujer partida.

Cuando cambió de música y entró un tema lento, como si los extranjeros de paso hubieran pedido una canción italiana romántica al Dj, ella comenzó a abrazarle sin ocultar intenciones, refregarle el cuerpo con el vientre y la pelvis hasta sentir la reacción. Le besó y se dejó besar como si ese gesto estuviera en los planes originales del inventor de esa noche. Paolo sabía que esa mujer no era Grazia ni Fernanda y menos la soledad mentada tantas veces, eran besos de cuando ronda la muerte, empaste labial de horas y gestos haciendo insensible el paso a la insensatez.

La vegetación cubría el recuerdo de Manuel y una marioneta con voz falsa recordaba palabras de Augusto. El cadáver prematuro compuesto por Ventura se alejaba cada vez más de Paolo, como se ven derivar las balsas infladas de plástico rojo desde la orilla en días de verano. Una mujer viva se movía delante suyo, odalisca del harem de neón. “Las pitonisas incluyendo la de Turín –pensaba Paolo- hacen mal en pretender adelantar el futuro, aunque tengamos la voluntad de creerlas es tarde para confirmaciones y avisar a los involucrados. Ciudades y plazas tienden a permanecer en su ser anterior, violentando el nexo entre vivencias y razones de lo hecho.”

Es lo bueno de besarse en un lugar donde las reacciones fastidian y los otros crean la convicción de sentirse rodeado sin molestias. Ellos cerraron los ojos para vivir un tema de AC/DC en la miel vieja y empalagosa de “Over the rainbow”. Ya nadie se besa con la voz de Judy Garland en la platina sin haber ido al mundo maravilloso de Oz, Paolo acarició las nalgas de la hembra haciéndole el amor con el vientre apoyado en un pedestal quebrado, emulando posiciones de estatuas vivientes, escuchando gemidos cercanos de otros amantes fornicando de prisa.

Brincando el deseo de eliminar a Manuel, ella hubiera querido desvestirse en tierras húmedas calientes, con graznidos de papagayos y simios aullando, montarse al pedazo de gringo en el chinchorro tenso tendido entre dos árboles, arqueado como ojivas de templo sin alcanzar el

suelo, a manera de red de cuerpos egoístas dejando pasar lluvias que glosan el diluvio. Ella perfeccionó la amnesia voluntaria y Paolo hacía la cuenta regresiva de perder la conciencia. Besaba con asombro y avidez una máscara sublimando la belleza del muchacho recién llegado con labios delicados y maneras de colegiala y las tardes de Grazia con el pelo mojado pegado al cuero cabelludo. Nadie se besa mientras Judy Garland púber canta el arco iris e irrumpen rif de Fender en el gua gua gua y alaridos repitiendo hasta el agotamiento estrofas demoníacas elogiando el Averno.

Suficiente, había necesidad de salir del antro maléfico, aquello era imposible de compartir por más tiempo sin sentirse asaltado por las evocaciones. El denominador solidario entre lugar, gente, música, la ciudad y Paolo fuera de control era la lluvia aguardando fuera. Al abandonar la pista estarían en el prólogo de la disculpa por haberse dejado ir y en los minutos previos al revolcón sin condón en la cama más próxima. Lecho neutral dejando el colchón manchado con lamparones de pintura de párpados, comprimida en la fijación del esperma escurrido, toques colorados de lápiz labial más denso que coágulos de regla y el habano material del recto de Fernanda. Madrugadas de falsa iniciación donde se exige lo vivido sobre lo fantaseado, devaluado un rito de pasaje donde dejar sábanas torneadas tiradas por el piso y de no ser así, es mejor renunciar a encamarse.

Salían de la pista sin demostrar un elemental fondo de pasión corporal sino la lenta decoloración de tintas como afiches publicitarios expuestos a la lluvia. Fernanda mandó un gesto indicando al cajero que anotara las copas en una cuenta personal de ella y otras soledades.

-Voy a mear, dijo.

Paolo esperaba otra vez en la noche detrás del vidrio grueso de la puerta de entrada, había del lado de afuera una lluvia rosácea cayendo a impulsos de golpes del luminoso exterior. En la entrada se improvisaron felpudos con bolsas y periódicos, al ingresar la gente sacudía abrigos como perros de aguas dispuestos a huir de la intemperie. Agujero de soledad, el romano acusó en los omóplatos el peso del día y los vacíos sumados en la jornada. Los fantasmas encerrados en maletas aparecen juntos, nada había que lo implicara además de una mujer meando sentada en un retrete y de lo original que creyó tener se desintegraron los rastros.

La vida fue ir hacia abandonos y regresar a las piedras, la búsqueda finalizó, carecía de obligación y ganas, deseaba abandonarse al sueño hasta despertar de la pesadilla prolongada para ser un sueño. En el santuario del futuro y con parafernalia dispuesta al olvido supo las apariencias destinadas a morir, estaba habituado a sostenerse de lo perdurable aferrándose a piedras, ese mundo de luces y sonido marchaba hacia la muerte sin importarle un comino.

Fue una tontería haber aceptado, ese imbécil de Ventura vendiendo pisos y golpeando mujeres como cualquier marido

poseído por el Maligno del fútbol, y después esas tontas ganas de saber. ¿Saber qué y para qué? Mañana la policía le dirá la verdad y habrá hasta circunstancias inventadas. Le pondrán delante de los ojos la foto de la mujer, las facciones de la mujer, le gritarán mil veces el nombre de la mujer entre ostias profesionales y la orden de contar una y otra vez lo sucedido. Desde el lavado de dientes al levantarse hasta el atragantarse de sangre en la boca después de hablar; hablar y repetir ese absurdo cuento vomitado entre lengua seca, dientes empastados y sin sueño, lo contará cientos de veces hasta sentirlo en otra lengua, lo contará lúcido, cansado, golpeado, hambriento. Lo dirá hasta el desmayo y sabrá las respuestas imploradas.

Falta eso, algo de presión en los relatos y la felicidad del relato para organizar incoherencias de la víspera. El encuentro es creíble si se tratara de cita clandestina de amantes, el golpe tranquiliza si fuera para procurar la droga adulterada en falta. Ventura quería conocer antes el argumento y final de su historia previo a escribirle al oficial a cargo del caso, llegar aunque fuera una vez antes que la Ley a conocer la intriga, medir la distancia insalvable entre un desesperado cuesta abajo y un tebeo de culto. Si matar fuera tan solo hallar motivo, oportunidad y arma la gente tampoco se volvería irracional por hacerlo.

**Paolo** desistió de encontrar la Grazia perdida en Barcelona tal cual ella era en la obsesión del recuerdo, las señales no lo conducían sobre la pista de la mujer excusa sino al afinamiento de facultades sustitutivas; anuncio de esquizofrenia y el cuerpo fragmentado como la mente en retirada. Recorrió la ciudad de la resolución sin hallar resonancias en catedrales ni otros sitios donde interrumpía la gente, retornaba al tacto de la tierra donde se removieron capas de barro descubriendo un continuo cubrir con alquitrán y asfalto.

La ciudad es artificio para ocultar cubriendo, la plaza del extranjero el pozo por donde la tierra respiraba mostrando hendiduras de siglos, las tumbas romanas lo perenne de Barcelona y lo otro era efímero, pabellones volátiles de exposición universal a la gloria del ingenio; propio del mudar de la muerte, que tiene en la plaza de la Villa de Madrid el santuario donde concurren en procesión los muertos en vida. La incapacidad para convivir con los otros y retener afectos lo separaba del mundo, enclaustrándolo en su vida social y el creciente saber de la necrópolis con intuición de quien se sabe extranjero al lugar. Buscando ardidés que generaciones sucesivas montaron con propósitos sutiles: escamotear la fuerza arcaica del lugar con edificaciones y formas sublimadas en arquitecturas simulando el santuario.

Estaba a punto de ponerlo al descubierto, lo haría aunque le costara caer en la locura y tuviera que matar para probarlo. La búsqueda de la falla le obsesionó. Su afán de

hallar la plataforma desde donde dialogar con los espectros y acelerar la pérdida del juicio se volvió algo enfermizo.

Deambulando y sabiéndose cerca se interesó por la pared del Ateneo con frisos y molduras. La puerta de emergencia de la institución, miradas observando desde ventanas entornadas y no cejó hasta conocerlo por dentro, tal como consta en un fragmento precedente. La cerámica en uno de los ángulos enlaza en perspectiva el proyecto de la Sagrada Familia y una puerta de Alcalá evocadora de azules esmaltados. Se acercó a la estatua del santo rematando un perfil del edificio en otro de los rincones, contempló la fuente disimulada por la estatua de dama y peces mitológicos escupiendo agua.

Cada día levantaba la vista recorriendo alturas por si detectaba un minarete y Observatorio Cósmico, aunque estuviera disimulado por la forma de palomar, buhardilla de estudiante. Daría la vida por descubrir la coincidencia y forzaría los hechos hasta provocarla aunque lo llevaran a la perdición. Encontraría en la plaza lo buscado y que lo absolvería de dolores pasados, intuía que el sitio guardaba el secreto custodiado por un complot de arquitecturas y ocurrían allí improvisaciones que pocos estaban preparados para conocer. Conjura de la imaginación, lugar cubierto por la puesta en escena guardando el secreto. Novela en esbozo. Dudó si estaba forzando datos, viendo lo inexistente que podía ocurrir en su imaginación y resumió para salvar la racionalidad.



Grazia huyendo desnuda era verdad y si Barcelona pudo ser error de audición del oráculo de Turín, la ciudad lo retiene para confiarle una misión.

El descubrimiento del Observatorio al final de la aventura catalana resultó de obsesiones incontrolables. Nadie puede construir una bóveda en la imaginación ni mirando adentro de su caja craneana, al menos que lo fuerce un tumor maligno de tamaño sobrenatural. Allí estaba la forma esperando y su descubrimiento tampoco fue casual. Aunque desconocía su función en la historia comenzó a distinguir en la ciudad el plano secreto, la plaza de la Villa de Madrid tenía ese segundo plano.

En los días previos crecía su certeza de encontrar el acceso a las estrellas que hablan de los muertos, no haberlo descubierto era atribuible a la habilidad de los constructores del espacio y su torpeza. Cuestión de persistencia en la casualidad antes del Observatorio encontró jardines y la biblioteca. El paisaje comenzaba a tener sentido oracular y debía descubrir el trayecto con la línea mágica conectándose con la última estrella.

**-¿Conoces** un lugar tranquilo?

Fernanda lo sorprendió tomándolo de atrás. Era la misma mujer y en órbita de amigos del billar de Walpurgis, el cambio de expresión podía deberse a lo indeterminado de la hora nocturna.

El agotamiento llevándola a ser cariñosa de manera provocadora, como si en el baño con dosis contundente y orinando a lo vaca profana hubiera alcanzado el equilibrio para conectar al Paolo que creía conocer. Habían ocurrido desajustes inéditos en la noche y a pesar de la persistencia de Fernanda en la apariencia, él comenzaba a reconocerle destellos de extrañeza.

Era una actriz extranjera entrando a escena con vestuario de otra, la otra actriz de la otra obra.

-Conozco.

La respuesta decía el deseo de Paolo por escapar de ahí, podría soportar la transfiguración y el escenario del estreno lo aturdiría. Extraña proposición de una mujer extravagante luego de las copas en secuencia con taco y tiza, él pasaba del abandono calmo a importarle poco lo distante que estaba de los primeros planes del día.

La desconocida suprimida e imputable a Ventura tampoco aparecía por ninguna parte. Fernanda demostró que cada mujer es la desconocida y el pedido del agente inmobiliario en mal de confianza -catorce horas antes- una misión suicida. Entendía posible vivir algo similar al amigo y su

noche se volvía falsificación a marcha forzada, carbonilla de personajes esperpénticos.

Peatón extranjero vocacional en Barcelona, Paolo tenía poca idea de lugares donde ir en coche a estacionarse para estar tranquilo. Recordando el primer día en la ciudad surgió la imagen de la plaza del hotel, como si la cena al rumor del Ganges infinito hubiera ocurrido en el mismo paréntesis y se repitiera el mito circular del eterno retorno. Se tratara de un recuerdo entrometido y aceptó la pulsión de volver al origen, admitir que la historia se repite.

Después del beso la situación entre ellos quedó saturada de actitudes incómodas; él deseó que su encuentro nunca hubiera sucedido. Como Ventura ayer y si era verdad lo que le contó esa mañana, se besó con la desconocida sin considerar las consecuencias. Podía tener un conocimiento somero de Fernanda y no de la extraña saliendo del baño consensual permitido a clientes con consumición; como si en la losa, espejos y grifería de diseño rompiera una mujer nueva cada vez que alguien tiraba la cisterna. Paolo salió de escena sin retener ninguno de los datos del lugar del encuentro, en tanto desconociera el nombre del boliche, calle con intersección y número de puerta, sería mejor para evitar la tentación de volver a la escena del crimen.

En el coche corriendo al final de la noche él viaja dentro suyo, vísceras y humores son engranajes del tiempo sin válvulas ni marcadores de velocidad. Los lugares conocidos comienzan a ser datos de la ciudad sumergida y ninguna de

las historias vividas consigue emerger indemne. Llegan noticias por el retorno de ondas de radar marcando la obsesión por un punto fatal.

Fue esa la indicación dada a Fernanda. La dejaría perderse unos minutos y regresar por segunda vez en la noche al perímetro del sacrificio donde aguardaba el altar de la madrugada.

Había detectado hace poco una constelación inscrita en la ciudad, halló la luz de una estrella faltándole saber si los impulsos eran velocidades cubiertas en un presente o destellos de astro muerto. El regreso a la zona sagrada era causa suficiente, confirmación de silencio. Calló sus hallazgos sin atreverse a formular la hipótesis resultante, nunca traspuso monólogos de intuición, temor, alabanza y refutación.

Ah, la gran decoración... En la ciudad de las apariencias es arduo explicarlo a los habitantes, nadie creería esa versión de lo extraño y quienes acepten la posibilidad lo harían por respetar desvaríos de un solitario, sin entender la sed del templo y balancear la pulsión telúrica custodiada por siglos. Sólo así puede entenderse la convocatoria pacífica de los entregados sin creer en nada exceptuando su peregrinar a la plaza; el detalle de bautizar Madrid al lugar donde brotó la historia anterior a la invención de la misma ciudad.

Nada de esto existe en una plaza céntrica: absurdos pareceres de extranjero que extravió en el trayecto al delirio una mujer deseada y necesita aferrarse a algo justificando

su permanencia de cautivo en la ciudad, buscando el pasado sin retornar a casa. Paolo rondaba el enclave del principio y vivía el encierro en el coche con una desconocida.

Fernanda detuvo el coche sin comentar lo absurdo del retorno al lugar de la cena y especulaciones. Afuera del vehículo nada se agita, el agua amenaza anegar la cápsula y lanzarla por un cauce de calles formando un lago artificial donde ayer había una plaza. Paolo estaba a merced de una mujer que nada decía ni preguntaba después que salió del baño del local, hacía lo que debería hacer, dejar al aliento empañar cristales de la intimidad, reclinar los asientos y dejarse caer. El romano no opuso resistencia a la iniciativa de la desconocida y observaba como si eso le estuviera pasando a otro.

Ella se concentró en la entrepierna, casi operando en un descampado de la zona industrial más allá de la última estación del Metro, donde se monta la trasgresión dura y comenzó a exigir reacciones inmediatas. Recibido el deseo palpable del otro con cadencia urgente y pericia ella desabrochó el cinturón del tipo; destrabó el botón de arriba, bajó la cremallera con un tirón preciso e introdujo los dedos en entretelas sucesivas del pantalón y el slip para sacarlos con el sexo de Paolo; expuesto y luego de escupirse la palma de la mano comenzó a masturbarlo atenta a la modificación. Cuando consideró haber llegado al flujo suficiente, sin abandonar la caricia cadencia con la otra mano se quitó la peluca para estar cómoda y ser ella.

Apareció el pelo real de Fernanda tenso al máximo, pegado al cráneo, aprisionado con pinzas y horquillas; desde la frente despejada descendía una máscara de camerino pekinés, se exaltaban hasta los límites exageraciones de la cosmética, retoques de polvillo immaculado del baño en los billares. Disfrutando el momento previo a la posesión ella contempló el glande del romano pensando que por fin, le observó hasta sentirlo expropiado y entrecerró los ojos dejando caer de la boca un hilo de saliva alcoholizada. Lento y denso, precioso y similar al humor pegajoso de algunas plantas carnívoras tropicales donde van a morir insectos curiosos.

Algo se intuye hacia el final del cuento aún siendo ciego de nacimiento en la desolación: murmullos de parejas intimando, botellas rotas contra el pavimento, gritos insultantes a gente del pasado, ladridos de perros doloridos que dan lástima.

**E**l arrabal del imperio deja sitio al deambular nocturno de adolescentes murmurando canciones que escuchan en la radio, por allí pasó la avanzada del rigor, destacamentos de decadencia y para los enclaves es suficiente un solo proceso de corrupción. Entre siluetas de cortesanos nadie pide explicaciones y menos después de una batalla sangrienta. Los caminos conducen a Roma se repite y nadie los transita, de donde partieron legiones a dominar la eternidad ahora emigran muchachos enrolados por la miseria a deslomarse en fábricas textiles de La Plata y frigoríficos ingleses de Montevideo.

Camina el muchachito por la tierra devastada, hay pasado en cuerpos jóvenes provocando el presente y el vértigo de convenciones; ese muchacho camina entre melodías de Adriano Celenteno: con 24000 baci... El sueño del auriga juguete de divinidades no es alcanzar las columnas de Hércules sino asistir al final de San Remo y aclamar al ganador. Aguardan fumando hombres ansiosos y sudados, solitarios y taciturnos de la farsa con diálogo mundano, promesas de futuro en Cinecittà y breve planteo para acceder al nudo palpable de la obra. Olvidó si se oferta para comprar zapatos de lagarto y necesita ese rumor para vivir sin pensar; se acostumbró a la transpiración lavanda de industriales y burócratas platinados venerando el genio sensual de la pubertad viril, para ser esclava lasciva sin senos cartagineses y centurión que honra al general vencido.

Piero no era así si ese era su verdadero nombre, joven como el romano de sonrisa germánica, hermoso sin estigmas de miseria en la piel venía los martes en motoneta de otra capital que el muchacho que fuma y espera desconocía. Sociedad reclusa en villas detrás de la colina del poniente, colegios privados de uniforme bordó, jardines con pinos de Arezzo y fontanas, consultorios de odontólogo, cochera para el Alfa Romeo y otras máquinas, familia democratacristiana con casa de veraneo en la isla de Ischia. Esa noche de llovizna, riéndose cual viejos camaradas de baño de vapor liados de amistad, buscaron refugio en el hueco de un templete destruido y saqueado. Pasados los primeros minutos de la agitación, por la prisa de llegar a lugar seguro Piero comenzó a besar al romano como lo haría Fernanda años después; pero ella no es muchacho en pasión con ulterior orgasmo de confesionario dominical.



**Fernanda** es cabeza enorme de criatura mitológica, ansiosa y maquillada para la bacanal, sin peluca postiza y pelo estirado de una desconocida irreconocible, o era él quien había cambiado por los vahos del club. Sobreimprimiendo escenas distantes que se volvieron contingentes, Paolo sintió arcadas del vómito fóbico de su último pase pagado al aire libre del paisaje lunar. Un rechazo violento y redentor hacia lo que intenta la mujer que él llamó esa misma tarde. Como si una falla de derrota y alguien con ira hubiera abierto la fisura de odio entre placer y ciudad.

La lluvia permaneciendo una vez más y evaluando la única puerta de la huida Paolo se incorporó, con ambas manos empujó a Fernanda. En el movimiento, olvidado del cinto colgando él abrió la puerta del coche lanzado a la lluvia buscando respirar, saliendo de una fina arena obturándole la escapatoria.

La mente comenzó a mostrar deficiencias mientras venía al pensamiento el cuerpo de Piero. La tentación en el amor por el reloj luminoso y malla plateada, esmeralda artificial brillando con destellos de números romanos en la penumbra del escondite, tentación vertiginosa y fatal para golpear hasta tenerlo sin importarle el cuerpo maltratado, el cuerpo cuyo recuerdo volvía del sueño olvidado. Reloj botín del crimen odiando el enamoramiento y que Grazia se llevó con ella cuando huyó de Turín era el tic tac marcando segundos rondando el foso de la plazas. El talismán faltante para ir a

historia inventadas donde las agujas dieran la vuelta completa de la noche y el día.

De noche y bajo lluvia extravió de la cabeza los planos revelados en años de peregrinación huyendo, el horror fue un relámpago y la muralla del remordimiento cedió desde los cimientos. Era tarde para entrar al Hotel del sueño erótico y esta noche nunca doblaría su primera noche en Barcelona.

Detrás hecha una furia bajó del coche Fernanda, gritaba con todas sus fuerzas y aunque él hacía esfuerzos para entenderla nada era normal. Ella se arqueaba para gritarle profiriendo insultos llevándose las manos perturbadas a la cara deforme, en una de las manos parasitaba un insecto de pelos momificados, de cabra del Piamonte, derivados sintéticos del petróleo, cortados a una muchacha en un templo cerca de Madrás, se agitaba entre garras como peluca e indefenso hasta que ella lo estrelló contra el suelo de la plaza.

Paolo se tapaba los oídos evitando reciclar la piedad de Piero, tampoco podía dejar de verla y adivinar gestos descongestionados por el odio, horquillas perdiéndose y la boca deforme para gritos incomprensibles. Como salida sin otra escapatoria corrió hasta el Observatorio y allí era tarde para entrar; golpeó puertas de cristal y los golpes se confundieron con un trueno, sin refugio ninguno de los caminos balizados podía ayudarle. Quiso recapacitar y sólo podría regresar, acercarse a la desconocida a explicarle que se trataba de un error. Lamentaba haber sido poco

comunicativo, se divirtió con el cambio de ropa, ocurre que hubo en la prehistoria un muchacho con reloj luminoso, aunque deberían salir más seguido y después la Grazia transitoria en Turín que de haberse quedado a su lado le hubiera ayudado a olvidar. Las cosas nunca son más que un juego cuando se trafica con el cuerpo y él nunca pensó ni quiso hacerle daño, sabía que estaría nerviosa, las desgracias son un accidente, fatalidad como la de Ventura. Crecido entre ruinas y humillación nunca había visto un reloj tan hermoso como el del muchacho de la Piagio, círculo luminoso de números romanos avanzando en la hora y retrocediendo en el tiempo. Ella entendería, debía contárselo con detalles, desde el comienzo de la pubertad fue cuestión de luchar contra la tentación del tiempo retrocediendo hacia lo irrecuperable.

Volvió a la plaza sin centro. Fernanda había regresado al coche y estaba parada fuera con la puerta abierta. Paolo intentaba acercarse, le hablaba indicándole regresar y comenzó a explicar la noche de la historia. En el monólogo final pidió perdón bajo la lluvia contándole a Fernanda la necesidad de conocer detalles contribuyendo al entendimiento de lo sucedido. Podía admitirlo a pesar del tiempo transcurrido, fue un gesto estúpido, infantil, inmaduro. Había poderosas razones para explicar su extravagante proceder, en ningún momento pretendió ofenderla como mujer y menos como amiga. Es más: después de que todo pasara, estando serenos ambos

deberían hablar en otros términos. Las últimas horas descubrió una mujer excepcional y única que antes no tuvo oportunidad de tratar por su culpa obviamente, la crisis vivida sería una buena oportunidad para empezar de cero. Fernanda alcanzó a oír frases entrecortadas, estaba convencida de que el hombre había escapado a su odio. Lo distinguía avanzar hacia ella empapado y como entre dos filas de asientos en el aula, cuando lo vio llegar conciliador a su encuentro ella reaccionó movida por un odio justificado. Nada le importaba, ni el reloj de números romanos del muchacho ni el Observatorio cercano desde donde se escucha la voz de los muertos. Tampoco la magia supuestas del lugar, las explicaciones sobre la piel inolvidable de la puta de Grazia perdida una tarde en Turín. Avanzó determinada hacia el romano como si fuera la otra convocada y que viéndola venir recortó hacia la izquierda su trayectoria elíptica. Respondiendo a la fuerza de atracción de un oscuro astro con satélites minerales, mirando a la desconocida sin peluca gritar una palabra repetida mantra indivisible de segundo final.

Había en los cuerpos una coreografía de tempestad, el romano sintió la baranda en la espalda a la altura de la cintura y escuchó un grito, cayendo en la lluvia creyó ver una silueta alejándose idéntica a Grazia antes del abandono. Luces flotantes de un verde luminoso igual a relojes de tiempo atrás y así pudo haber seguido hasta mucho antes, pero perdió el conocimiento con todo el resto. Siempre falta

tiempo, lo anterior se disuelve en una comedia sin llegar a formular, ni tan siquiera los tres deseos irrealizables y fractales cada vez que vemos caer en el horizonte una estrella fugaz.

**¿De** qué historia circular era plaza esa plaza?

Ahora que estoy muerto me acerco a la verdad y la respuesta era evidente, circo de una tragedia representada hace siglos un olor a descomposición agredía los sentidos, los lugares importan más que las personas de paso y luchan contra el tiempo. La Historia es lucha por lugares a invadir y peregrinar, las generaciones enloquecen por el cruce del Rubicón y el trazado de la Gran Muralla, el eco de Epidaurós y las fuentes del Nilo, las terrazas de Machu Pichu, Stonehenge en solsticio. Praga por siempre mágica y transfigurada por la inmortalidad. No existe el lugar inconcebible de la muerte sino una oscuridad absoluta para recordar sobre lo perdido

Grazia resultó la serie de arcadas de Turín entre las cuales desapareció su cuerpo pasando a otro lugar que nunca sabré si es Barcelona. En todos los sitios hallé la Roma que en Roma se perdió y así sucedió en la plaza donde temía zozobrar una noche de tormenta. Me mareó comprobar la ausencia de relojes y para conocer en qué instante del año vivía debía consultar el sol y las estrellas. Allí un reloj es innecesario y tonto fraccionar en horas un tiempo derivado de ciclos ajustado a cálculos de otros territorios.

Extraviado en la melancolía por la suma de los días fue que un atardecer lo encontré. Recalé ese día en la plaza por inercia pensando en mi progenitora, marchaba hacia Banys Nous a revolver saldos de librerías de viejo y me encaminé al Pasaje del Duc de la Victoria; recuerdo que lo nocturno

crecía, las pupilas se habituaban y caminaba en calles antiguas cuando recobran su condición original. Repetía preguntas con Grazia y conversaciones con Manuel cuando sentí a la izquierda, pasando delante de un portón de rejas la luminosidad del sitio. La anomalía me interpelaba en una salida donde cualquier revelación era inesperada, me detuve negándome a mirar. Era inútil renunciar al deseo de entrar, ser un intruso con excusa de error de portería y distraído de numeraciones. De lo visto en ese deambular me acordaré hasta la eternidad: existen huecos ocultos y fisuras en la ciudad donde se filtran destinos personales. Empujé la puerta de cristal entrando al deambulatorio y de los mármoles emanaba el frescor de una temperatura distinta al agobio del final de la tarde. ¿Cuánto caminé? Lo ignoro, por momentos parecieron unos pocos metros y luego kilómetros sin realizar.

Aquello era similar a entrar en la recámara funeraria del templo piramidal en el que hace siglos nadie penetra. A uno y otro de los lados había puertas simulando entradas de apartamentos, tras cristales tapados por cortinas y papeles distinguí negocios destinados a ser señal para conocedores del pasaje. Si continuaba encontraría la salida sin dificultad; la arquitectura se aclaraba en racionalidad, llegué al punto del laberinto en cruz desde el cual pude observar las cuatro salidas a manera de puntos cardinales. Lo hizo saber la estrella de mármol rosado sobre la cual estaba parado

indicando un centro y había llegado al punto de fuerzas concentradas.

Nada había de construcción reciente y respondía a una intención de perfección indudable. Ello suponía planos, esmero en materiales, cálculo de resistencias al peso de estructuras y años de secreto bien guardado. El pasaje recorría en ladeada cruz la manzana y la edificación limitada por fuera fue pensada para que ninguna venta de terreno pudiera afectar esa unidad. Afuera la plaza y al lado un perímetro de construcción indivisible. Tenía motivos para el miedo, me enfrenté a la salida de la izquierda y en el hueco final reconocí los verdes habituales, las copas de árboles a la altura de mis ojos sobresaliendo de la plaza. Encontré otra puerta y la manera de llegar a la plaza, avancé hasta ubicarme detrás del cristal de salida. A través de la transparencia observé la plaza y los reconocí; cuando los globos comenzaban la vigilia, acoso de piedras romanas: otra puerta y un pasaje oculto. Hubiera sido ingenuo creer que vinculaba calles de una zona poco transitada. Los comercios del interior cumplirían funciones reservadas y el pasaje custodiaba un secreto detrás de la apariencia.

Estaba feliz con mi descubrimiento, aunque fuera el inicio de una sorpresa mayor confirmaba la existencia de construcciones dialogantes. Permanecí unos minutos impregnándome verificando su existencia; no fue ilusión del deseo y podía salir a la plaza por la puerta pegada al Hotel donde pasé mi primera noche en Barcelona. Durante los días



de iniciación caminaba por corredores encima del pasaje, escondrijos de habitaciones donde dormí y me obsesioné por Grazia. O éramos dos Paolo caminando en antípodas de la ciudad, confirmando que los caminos llevan al cementerio romano de la Ciudad Condal y la muerte rondando.

Algo faltaba en esa sensación de sistema inconcluso y se me aparecieron, devuelto al medio por la tracción del centro encaminé mis pasos hasta pararme en la estrella de mármol. Di en circular sobre mi mismo procurando una forma de trance y colocados los pies sobre la estrella miré hacia arriba. Lo encontré, era la perfección, ensamblaje entre forma ideal y realización humana que venía a corregir la impureza de mis orígenes. Meses contemplando piedras en el foso y comprobaba, parado sobre la estrella que alcanzaba con elevar la mirada para dar con la forma del arco. Si desde la estrella podía entender el significado del cruce de caminos, a poco más de tres metros de altura sobre mi cabeza había un arco perfecto de certidumbres. Allí estaba perfecta por insustituible y nunca hubiera imaginado esa cúpula bóveda de planetario privado. Estructura pensada para escindir en fragmentos de esfera despejando el camino al firmamento. La cúpula en tramado de cristales opacos eran constelaciones inscriptas en la imaginación de los hombres.

Desde el exterior era inaccesible a la mirada e improbable suponerla en paredes idénticas de varios metros de altura; una construcción interior protegiendo el Observatorio

próximo a la plaza y buscado durante meses. Sentí felicidad y el temor de los profanadores, cada cual descubre alguna vez sus ciudades alucinantes, yo hallé la combinación de puertas entre el cielo y el final que me estaba destinada, acceso a mi purgatorio llamando a incitar mi muerte en un plazo breve. Cada cosa debe tener principio, medio, final feliz en lo posible y ser sencillo para entenderlo. Lo supe en el momento: más lejos del Observatorio el vacío silencioso, el recuerdo de esferas ciertas noches elegidas. Luces de reloj extraviado con números romanos marcando mi hora de abandonar Barcelona y la vida lúcida.

Se me permitía acceder al secreto porque las fuerzas del lugar me consideraban habitante del otro lado, luego vendría el episodio concluyente, la puesta en escena que comenzó cuando Ventura fue al Instituto. Nunca más vería como en telas de De Chirico locomotoras a vapor desplazándose por vías muertas y Grazia era un sonido escrito sobre tumbas en caracteres incomprensibles.

Descubrí mi ciudad imaginaria y ella me lo haría pagar, un terrible secreto debería callarme hasta el momento de partir y morir. Mi pasado eran piedras cubriendo a mi madre violentada, luces encegueciendo a mi padre movilizado hacia el frente oriental. Arenillas de memoria fugando, la tarea de olvidar mi juventud embarullando el pasado y pagar en vida algo que me pertenecía. Piedras en vértigos temporales sin los cuerpos de Piero, de Grazia a la que tanto amé y que pudo salvarme si hubiera sabido retenerla en Turín. La

muerte es *deus ex machina* y podría si ellos quieren dialogar con los muertos queridos.

**“Mientras** el día se retarda con tranquilidad en los corredores –ese silencio de teléfonos al acecho- y se escuche mi voz dentro de poco cualquier argumento será aceptable y todo cuento creíble. La muerte episodio exonerado palabras y lo escuchado notas, datos que alguien mecanografiará mañana y el informe me será presentado.

“Firmaré sin leer porque lo escrito falsea lo contado. El lector finaliza por asumir la Ley Incumplida y le tienta la función de reordenar el cosmos para vivir tranquilo esperando que escampe. Se está bien así y nadie podría transcribir el sonido de la lluvia allí afuera ni las formas de humo. Si él hubiera muerto sabiendo que la historia de Ventura se redujo a un puñetazo chapuza y la huida por el miedo a perderlo todo... pero el romano cayó de ojos abiertos viendo en un segundo su vida sin poder contarla, cayó y estoy dispuesta a aceptar por esta noche que yo pude haberlo empujado. Tenía buenas razones para hacerlo, esa historia se la debo y nunca la contaré, tampoco agregaría demasiado al expediente.

“Ayer de tarde pensé tener una posibilidad de ser feliz al menos por un día. La lluvia trajo estremecimientos feos a la ciudad y a mi me barrió hasta anegarme en las bocas de tormenta. Anoche lo compadecí, por momentos le odié y nunca lo creerá: buscaba lo inalcanzable en la culpa y prefirió encontrarse con la muerte, yo fui la presencia humana para morir con un recuerdo imborrable.

“A nadie convencen los móviles insustanciales, mañana encontraremos algo pertinente y creíble que mantenga el interés de los lectores de la novela. Con un título vendedor como sangre y arena o el falso suicida de calle de la Canuda, sin olvidar la importancia de la frase final que siempre se recuerda porque induce a la nada, preludiando el silencio del minuto siguiente:

-Creo que podemos comenzar.

-Si.

Senza fine, tu trascini la nostra vita  
Senza un'attimo di respiro per sognare  
Per potere ricordare  
Ciò che abbiamo già vissuto  
Senza fine, tu sei un attimo senza fine  
Non hai ieri non hai domani  
Tutto è ormai nelle tue mani  
Mani grande  
Mani senza fine

Non m'importa della luna  
Non m'importa delle stelle  
Tu per me sei luna e stelle  
Tu per me sei sole e cielo  
Tu per me sei tutto quanto  
Tutto quanto voglio avere

Senza fine...

Gino Paoli

1961



